

A large flock of seagulls is flying against a clear blue sky. The birds are scattered throughout the frame, with some in the foreground and others in the background. They are all in various stages of flight, with their wings spread. The overall scene is bright and clear.

**Estudio Expositivo de la
Epístola a los Gálatas**

Libres en Cristo

Warren W. Wiersbe

Libres en Cristo

Estudio Expositivo de la
Epístola a los Gálatas

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Libres en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Free**.

©

1975

SP Publications, Inc.
Wheaton, Illinois

Todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera (1960), con la excepción de unas cuantas de La Biblia de las Américas, las cuales se indican con las siglas LBLA.

©

1984

Edición revisada 2004

Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción total o parcial, ya sea mimeografiada o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

EBI-WWW 540

ISBN 1-879892-07-3

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd.

Sebring, Florida 33870

Printed in the USA

CONTENIDO

Capítulo	Página
Prefacio	
Parte I—Sección Personal:	
La Gracia y el Evangelio	1
1 Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas	2
2 ¡Nacido Libre!	17
3 La Lucha Por la Libertad—Parte I	29
4 La Lucha Por la Libertad—Parte II	41
Parte II—Sección Doctrinal:	
La Gracia y la Ley	53
5 Fascinados y Esclavizados	55
6 La Lógica de la Ley	67
7 ¡Ya es Tiempo Que Madures!	79
8 ¿De Quién eres Hijo, de Agar o Sara?	91
Parte III—Sección Práctica:	
La Gracia y la Vida Cristiana	105
9 ¡Alto, Ladrón!	107
10 La Quinta Libertad	119
11 La Libertad del Amor	133
12 Las Marcas de la Libertad	145

Dedico este libro a
Fred Brown, Lee Roberson
y Lehman Strauss—
amigos en el ministerio
quienes me han alentado
en la composición de esta obra.

PREFACIO

La Epístola a los Gálatas es un libro peligroso.

Peligroso, pues, expone la substitución del legalismo por la espiritualidad, cosa muy común en nuestras iglesias hoy.

Hay millones de creyentes que creen que son “espirituales” porque no hacen esto o aquello, o porque son seguidores de este o aquel líder o porque son miembros de tal agrupación. En Gálatas el Señor nos enseña cuan errados estamos, y cuan equitativos pudiéramos ser si dejáramos que el Espíritu nos guiara.

Cuando el Espíritu Santo nos guía hay libertad en vez de servidumbre, cooperación en vez de competencia, alabanza a Dios en lugar de gloria al hombre. Entonces solo el mundo verá *verdadera espiritualidad* y pecadores se salvarán. Hay una palabra para describir tal, y es avivamiento.

Después de pasar meses en el estudio de Gálatas, me siento humillado y desafiado. Humillado porque no creo que Dios esté demasiado afectado por nuestro ministerio, no importa cuan impresionados sean los hombres. Desafiado por cuanto yo mismo necesito profundizar mi vida y mi ministerio, permitir que el Espíritu Santo haga lo que quiera de mi no importa lo que digan los hombres.

Por lo tanto, digo que Gálatas es un libro peligroso. Peligroso para Pablo que lo haya escrito. Peligroso por los gálatas que lo hayan leído. Pueda ser que el haber yo escrito esta exposición haya sido cosa peligrosa. Pero así sea. (Quizá perderé algunos amigos e algunas invitaciones para predicar.)

Mi oración es que tu y yo apreciáramos y experimentáramos la libertad que tenemos en Cristo, no sea que su muerte haya sido en vano.

**“...Si el hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”
(Juan 8:36).**

Mi amigo—¡SE LIBRE!

Warren W. Wiersbe

I

SECCION PERSONAL:

La Gracia y el Evangelio

Capítulos 1—2

Gálatas 1:1-10

¹Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos),
²y todos los hermanos que están conmigo, a las iglesias de Galacia: ³Gracia y paz sean a vosotros, de Dios el Padre y de nuestro Señor Jesucristo, ⁴el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre, ⁵a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. ⁶Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. ⁷No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. ⁸Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. ⁹Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema. ¹⁰Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.

1

Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas

Un niño llegó a la puerta de mi casa y trató de venderme una suscripción del periódico semanal y era muy persuasivo: “El precio es muy bajo”, decía, “y lo mejor de todo es que este periódico sólo publica *noticias buenas*”.

En un mundo lleno de problemas, se está haciendo más y más difícil encontrar buenas noticias, así que, quizá, aquella era una buena oferta. Para la persona que ha confiado en Cristo como Salvador, las verdaderas buenas noticias son las del evangelio: “Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3,4). Las buenas nuevas dicen que los pecadores pueden ser perdonados e ir al cielo por la obra que Cristo consumó en la cruz y este es el mensaje más importante en el mundo.

Dicho mensaje había cambiado la vida de Pablo y, a través de él, las vidas de otros. Pero ahora el evangelio estaba siendo atacado y Pablo lo defendió. Algunos maestros falsos habían invadido las iglesias de Galacia—fundadas por Pablo—y enseñaban un mensaje diferente al de Pablo.

Al empezar a leer la carta de Pablo a los creyentes en Galacia, se nota de inmediato que algo anda mal, ya que no la comenzó como solía hacerlo: con alabanza a Dios, y oración por los hermanos. ¡No tenía tiempo para eso! Pablo está a punto de enfrascarse en una batalla por la

Libres

verdad del evangelio y la libertad del creyente. Los falsos maestros estaban esparciendo un *evangelio* falso, el cual era una mezcla de la ley y de la gracia, y Pablo no iba a quedarse con los brazos cruzados.

¿Cómo inicia Pablo el trato con la iglesia de Galacia en su intento de enseñarles la verdad del evangelio? En estos versículos, el apóstol da tres pasos definidos al prepararse para pelear esta batalla.

Reclama su Autoridad (Gálatas 1:1-5)

Más adelante en su carta, Pablo exhorta a los gálatas basándose en su afecto por ellos (4:12-20), pero al principio procura hacerles ver la autoridad que él recibió del Señor. Pablo presenta tres pruebas para reclamar su autoridad:

Su ministerio (1:1,2). “Pablo, apóstol...”. En los primeros días de la iglesia, Dios llamó a hombres especiales, entre ellos los *apóstoles*—título que significa *enviados con una comisión*. Durante su ministerio terrenal, Cristo tenía muchos “discípulos” (*aprendices*), de los cuales seleccionó a 12 “apóstoles” (Marcos 3:13-19). Más tarde, uno de los requisitos para ser apóstol fue el de ser testigo de la resurrección de Cristo (Hechos 1:21,22; 2:32; 3:15). Pablo no fue ni discípulo ni apóstol durante el ministerio de Cristo, sin embargo, había visto al Señor resucitado y había sido comisionado por él (Hechos 9:1-18; 1 Corintios 9:1).

La conversión milagrosa de Pablo y su llamamiento al apostolado ocasionó algunos problemas. Desde el principio estaba separado de los otros apóstoles, y por eso sus enemigos decían que no era un verdadero apóstol. Pablo les señala que él fue hecho apóstol por Cristo Jesús, tanto como los doce. Su apostolado no fue el resultado de la

Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas

elección humana, sino de la divina, así que Pablo tenía autoridad para tratar los problemas en las iglesias de Galacia.

Pero en su ministerio, Pablo tenía una segunda base para su autoridad: *Había fundado las iglesias en Galacia*. No les estaba escribiendo como si fuera un extraño, sino como quien les había llevado el mensaje de vida. Esta carta revela el afecto de Pablo por estos creyentes (ve 4:12-19). Lamentablemente, no correspondían con el mismo afecto.

El asunto de la fundación de las iglesias en Galacia ha presentado un problema a los estudiosos de la Biblia por causa del significado del nombre *Galacia*. Años antes del nacimiento de Cristo unas tribus salvajes emigraron de Galia (Francia moderna) rumbo a Asia Menor, y fundaron Galacia: nombre que significa “el país de los galos”. Cuando los romanos reorganizaron el viejo mundo, hicieron a Galacia parte de una provincia más grande que incluyó a otras áreas, y llamaron a toda la provincia Galacia. Así que, en los días de Pablo, cuando una persona mencionaba Galacia, era difícil saber si se refería al pequeño país, o a la provincia romana que era más grande.

Los estudiosos de la Biblia no están de acuerdo sobre si Pablo escribió a las iglesias en el *país* de Galacia o en la *provincia* con este nombre. El primer argumento se conoce como la “teoría de Galacia del Norte”, y el segundo la “teoría de Galacia del Sur”. El asunto no ha sido completamente aclarado, pero la evidencia parece indicar que Pablo escribió a las iglesias en la parte sur de la provincia de Galacia—Antioquía, Iconio, Listra y Derbe; iglesias que él fundó en su primer viaje misionero (Hechos 13—14).

Pablo siempre tenía amor e interés por los que había ganado para Cristo y anhelaba que las iglesias que había

Libres

fundado glorificaran al Señor (ve Hechos 15:36; 2 Corintios 11:28). No se conformaba con ganar almas para Cristo y después abandonarlas. (1 Tesalonicenses 2 es un ejemplo del cuidado que tenía de los que ganaba para el Señor.)

Cuando Pablo oyó que los falsos maestros habían empezado a desviar a los nuevos creyentes, se preocupó en gran manera—y con mucha razón. Después de todo, enseñar a los nuevos creyentes a vivir para Cristo es tan importante como ganarlos (Mateo 28:19,20). Es triste decirlo, pero muchos de los creyentes en Galacia le habían vuelto la espalda a Pablo, su *padre espiritual*, y ahora seguían a maestros legalistas quienes estaban mezclando la ley de Moisés con el evangelio de la gracia de Dios. (Estos maestros falsos se conocen como *judaizantes*, porque trataban de engañar a los creyentes, con el fin de que regresaran a la religión de los judíos.)

Así que, Pablo tenía el ministerio de apóstol, y específicamente era fundador de las iglesias de Galacia. Como tal, tenía la autoridad de intervenir en los problemas de las iglesias. Pero, hay una segunda prueba de su autoridad:

Su mensaje (1:3,4). Desde un principio, Pablo presenta claramente el mensaje del evangelio, porque era ésta el que los judaizantes estaban pervirtiendo. El evangelio se centra en la *persona* de Jesucristo, el Hijo de Dios, quien pagó el *precio* por nosotros al morir en la cruz. (Se descubrirá que la cruz ocupa un lugar prominente en la carta a los Gálatas—2:19-21; 3:1,13; 4:5; 5:11,24; 6:12-14). Al pagar el precio en la cruz, Cristo tuvo *un propósito*—librar a los pecadores de la esclavitud.

La *libertad en Cristo* es el tema predominante de la epístola a los Gálatas. (Ve la palabra esclavitud en 2:4;

Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas

4:3,9,24,25; 5:1). Los judaizantes querían que los creyentes dejaran la libertad de la gracia por la esclavitud de la ley. Pablo sabía que esa esclavitud no era parte del mensaje del evangelio, ya que Cristo había muerto para poner a los hombres en libertad.

El *ministerio* y el *mensaje* de Pablo fueron pruebas de su autoridad, así como también lo fue:

Su motivo (1:5). “A quien sea la gloria por los siglos de los siglos”. Los falsos maestros no estaban sirviendo para glorificar a Cristo, sino para su propia gloria (ve 6:12-14). Así como los maestros falsos en la actualidad, los judaizantes no se ocupaban en ganar a los perdidos para Cristo, más bien, estaban robándose a los convertidos de otros y jactándose de ellos. Pero el móvil de Pablo era puro y piadoso: quería glorificar a Cristo Jesús (ve 1 Corintios 6:19,20; 10:31-33).

Pablo ya ha probado su autoridad, y ahora está listo para un segundo paso al comenzar su lucha en pro de la libertad de los creyentes.

Revela su Inquietud (Gálatas 1:6,7)

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado”. Esta es la primera razón de la inquietud de Pablo: los gálatas estaban *abandonando la gracia de Dios*. (El verbo indica que estaban en el *proceso* de desertar, pero que no se habían retirado por completo).

Pablo aprovecha esta situación para hablarles claramente, Dios los había llamado en su gracia, y los había salvado de sus pecados. Ahora están dejando la gracia y regresando a la ley. Abandonan la libertad por el legalismo, y lo hacen precipitadamente, sin consultar a Pablo, su *padre espiritual*, ni darle tiempo al Espíritu

Libres

Santo para que los enseñe. Siguen la religión de los judaizantes de la manera en que los niños pequeños siguen a un desconocido que les ofrece dulces.

La gracia de Dios es un tema básico en esta carta (1:3,6,15; 2:9,21; 5:4; 6:18). La gracia es el favor inmerecido de Dios hacia los pecadores. Las palabras *gracia* y *don* se relacionan, porque la salvación es el don de Dios por medio de su gracia (Efesios 2:8-10). Los creyentes de Galacia no simplemente estaban cambiando de una religión a otra o de una iglesia a otra, sino que en realidad estaban abandonando la gracia de Dios. Y para colmo de males, estaban desertando del Dios de la gracia. Dios los había llamado y salvado; ahora ellos desertaban de él por seguir a líderes humanos que los llevarían a la esclavitud.

No olvidemos que la vida cristiana es una relación íntima con Dios por medio de Cristo Jesús. Un hombre no se convierte en creyente solamente por estar de acuerdo con una lista de doctrinas, sino al someterse a Cristo y confiar en él. No se debe mezclar la gracia con las obras, porque una excluye a la otra (Romanos 11:6). La salvación es el don de la gracia de Dios, comprada para nosotros por Cristo Jesús en la cruz. El tornarse de la gracia hacia la ley es desertar del Dios que nos salvó.

Pero los judaizantes eran culpables de otro pecado que causó gran inquietud en Pablo: *estaban pervirtiendo el evangelio de Dios*. Decían que predicaban “el evangelio”, pero no puede haber dos evangelios, uno basado en las obras, y el otro en la gracia. “No están predicando otro evangelio”, escribe Pablo, “sino un evangelio *diferente*—tan diferente del verdadero que ni es evangelio”. Como los seguidores de las sectas falsas hoy, los judaizantes dirían:

Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas

“Creemos en Cristo Jesús, *pero* tenemos algo maravilloso que *añadir* a lo que usted ya cree”. ¡Cómo si los hombres pudieran *añadir* algo a la gracia de Dios!

La palabra griega traducida “pervertir” del versículo 7 se usa sólo tres veces en el Nuevo Testamento (Hechos 2:20; Santiago 4:9; Gálatas 1:7). Dicho vocablo quiere decir *cambiar, invertir o convertir en lo opuesto*. En otras palabras, los judaizantes habían cambiado el evangelio de tal manera que lo habían convertido en lo opuesto cuando regresaron a la ley. Más adelante en esta carta, Pablo explica cómo la ley era una preparación para la venida del Salvador, pero los judaizantes tenían otra idea. Según ellos, la ley y el evangelio se complementan. “Si no os circuncidáis conforme al rito (la ley) de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1). En resumen, vemos que los judaizantes desertaban del Dios verdadero y pervertían el evangelio verdadero.

¿Qué efecto tuvo este “desertar” y “pervertir” en los hermanos de Galacia? Les perturbaba (Gálatas 1:7). El verbo *perturbar* lleva la idea de perplejidad, confusión, e inquietud. Entendemos mejor el significado de esta palabra, traducida a veces “turbarse”, al ver cómo se usa en otros pasajes de la Biblia. “Se turbaron” describe los sentimientos de los discípulos en la barca durante la tormenta (Mateo 14:26). También describe los sentimientos del rey Herodes cuando oyó que un nuevo rey había nacido (Mateo 2:3). Con razón Pablo estaba preocupado por los recién convertidos: estaban confundidos a causa de las falsas doctrinas que habían sido introducidas en las iglesias. La gracia siempre lleva a la paz (ve Gálatas 1:3), pero los creyentes habían abandonado la gracia, y por lo tanto no tenían paz en sus corazones.

Libres

Tenga presente que la gracia de Dios incluye más que la salvación del hombre. No sólo somos salvos por gracia, sino que vivimos por gracia (1 Corintios 15:10), y estamos firmes en la gracia; este es el fundamento de la vida cristiana (Romanos 5:1,2). La gracia nos da la fuerza necesaria para ser soldados victoriosos (2 Timoteo 2:1-4). Por la gracia podemos sufrir sin quejarnos, e incluso glorificar a Dios a través del sufrimiento (2 Corintios 12:1-10). Cuando el creyente deja de vivir por la gracia de Dios, tiene que confiar en su propio poder, y esto lleva al fracaso y a la confusión. A esto se refiere Pablo cuando dice: “de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4); es decir, dejaron la gracia para volver a la ley, cesando de depender de los recursos divinos para depender de los propios.

Con razón Pablo estaba inquieto. Sus hermanos en Cristo estaban desertando del Dios de la gracia; pervirtiendo la gracia de Dios; y regresando a vivir según la carne y los recursos propios. Habían empezado sus vidas cristianas en el Espíritu, pero ahora trataban de continuar en el poder de la carne (Gálatas 3:3).

Habiendo reclamado su autoridad y revelado su inquietud, Pablo da el tercer paso en su batalla contra el legalismo.

Descubre a sus Adversarios (Gálatas 1:8-10)

“Amor sí, guerra no” es un dicho popular, pero no siempre conveniente. Los médicos tienen que hacerle la guerra a la enfermedad y a la muerte; el ingeniero sanitario tiene que luchar contra la contaminación ambiental; los legisladores tienen que luchar contra la injusticia y el crimen. Así que, todos éstos luchan contra algún mal. “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal” (Salmo 97:10).

Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas

“Aborreced lo malo, seguid lo bueno” (Romanos 12:9). Pablo luchó en contra de los falsos maestros porque amaba la verdad y a los que había guiado a Cristo. Como un padre amante que cuida a su hija hasta que ésta se casa, Pablo veló por sus *hijos espirituales* para que no fueran seducidos por el pecado (2 Corintios 11:1-4).

Los judaizantes se identificaban por el *evangelio falso que predicaban*. La prueba de que un ministerio sea efectivo no es ni popularidad (Mateo 24:11), ni señales y prodigios (Mateo 24:23,24), sino fidelidad a la Palabra de Dios (ve Isaías 8:20; 1 Timoteo 4; 1 Juan 4:1-6 y nota también que en 2 Juan 5-11 Dios nos amonesta a que no recibamos a los que traen falsa doctrina). Cristo había encomendado el evangelio a Pablo (1 Corintios 15:1-8), y él a su vez lo había encomendado a otros siervos fieles (1 Timoteo 1:11; 6:20; 2 Timoteo 1:13; 2:2). Pero los judaizantes habían cambiado el verdadero evangelio por uno falso, y por este pecado, Pablo dijo que serían “anatemá”. Esta palabra quiere decir *destinado a destrucción, o bajo maldición*. (En Hechos 23:14 se encuentra una buena ilustración del uso de dicha palabra.) No importa quién sea el predicador—un ángel del cielo o incluso el mismo Pablo—si predica otro evangelio, está bajo maldición.

Pero hay una segunda característica de los adversarios de Pablo: *sus motivos incorrectos*. Los enemigos de Pablo lo acusaban de transigencia, diciendo que él trataba de acomodar el evangelio al gusto de los gentiles. Tal vez torcieron el significado de la declaración de Pablo: “A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos” (1 Corintios 9:22). Los judaizantes decían: “Cuando Pablo está con los judíos, vive como judío; pero cuando está con los gentiles, vive como gentil. Por cuanto

Libres

siempre se acomoda para quedar bien con todos, no se puede confiar en él”.

Pero en realidad, eran los falsos maestros los que buscaban agradar a los hombres. “Tienen celo por vosotros, pero no para bien”, Pablo escribió. “Quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos” (4:17). Más tarde, Pablo señala a estos falsos maestros como a los que transigen, y regresan a las prácticas del Antiguo Testamento para no ser perseguidos por los judíos (6:12-15). De cierto, Pablo *no* trataba de agradar a los hombres. Su *ministerio* no vino de hombre alguno (1:1), ni tampoco su *mensaje* (1:12). ¿Por qué, entonces, había de temer a los hombres? ¿Por qué había de agradecerles? El deseo de su corazón era el de agradar a Cristo.

Cuando Verdi compuso su primera ópera en Florencia, el compositor permaneció a solas en las sombras mirando atentamente el rostro de un hombre entre el público—era el famoso Rosini. No le importaba a Verdi si la gente en el teatro aplaudía o si se mofaba de él; todo lo que quería era un gesto de aprobación del gran maestro. Lo mismo sucedía con Pablo. El sabía lo que era sufrir por el evangelio, pero ni la aprobación ni la desaprobación de los hombres le afectaba. “Por tanto procuramos también... serle agradables” (2 Corintios 5:9). Pablo sólo buscaba la aprobación de Cristo.

El siervo de Dios es tentado constantemente a tratar de agradar a los hombres. Cuando D.L. Moody predicaba en Inglaterra, un obrero llegó a él y le dijo que un hombre de la nobleza había entrado al lugar de reunión. “Ojalá que el mensaje le sea de bendición”, fue la respuesta de Moody, y predicó como siempre, sin tratar de impresionar a nadie.

Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas

Pablo no era un político, sino un embajador. Su tarea no era la de ganar amigos, sino la de predicar. Los judaizantes, por el contrario, eran cobardes que mezclaban la ley y la gracia, esperando agradar tanto a los judíos como a los gentiles, pero no se preguntaban si estaban agradando a Dios.

Hemos notado tres pasos que Pablo dio para iniciar la batalla contra estos maestros falsos: reclamó su autoridad, reveló su inquietud, y descubrió a sus adversarios. ¿Pero cómo va a atacar a sus enemigos? ¿Qué método usará para convencer a los creyentes de Galacia de que todo lo que necesitan es la fe en la gracia de Dios? Lee toda la carta y observa que hay tres divisiones, cada una con su énfasis particular.

El énfasis de la primera sección es *personal* (capítulos 1—2). Pablo relata de su propio encuentro con Cristo Jesús, y de cómo recibió el mensaje del evangelio. Señala que lo había recibido directamente del Señor, y no de los apóstoles (1:11-24), sin embargo, éstos habían aprobado su mensaje y su ministerio (2:1-10). Además, Pablo defendió el evangelio cuando Pedro, el apóstol mayor, simulaba estar de parte de los judíos, con el fin de quedar bien con ellos (2:11-21). La sección autobiográfica de la carta prueba que Pablo no era un *apóstol falso*, sino que su mensaje y ministerio fueron fieles a la fe.

Los capítulos 3 y 4 son *doctrinales*, y en ellos Pablo presenta varios argumentos para comprobar que los pecadores son salvos por la fe y la gracia, y no por las obras ni la ley. Primeramente, apela a la experiencia de salvación de ellos (3:1-5). Entonces, regresa a la ley del Antiguo Testamento para mostrar que aun Abraham y los profetas entendieron que la salvación es por gracia por

Libres

medio de la fe (3:6-14). Habiendo mencionado la ley, Pablo explica por qué ésta fue dada (3:15—4:18). Luego usa la historia de Sara y Agar para ilustrar la relación de la ley con la gracia (4:19-31).

Los últimos dos capítulos de esta carta son *prácticos* en su énfasis, pues Pablo pasa del argumento a la aplicación. Los judaizantes acusaban a Pablo de promover la anarquía, puesto que predicaba el evangelio de la gracia de Dios; así que, en esta sección Pablo explica la relación entre la gracia de Dios y la vida cristiana práctica. Muestra que vivir por gracia significa libertad y no esclavitud (5:1-12); depender del Espíritu y no de la carne (5:13-26); vivir para otros y no para sí mismo (6:1-10); y vivir para la gloria de Dios y no para buscar la aprobación del hombre (6:11-18). Es preciso escoger entre la ley y la gracia, porque ambas no pueden coexistir.

La carta a los Gálatas no es un libro que se puede tomar a la ligera. Esta epístola fue el acta de libertad de Martín Lutero durante la reforma. Los escritos de Lutero, a su vez, llevaron la verdad de la salvación por medio de la fe al corazón de Juan Wesley, estando éste en una reunión en Londres el 24 de mayo de 1738. Fue a Wesley a quien Dios usó de modo tan extraordinario para encabezar el avivamiento en las Islas Británicas que resultó en la fundación de la iglesia metodista. Dicho avivamiento afectó al mundo entero de habla inglesa. Querido lector, al estudiar la epístola a los Gálatas, pide a Dios que te prepare para seguir las pisadas de estos gigantes de la fe y llevar este mensaje de la gracia y libertad al mundo.

Malas Noticias Acerca de las Buenas Nuevas

Bosquejo de la Epístola a los Gálatas

Tema: La libertad cristiana por medio de la gracia de Dios (5:1)

I. Sección Personal: La Gracia y el Evangelio— Capítulos 1—2

- A. La gracia declarada en el mensaje de Pablo—
1:1-10
- B. La gracia demostrada en la vida de Pablo—
1:11-24
- C. La gracia defendida en el ministerio de Pablo—
2:1-21
 - 1. Colectivamente: Ante la iglesia—2:1-10
 - 2. Personalmente: Ante Pedro—2:11-21

II. Sección Doctrinal: La Gracia y la Ley— Capítulos 3—4

- A. El argumento personal—3:1-5
- B. El argumento bíblico—3:6-14
- C. El argumento lógico—3:15-29
- D. El argumento histórico—4:1-11
- E. El argumento sentimental—4:12-18
- F. El argumento alegórico—4:19-31

III. Sección Práctica: La Gracia y la Vida Cristiana— Capítulos 5—6

- A. La libertad y no la esclavitud—5:1-12
- B. El Espíritu y no la carne—5:13-26
- C. Otros y no yo—6:1-10
- D. La gloria de Dios y no la aprobación del hombre—
6:11-18

Gálatas 1:11-24

¹¹Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; ¹²pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. ¹³Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba; ¹⁴y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres. ¹⁵Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, ¹⁶revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre, ¹⁷ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo, sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco. ¹⁸Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días; ¹⁹pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor. ²⁰En esto que os escribo, he aquí delante de Dios que no miento. ²¹Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia, ²²y no era conocido de vista a las iglesias de Judea, que eran en Cristo; ²³solamente oían decir: Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba. ²⁴Y glorificaban a Dios en mí.

2

¡Nacido Libre!

“El que quiera ser hombre no puede ser conformista”, escribió el famoso poeta Ralph Waldo Emerson, y muchos pensadores están de acuerdo con él.

El filósofo alemán Schopenhauer escribió: “Sacrificamos el 75% de nuestra personalidad con el fin de conformarnos a otros”.

Francis Asbury, el primer obispo de la iglesia metodista en los Estados Unidos, oró en una ordenación de diáconos: “Oh, Señor que estos hermanos nunca deseen ser como los demás”.

Por supuesto que hay un individualismo que destruye en lugar de edificar. Pero, al vivir en una sociedad tan acostumbrada al fingimiento y la hipocresía, es bueno conocer a alguien como Pablo que no procuraba imitar a otro, sino ser él mismo. Sin embargo, la libertad que Pablo gozaba incomodaba a ciertos creyentes que se sentían más seguros en el conformismo.

Los enemigos de Pablo, queriendo probar que el mensaje y el ministerio del apóstol no eran verdaderos, señalaron que Pablo no había recibido su apostolado en el mismo tiempo ni en la misma manera que los otros doce.

En los versículos 11 y 12 Pablo declara su tema: El origen divino de su mensaje y ministerio. No inventó el evangelio, ni lo recibió de hombre, sino de Cristo Jesús. Tanto su mensaje como su ministerio apostólico le fueron dados divinamente. Así que, cualquiera que añadiera algo al evangelio que Pablo predicaba corría el peligro de

Libres

recibir el juicio divino, porque dicho evangelio le fue dado por Cristo Jesús desde el cielo (1 Corintios 15:1-11).

Pablo sabía que la mejor manera de probar su argumento era recordar a los creyentes de Galacia la manera en que Dios se manifestó a él. Declara que sus lectores ya conocían su vida anterior a la conversión (Gálatas 1:13), pero era obvio que no entendían el cambio que Dios había obrado en él. Así que, Pablo relata tres experiencias de su pasado como evidencia de que su apostolado y su evangelio son de Dios:

Pablo, el Perseguidor (Gálatas 1:13,14)

Pablo comienza hablando de su conducta pasada como rabí judío inconverso. (En los capítulos 9, 22 y 26 del libro de los Hechos se halla una narración gráfica de la vida del apóstol antes de su conversión.) Pablo señala su relación con la iglesia (v.13) y con la religión de los judíos (v.14). Perseguía a la iglesia y de esta manera ascendía en la religión judía. Todo iba *viento en popa* y por todas partes la estaban reconociendo como un líder espiritual de Israel.

Es interesante notar las palabras que se usan para describir las actividades de Pablo como “Saulo de Tarso”, el perseguidor de la iglesia. El “consentía” en la muerte de Esteban (Hechos 8:1), y luego “asolaba a la iglesia” (Hechos 8:3), encarcelando a los creyentes; dejando desamparadas a familias; y respiraba “amenazas y muerte” (Hechos 9:1). Tan empeñado estaba Pablo en destruir la iglesia que estaba dispuesto a matar a los creyentes (Hechos 22:4,5; 26:9-11). El apóstol menciona estos hechos en sus cartas (1 Corintios 15:9; Filipenses 3:6; 1 Timoteo 1:13), maravillándose de que Dios pudiera salvar a semejante pecador.

¡Nacido Libre!

En realidad Pablo pensaba que Cristo era un impostor y que su mensaje de salvación era mentira. Estaba seguro de que Dios había hablado a través de Moisés, pero ¿cómo podía estar seguro de que Dios había hablado a través de Jesús de Nazaret? Empapado en la tradición judía, el joven Saulo de Tarso defendía su fe. Su fama como perseguidor celoso de “la secta de los Nazarenos” se hizo notoria por dondequiera (ve Hechos 9:13,14). Todos sabían que este alumno brillante del rabí Gamaliel (Hechos 22:3) se perfilaba rápidamente a ser un líder influyente de la fe judía. Su vida religiosa personal, su erudición (Hechos 26:24), y el celo con que se oponía a las creencias religiosas extrañas, hicieron de este joven rabí el más respetado de su tiempo.

Entonces sucedió algo maravilloso: Saulo de Tarso, el perseguidor de la iglesia se convirtió en Pablo, apóstol y predicador del evangelio. Este cambio no fue gradual, sino repentino (Hechos 9:1-9). Un día Saulo iba en camino a Damasco a perseguir a los cristianos; pocos días más tarde estaba en Damasco diciendo a los judíos que los cristianos tienen razón. ¿Cómo podían explicar los judíos esta transformación tan repentina?

¿Sería posible que el cambio tan extraordinario en Pablo se debiera a la influencia de los mismos judíos? ¡Es inconcebible! Los judíos animaban a Saulo en su campaña de persecución, y su conversión era una vergüenza para ellos.

¿Podría este cambio haber sido causado por los cristianos que Saulo perseguía? Seguramente estos creyentes oraron por él, y sin lugar a duda, la muerte de Esteban—y especialmente el testimonio glorioso que éste había dado—hicieron un efecto profundo en Pablo (Hechos

Libres

22:19,20). Pero los creyentes huían de Pablo (Hechos 8:1,4; 9:10-16) y, hasta donde sabemos, no tenían ni idea de que el joven rabí se convertiría en cristiano.

Pero si el cambio maravilloso en Pablo no fue causado ni por los judíos ni por la iglesia, entonces *¿quién lo produjo?*... ¡Sólo pudo ser Dios!

Es evidente que la conversión de Pablo fue un milagro. Era imposible que el rabí Saulo se convirtiera en el apóstol Pablo sin la gracia de Dios. Y el mismo Dios que salvó a Pablo también lo llamó a ser apóstol, y le dio el mensaje del evangelio. *Para los judaizantes, negar el apostolado de Pablo y el evangelio, equivale a negar la conversión del apóstol.* Ciertamente Pablo estaba predicando el mismo mensaje que había creído—es decir, la verdad que le había transformado. Pero ningún mensaje meramente humano podía efectuar tal cambio. El argumento de Pablo es concluyente: su conducta pasada como perseguidor de la iglesia, añadida al cambio dramático que experimentó, prueban que su mensaje y ministerio provinieron de Dios.

Pablo, el Creyente (Gálatas 1:15,16b,24)

Habiendo hablado de su carácter y conducta pasados, Pablo ahora relata su conversión; después de todo, este era el hecho crucial en su vida. “Lo que predico a otros, lo he experimentado yo mismo”, les dice a sus acusadores. “Este es el verdadero evangelio; cualquier otro es falso”. En estos versículos Pablo presenta unas características de su experiencia de conversión.

Fue de Dios (1:15a,16a). “Agradó a Dios... revelar a su Hijo en mí”. Siempre que Pablo habló o escribió acerca de su conversión, enfatizó el hecho de que Dios hizo la obra. “La salvación es de Jehová” (Jonás 2:9).

¡Nacido Libre!

Fue por la gracia de Dios (1:15b). La experiencia de Pablo nos recuerda al joven Jeremías (Jeremías 1:4-10), y también a Juan el Bautista (Lucas 1:5-17). La salvación es por la gracia de Dios, y no por los esfuerzos ni por el carácter del hombre. “Gracia” y “llamó” (Gálatas 1:15) van juntos, porque al que Dios escoge en su gracia, llama por medio de su Palabra (1 Tesalonicenses 1:4,5). No se nos revela por completo el misterio de la relación entre la voluntad soberana de Dios y la responsabilidad humana. Pero, sabemos que Dios no quiere que ninguno perezca (2 Pedro 3:9), y los que confían en Cristo descubren que han sido escogidos “en él antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4).

Fue por medio de Cristo (1:16a). En otra carta Pablo aclara que tenía mucho de qué gloriarse cuando era inconverso: religión, autojustificación, fama y prestigio (Filipenses 3); pero, *no tenía a Cristo*. Cuando iba en camino a Damasco, Pablo vio sus trapos de justicia propia en contraste con la justicia de Cristo, y se dio cuenta de lo que le faltaba. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7).

Cristo se manifestó *a Pablo, en Pablo, y a través de Pablo*. El *judaísmo* (Gálatas 1:14) había sido una vida de prácticas y ritos externos, pero la fe en Cristo produjo una experiencia real con el Señor. La morada de Cristo en el creyente era una verdad importante para Pablo (Gálatas 2:20; 4:19).

Fue por amor a otros (1:16b). Dios escogió a Pablo, no sólo para salvarlo, sino para que éste ganara a otros. En la Biblia la doctrina de la elección no se enseña con el fin de producir orgullo o egoísmo. La elección implica responsa-

Libres

bilidad. Dios escogió a Pablo para predicar entre los gentiles la misma gracia que él había experimentado. Esto, en sí, era evidencia de que la conversión de Pablo fue obra de Dios; pues ciertamente un rabí judío con tantos prejuicios nunca escogería por sí mismo servir a los gentiles que en aquel entonces eran tan despreciados (ve Hechos 9:15; 15:12; 22:21,22; Efesios 3:1,8).

Fue para la gloria de Dios (1:24). Como rabí fanático Pablo tenía toda la gloria que un hombre podría desear; pero lo que el apóstol hacía no glorificaba a Dios. El hombre fue *creado* para glorificar a Dios (Isaías 43:7), y también es *salvado* para glorificarlo (1 Corintios 6:19,20). Este fue siempre el motivo que impulsaba a Pablo en su vida y ministerio (Romanos 11:36; 16:27; Efesios 1:6; 3:20,21; Filipenses 4:20; 1 Corintios 10:31). En cambio los judaizantes buscaban su propia gloria (Gálatas 6:11-18), y por eso se robaban a los convertidos de Pablo, descarriándolos. Si Pablo hubiera querido glorificarse a sí mismo, hubiera permanecido rabí judío y tal vez hubiera llegado a ser el sucesor de Gamaliel. Pero, la gloria de Dios era lo que motivaba a Pablo, y también es lo que debe motivarnos a nosotros.

Cuando Carlos Spurgeon era un predicador joven, su padre, el reverendo Juan Spurgeon, sugirió que Carlos fuera a la universidad para obtener prestigio. Se hicieron arreglos para que conociera al prefecto. Quedaron de verse en cierta casa y Spurgeon llegó a la hora citada. Esperó dos horas, y el prefecto nunca apareció. Cuando Spurgeon finalmente preguntó por él, descubrió que aquél había estado esperándolo en otra sala, y a causa de otra cita ya se había ido. Desilusionado, Spurgeon se fue para cumplir con un compromiso de predicar. Mientras iba caminando

¡Nacido Libre!

solo, oyó una voz que claramente le dijo: “¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques” (Jeremías 45:5). Desde ese momento, Spurgeon se propuso hacer la voluntad de Dios para la gloria de Dios, y Dios lo bendijo de manera excepcional.

Vemos entonces que Pablo se presentó a sí mismo como perseguidor, y repasó su carácter y conducta. También se presentó como un creyente, y habló de su conversión. Ahora se presenta como:

Pablo, el Predicador (Gálatas 1:16c-23)

¿Cuáles eran las relaciones de Pablo con otros creyentes? Esta es una pregunta vital para su defensa. Pablo no se puso en contacto con los apóstoles inmediatamente después de su conversión en el camino a Damasco. “No consulté en seguida con carne y sangre” (Gálatas 1:16c). Después de convertirse lo lógico era que Pablo se hubiera presentado a la iglesia de Jerusalén para recibir instrucción espiritual de aquellos que habían estado “en Cristo” antes que él. Pero no lo hizo—y su decisión fue guiada por el Señor, porque si hubiera ido a Jerusalén, su ministerio podría haber sido identificado con el de los apóstoles, los cuales eran todos judíos—y esto podría haber sido un estorbo en su trabajo entre los gentiles.

Necesitamos recordar que el mensaje del evangelio llegó a los judíos primeramente (Hechos 3:26; Romanos 1:16). El ministerio de nuestro Señor fue con la nación de Israel, y asimismo el de los apóstoles en los primeros años (ve Hechos 1—7). La muerte de Esteban fue el punto decisivo. Cuando los creyentes fueron esparcidos, llevaron las buenas nuevas a otros lugares (Hechos 8:4; 11:19-26). Felipe llevó el mensaje a los samaritanos

Libres

(Hechos 8), luego Dios guió a Pedro a presentarlo a los gentiles (Hechos 10). Sin embargo, a Pablo le correspondía llevar el evangelio a los gentiles (Hechos 22:21,22; Efesios 3:1,8), y por esta razón Dios lo apartó del ministerio a los judíos dirigido por los apóstoles en Jerusalén.

Pablo no fue inmediatamente a Jerusalén. ¿Adónde fue? Hace un repaso de sus relaciones y dice que no había oportunidad para que él recibiera su mensaje o su llamamiento apostólico de ninguno de los líderes en la iglesia. (Compara esta sección con Hechos 9:10-31, y recuerda que aun los mejores estudiantes de la Biblia no concuerdan en cuanto a la cronología de la vida de Pablo. Afortunadamente, los detalles de la historia no afectan nuestra comprensión de lo que Pablo escribe. Podemos estar en desacuerdo en cuanto a la cronología pero todavía concordar en la teología.)

Fue a Arabia (1:17b). Esto sucedió después del inicio de su ministerio en Damasco (Hechos 9:19,20). En lugar de “consultar con carne y sangre”, Pablo se entregó al estudio, la oración y la meditación y se encontró con el Señor a solas. Puede ser que haya pasado la mayor parte de los tres años en Arabia (Gálatas 1:18), y sin duda estaba ocupado en el evangelismo, así como en su crecimiento espiritual. Los apóstoles habían recibido tres años de enseñanza del Señor Jesús y Pablo tuvo una oportunidad similar.

Fue a Damasco (1:17c). Hubiera sido lógico que visitara Jerusalén a estas alturas, pero el Señor lo dirigió de otra manera. Ciertamente era un riesgo para Pablo regresar a la ciudad donde todos sabían que este celoso judío se había convertido en cristiano. Los líderes judíos que lo habían tenido como cabecilla en contra del cristianismo buscarían matarlo. Probablemente el incidente

¡Nacido Libre!

de la canasta de Hechos 9:23-25 (ve 2 Corintios 11:32,33) sucedió en este tiempo. El retorno de Pablo a Damasco y el peligro que ocasionó a su vida son otras pruebas de que los líderes judíos consideraban a Pablo como enemigo y de que su experiencia con Cristo era válida.

Al fin visitó Jerusalén (1:18-20). Esto sucedió tres años después de su conversión, y su propósito principal fue visitar a Pedro. Pero Pablo se las vio duras para entrar en la comunión de la iglesia (Hechos 9:26-28). Si su mensaje y ministerio provinieran de los apóstoles, esto no hubiera sucedido; pero puesto que la experiencia de Pablo había sido con el Señor Jesús a solas, los apóstoles dudaban de él. El apóstol permaneció en Jerusalén sólo por 15 días, y vio solamente a Pedro y a Santiago (el hermano del Señor). Así que no recibió su mensaje ni su apostolado de la iglesia de Jerusalén, porque no hubo ni tiempo ni oportunidad para ello. Ya los había recibido directamente de Cristo.

Regresó a su hogar en Tarso (1:21-23). El libro de los Hechos nos dice por qué: su vida corría peligro en Jerusalén, así como en Damasco (Hechos 9:28-30). Pasando Pablo por Siria, predicó la Palabra, y llegando a Cilicia, su propia provincia (Hechos 21:39; 22:3), empezó a evangelizar (ve Hechos 15:23). Los historiadores piensan que permaneció allí quizá por siete años, hasta que Bernabé fue por él para que le ayudara en Antioquía (Hechos 11:19-26). Sólo unos cuantos creyentes en Jerusalén conocían a Pablo, pero los de Judea no lo conocían, aunque oyeron que ahora predicaba la misma fe que antes trataba de destruir.

A la luz de la conducta de Pablo, su conversión y sus relaciones, ¿cómo podía alguien acusarlo de inventar su

Libres

mensaje? Ciertamente *había recibido* su evangelio por medio de una revelación de Cristo Jesús. Así que, debemos tener cuidado de lo que hacemos con el evangelio, porque no es invención de hombres, sino la verdad misma de Dios.

Algunos críticos han acusado a Pablo de *corromper el evangelio sencillo*, pero esto es en contra de la evidencia. *El mismo Cristo que enseñó aquí en la tierra, también enseñó a Pablo desde el cielo.* Pablo no inventó su enseñanza, sino que *la recibió* (Romanos 1:5; 1 Corintios 11:23; 15:3). Cuando Pablo se convirtió, Dios dijo que se le aparecería en el futuro (Hechos 26:16), según parece con el propósito de revelarle sus verdades. Esto significa que el Cristo de los cuatro Evangelios y el Cristo de las Epístolas es el mismo; no hay ningún conflicto entre Cristo y Pablo. Cuando Pablo escribió sus cartas a las iglesias, colocó su propia enseñanza al mismo nivel de la de Cristo Jesús (2 Tesalonicenses 3:3-15). El apóstol Pedro incluso llama a las cartas de Pablo “Escrituras” (2 Pedro 3:15,16).

Los *judaizantes* modernos, como los de aquel tiempo, rechazan la autoridad de Pablo y tratan de desacreditar el evangelio que predicó. En los tiempos de Pablo, el mensaje de los judaizantes era *el evangelio más Moisés*. En nuestros días es *el evangelio más líderes religiosos, libros religiosos y organizaciones religiosos*. Muchos falsos predicadores dicen que uno no puede ser salvo a menos que... (Hechos 15:1), y ese “a menos que” generalmente incluye unirse a su grupo y obedecer sus reglas. Si alguien se atreve a presentar el evangelio como lo predicaron Cristo y Pablo y los demás apóstoles, algunos responden: “¡Pero Dios nos ha dado una revelación nueva!”

¡Nacido Libre!

Pablo tiene la respuesta para ellos: “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gálatas 1:9). Cuando un pecador confía en Cristo, nace de nuevo (Juan 3:1-18)—es *nacido libre*. Ha sido redimido, comprado por Cristo y puesto en libertad. Ya no está más bajo la esclavitud del pecado ni de Satanás, ni debe estar bajo la esclavitud de sistemas religiosos humanos (Gálatas 4:1-11; 5:1). “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36).

Gálatas 2:1-10

¹Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito. ²Pero subí según una revelación, y para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación el evangelio que predico entre los gentiles. ³Mas ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse; ⁴y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud, ⁵a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros. ⁶Pero de los que tenían reputación de ser algo (lo que hayan sido en otro tiempo nada me importa; Dios no hace acepción de personas), a mí, pues, los de reputación nada nuevo me comunicaron. ⁷Antes por el contrario, como vieron que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión ⁸(pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles), ⁹y reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión. ¹⁰Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer.

3

La Lucha Por la Libertad Parte I

Un país será libre sólo cuando haya hombres valientes dispuestos a defenderlo.

Para el apóstol Pablo su libertad espiritual en Cristo valía mucho más que la popularidad o incluso la seguridad. Estaba dispuesto a luchar por esa libertad.

La primera lucha por la libertad cristiana fue en el concilio de Jerusalén (Gálatas 2:1-10; Hechos 15:1-35); la segunda fue la reunión con Pedro en privado (Gálatas 2:11-21). Si Pablo no hubiera peleado esta batalla, la iglesia en el primer siglo podría haberse convertido en sólo una secta judía que predicara una mezcla de la ley y la gracia. Pero Pablo predicaba con valor un evangelio libre de legalismo, el cual fue llevado a los gentiles con bendición.

Antes de mirar los tres actos del primer drama en el concilio de Jerusalén, debemos familiarizarnos con los participantes. Uno de ellos era Pablo el gran apóstol a los gentiles.

Otro era Bernabé, uno de los amigos más cercanos de Pablo. En efecto, cuando Pablo trató de entrar en la comunión de la iglesia en Jerusalén fue Bernabé quien le abrió camino (Hechos 9:26-28).

El nombre Bernabé significa: “hijo de consolación” y este fiel hermano siempre se encuentra animando a

Libres

alguien. Cuando el evangelio llegó a los gentiles en Antioquía, fue Bernabé quien fue enviado para animarles en su fe (Hechos 11:19-24).

Así que, desde los primeros días, Bernabé estuvo relacionado con los creyentes gentiles. Fue él quien llevó a Pablo a la iglesia en Antioquía (Hechos 11:25,26); y los dos trabajaron juntos, no sólo en la enseñanza, sino también en ayudar a los pobres (Hechos 11:27-30).

También Bernabé acompañó a Pablo en su primer viaje misionero (Hechos 13:1—14:28) y vio cómo Dios bendijo la predicación del evangelio. Vale mencionar que Bernabé fue quien animó al joven Juan Marcos después de que éste se apartó de Pablo, causándole gran disgusto (Hechos 13:13; 15:36-41). Años más tarde, Pablo recomendó a Marcos y disfrutó su amistad (Colosenses 4:10; 2 Timoteo 4:11).

Otro participante del concilio en Jerusalén era Tito, un gentil creyente que trabajó con Pablo, y evidentemente fue ganado para Cristo por el apóstol (Tito 1:4). Fue *producto* del ministerio de los apóstoles entre los gentiles y fue llevado a la conferencia en Jerusalén como ejemplo de las iglesias gentiles. Más tarde Tito ayudó a Pablo, visitando a algunas de las iglesias más difíciles con el fin de ayudarles a resolver sus problemas (2 Corintios 7; Tito 1:5).

Tres hombres eran *los pilares* de la iglesia en Jerusalén: Pedro, Juan y Santiago. (Este último era hermano del Señor y no debe confundirse con Santiago, el apóstol, a quien Herodes mató Hechos 12:1,2). Pedro era otro participante en el concilio, y lo conocemos por su papel tan prominente en los Evangelios y en la primera mitad del libro de los Hechos. Fue Pedro quien recibió “las llaves”, y abrió la puerta de la fe a los judíos (Hechos 2), a los

La Lucha Por la Libertad–Parte I

samaritanos (Hechos 8), y a los gentiles (Hechos 10). Juan también participó en el concilio y se conoce como uno de los *tres íntimos* discípulos de Cristo, y colaboró con Pedro en el ministerio de la Palabra (Hechos 3:1-10).

Tal vez necesitamos dar unos detalles más acerca de Santiago. Sabemos por la Biblia que María y José tuvieron varios hijos, uno de los cuales era Santiago (Mateo 13:55; Marcos 6:3). (Claro que Jesús nació por el poder del Espíritu Santo y no por generación natural; Mateo 1:18-25; Lucas 1:26-38). Los hermanos de nuestro Señor no creían en él durante su ministerio terrenal (Juan 7:1-5). Sin embargo, encontramos a *sus hermanos* reunidos con los creyentes en la iglesia primitiva (Hechos 1:13,14). Pablo nos informa que el Cristo resucitado apareció a Santiago, y este fue el punto decisivo en su vida (1 Corintios 15:5-7). Santiago fue el líder de la primera iglesia en Jerusalén (Hechos 15; 21:18). También fue el escritor de la epístola de Santiago; y esa carta y Hechos 21:18 demuestran que Santiago todavía tenía ciertas ideas particulares de los judíos.

Junto con estos hombres, y los “apóstoles y ancianos” (Hechos 15:4,6), había un grupo de *hermanos falsos* quienes se infiltraban en las reuniones y trataban de privar a los creyentes de su libertad en Cristo (Gálatas 2:4). Sin duda, estos eran algunos de los judaizantes que habían seguido a Pablo de iglesia en iglesia, tratando de robarle los nuevos creyentes. El hecho de que Pablo les llama “falsos hermanos” indica que no eran creyentes verdaderos, sino que se hacían pasar por creyentes con tal de controlar las decisiones tomadas por el concilio.

Esta es, entonces, la lista de actores. Hechos 15 debe leerse con Gálatas 2:1-10 para obtener toda la historia de este evento.

Libres

Acto I—La Consulta Privada (Gálatas 2:1-2)

Pablo y Bernabé habían regresado a Antioquía de su primer viaje misionero animados por la manera en que Dios “había abierto la puerta de la fe a los gentiles” (Hechos 14:27). Pero los judíos legalistas en Jerusalén se enojaron por estas noticias, y fueron a Antioquía y enseñaban, en efecto, que el gentil tenía que hacerse judío antes de convertirse en cristiano (Hechos 15:1).

La circuncisión, la cual demandaban de los gentiles, era un rito judío importante que se remontaba a los tiempos de Abraham (Génesis 17). El someterse a la circuncisión significaba aceptar y obedecer toda la ley judía. De hecho, los judíos habían olvidado el significado espiritual del rito (Deuteronomio 10:16; Jeremías 4:1-4; Romanos 2:25-29), así como algunas iglesias en la actualidad se han olvidado del significado espiritual del bautismo y lo han convertido en un simple rito externo. El creyente verdadero ha experimentado una circuncisión interna del corazón (Colosenses 2:10,11) y no necesita someterse a ninguna operación física (Filipenses 3:1-3).

Cuando Pablo y Bernabé confrontaron a estos hombres con la verdad del evangelio, el resultado fue una discusión acalorada (Hechos 15:2). Se decidió que el mejor lugar para arreglar el asunto era frente a los líderes de la iglesia en Jerusalén. No debemos pensar que a esta *conferencia en Jerusalén* hayan asistido representantes de todas las iglesias, como si fuera una conferencia denominacional. Pablo, Bernabé, Tito y otros hermanos de Antioquía representaban a los creyentes gentiles que habían sido salvos aparte de la ley judía; pero no hubo representantes de las iglesias que Pablo había establecido entre los gentiles.

La Lucha Por la Libertad—Parte I

Cuando la delegación llegó a Jerusalén, se reunió en privado con los líderes de la iglesia. Pablo no fue a Jerusalén enviado por la iglesia, sino que subió “según una revelación”, es decir, que Dios lo envió (ve Gálatas 2:1 y 1:12). Y el Señor le dio la sabiduría de reunirse con los líderes primero para que estuvieran de acuerdo en las reuniones públicas.

“Para no correr o haber corrido en vano” (v.2) no quiere decir que Pablo estaba inseguro de su mensaje o ministerio. Su conducta en camino a la conferencia indica que no tenía dudas (Hechos 15:3). Lo que a él le interesaba era el futuro del evangelio entre los gentiles, ya que éste era el ministerio que Cristo específicamente le había encomendado. Si los *pilares* se ponían de parte de los judaizantes, o trataban de transigir, entonces el ministerio de Pablo estaría en peligro. El deseaba su aprobación *antes* de enfrentarse a toda la asamblea; de otra manera una división triple podía resultar.

¿Cuál fue el resultado de esta consulta privada? *Los apóstoles y ancianos aprobaron el evangelio de Pablo.* No le añadieron nada (Gálatas 2:6b), y de esta manera declararon que los judaizantes estaban en error. Pero esta reunión privada fue sólo el principio.

Acto II—La Convocación Pública (Gálatas 2:3-5)

El relato histórico del concilio de Jerusalén fue escrito por Lucas (Hechos 15:6-21). Pedro, con otros testigos presentaron el caso del evangelio de la gracia de Dios (Hechos 15:7-11). Fue Pedro a quien Dios escogió al principio para llevar el evangelio a los gentiles (Hechos 10); y él recuerda a la asamblea que Dios dio el Espíritu Santo tanto a los creyentes gentiles como a los judíos, así que “no hay diferencia”.

Libres

Esta había sido una lección difícil para los primeros creyentes, ya que por siglos existía una diferencia entre judíos y gentiles (Levítico 11:43-47; 20:22-27). Con su muerte en la cruz, Cristo había derribado las barreras entre judíos y gentiles (Efesios 2:11-22), así que, en Cristo no hay diferencias raciales (Gálatas 3:28). En su discurso, Pablo aclara que sólo hay un camino de salvación: la fe en Cristo Jesús.

Entonces Pablo y Bernabé contaron a la asamblea lo que Dios había hecho entre los gentiles (Hechos 15:12), y ¡qué *informe misionero* tan extraordinario debió haber sido ese! Los “falsos hermanos” que estaban allí probablemente debatían con Pablo y Bernabé, pero estos dos *soldados de la cruz* no cedieron. Pablo quiso que la “verdad del evangelio” continuara entre los gentiles (Gálatas 2:5).

Parece que tomaron el caso de Tito como ejemplo. Era un cristiano gentil que nunca se había sometido a la circuncisión, sin embargo, era obvio para todos que era realmente salvo. Ahora bien, si los judaizantes estaban en lo correcto al decir: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1), *entonces Tito no era salvo*. Pero si, lo era, y dio evidencia de tener al Espíritu Santo; así que, los judaizantes estaban equivocados.

Aquí sería útil considerar a Timoteo, otro compañero de Pablo (ve Hechos 16:1-3). ¿Estaba Pablo mostrando dos caras al negarse a circuncidar a Tito, pero consintiéndolo en Timoteo? No, porque eran dos asuntos diferentes. En el caso de Timoteo, Pablo no se sometió a la ley judaica con el fin de ganarle para Cristo. Timoteo era en parte judío y en parte gentil, y si no se circuncidaba esto

La Lucha Por la Libertad–Parte I

habría sido un obstáculo para su ministerio entre el pueblo de Israel. En cambio, Tito era gentil por completo y, para él, someterse habría indicado que le faltaba algo en su experiencia de salvación. El circuncidar a Tito habría sido cobardía y transigencia; en cambio, el no circuncidar a Timoteo habría ocasionado problemas innecesarios en su ministerio.

Santiago, el líder de la iglesia, dio el resumen de los puntos discutidos y la conclusión del asunto (Hechos 15:13-21). A pesar de ser judío, puso en claro que el gentil no tiene que hacerse judío para llegar a ser cristiano. El plan de Dios hoy en día es “tomar de ellos pueblo para su nombre”. Los judíos y gentiles son salvos del mismo modo; por medio de la fe en Cristo Jesús. Santiago entonces pidió que la asamblea recomendara a los gentiles que no hicieran nada que ofendiera a los judíos incrédulos, a fin de no impedir que fueran salvos. Pablo ganó la batalla.

Su punto de vista prevaleció tanto en la reunión privada como en la pública al ponerse el grupo de acuerdo con Pablo y oponerse a los judaizantes.

El eco de la conferencia en Jerusalén se oye constantemente en la carta de Pablo a los Gálatas. Pablo menciona el “yugo de esclavitud” (5:1), recordándonos la advertencia similar de Pedro (Hechos 15:10). A menudo se repiten los temas de la libertad y la esclavitud (Gálatas 2:4; 4:3,9, 21-31; 5:1), y la circuncisión (2:3; 5:3,4; 6:12,13).

Los creyentes en la actualidad necesitan apreciar de nuevo la lucha tan valiente que Pablo y sus colaboradores hicieron por la libertad del evangelio. El interés de Pablo era “la verdad del evangelio” (2:5,14), y no la *paz de la iglesia*. La sabiduría de lo alto es “primeramente pura,

Libres

después pacífica...” (Santiago 3:17). “Paz a toda costa” no fue la filosofía de Pablo ni tampoco debe ser la nuestra.

Desde los tiempos de Pablo, los enemigos de la gracia han tratado de añadir algo al evangelio de la gracia de Dios. Nos dicen que el hombre es salvo por medio de la fe en Cristo *más*: las buenas obras, cumplir con los Diez Mandamientos, el bautismo, la membresía de la iglesia, y los ritos religiosos—y Pablo aclara que estos maestros están equivocados. De hecho, él dice que será maldito todo aquél (sea hombre o ángel) que predique otro evangelio que no sea el evangelio de la gracia de Dios, el cual está centrado en Cristo Jesús (Gálatas 1:6-9; ve 1 Corintios 15:1-7 para una definición del *evangelio*). Es una cosa seria corromper el evangelio.

Acto III—La Confirmación Personal (Gálatas 2:6-10)

Los judaizantes esperaban influir en los líderes de la iglesia en Jerusalén para que éstos se opusieran a Pablo. Sin embargo, Pablo pone en claro que no se impresionaba ni por las personas ni por las posiciones de los líderes de la iglesia. El los respetaba, claro está, si no, no los hubiera consultado en privado. Pero ni les temía ni procuraba sobornarlos para conseguir su apoyo. Sólo quería que reconocieran *la gracia de Dios* que obraba en su vida y en su ministerio (Gálatas 2:9), y lo hicieron.

La asamblea no sólo aprobó el evangelio que Pablo predicaba y se opuso a sus enemigos, sino que lo animó y reconoció públicamente que Dios le había encomendado esta obra entre los gentiles. No pudieron añadir nada a su mensaje o a su ministerio, ni se atrevieron a quitarle nada. Hubo acuerdo y unidad: un mismo evangelio sería predicado a los judíos y a los gentiles.

La Lucha Por la Libertad–Parte I

También, los líderes reconocieron que Dios había asignado diferentes ministerios a cada uno. Aparte de su visita a la casa de Cornelio (Hechos 10) y a los samaritanos (Hechos 8), Pedro había trabajado principalmente entre los judíos. Pablo había sido llamado como embajador especial de Dios a los gentiles. Así que, se acordó que cada uno serviría dentro de la esfera que Dios le había asignado.

“El evangelio de la circuncisión” y “el evangelio de la incircuncisión” no son dos mensajes diferentes, ya que se había acordado que hay sólo un evangelio. Más bien, lo que tenemos son dos esferas diferentes del ministerio, una para los judíos y otra para los gentiles. Pedro y Pablo predicarían el mismo evangelio y el mismo Señor obraría a través de ellos (Gálatas 2:8), pero ambos harían su obra entre gentes diferentes.

Esto no quiere decir que Pablo nunca procuraba ganar a los judíos para Cristo. Al contrario, tenía una gran preocupación por su pueblo (Romanos 9:1-3). En efecto, cuando Pablo llegaba a una ciudad iba primero a la sinagoga de los judíos, si es que había alguna, y empezaba su obra entre su propia gente. Tampoco Pedro había quedado excluido de servir a los gentiles. Pero cada uno concentraba su obra en su propia esfera de acción que le había sido asignada por el Espíritu Santo. Santiago, Pedro y Juan irían a los judíos, mientras que Pablo iría a los gentiles (ve Gálatas 2:9).

La conferencia de Jerusalén comenzó con indicios de división y disensión; sin embargo, terminó en cooperación y armonía. “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (Salmo 133:1). Sin duda, necesitamos hoy algo de esta misma cooperación.

Necesitamos reconocer que Dios llama a ministerios diferentes en lugares diversos; sin embargo, todos

Libres

predican el mismo evangelio y están colaborando para edificar la iglesia. No debe haber *competencia* entre los que conocen y aman a Cristo. Pedro fue un gran hombre, y tal vez el apóstol principal, sin embargo, con gusto dio su aprobación a Pablo y le permitió trabajar en su ministerio como el Señor lo guiara. Previamente, Pablo explicó su *independencia* de los apóstoles (Gálatas 1); ahora en el capítulo 2 señala su *interdependencia* con los apóstoles. El era libre, y sin embargo, de buena gana tenía compañerismo con ellos en el ministerio del evangelio.

Pasamos ahora de lo teológico a lo práctico—es decir, la ayuda a los pobres (v.10). En efecto, la teología y la práctica van juntas. La doctrina correcta nunca substituye al deber cristiano (Santiago 2:14-26). Muy a menudo en nuestras reuniones en la iglesia se discuten problemas, pero tales discusiones no resultan en ayuda práctica para el mundo necesitado. Pablo siempre se preocupaba por los pobres (Hechos 11:27-30), así que, estaba feliz de seguir la sugerencia de los hermanos en Jerusalén.

Aunque la conferencia entre Pablo y los líderes finalizó en armonía, esto no resolvió el problema de manera permanente. Los judaizantes no se dieron por vencidos, sino que persistieron en interrumpir la obra de Pablo e invadir las iglesias que él fundó. Pablo llevó las buenas nuevas de la decisión del concilio a las iglesias de Antioquía, Siria, y Cilicia (Hechos 15:23), y a las otras áreas donde había trabajado (Hechos 16:4). Pero los judaizantes le perseguían como perros (ve Filipenses 3:1-3), empezando en Antioquía en donde indujeron a Pedro a estar de parte de ellos (ve Gálatas 2:11-14).

Seguramente los judaizantes fueron a las iglesias de Galacia a sembrar discordia, y por esta razón Pablo tuvo

La Lucha Por la Libertad–Parte I

que escribir la carta que estamos estudiando. Quizá la escribió en Antioquía poco después del concilio de Jerusalén, aunque algunos estudiosos de la Biblia le asignan una fecha posterior y consideran que el apóstol la escribió en Efeso o Corinto. Estos detalles históricos son importantes, pero no son vitales para el entendimiento de la carta. Probablemente ésta sea la primera carta de Pablo y en ella encontramos cada doctrina principal que Pablo creía y predicaba.

La cortina se cierra en este drama, pero se abrirá para revelarnos otro. Una vez más Pablo ha de luchar para defender la verdad del evangelio, esta vez ante Pedro.

Gálatas 2:11-21

¹¹Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. ¹²Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. ¹³Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. ¹⁴Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? ¹⁵Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, ¹⁶sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado. ¹⁷Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera. ¹⁸Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago. ¹⁹Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. ²⁰Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. ²¹No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.

4

La Lucha Por la Libertad

Parte II

“¡La vigilancia eterna es el precio de la libertad!”

Esta declaración se oyó en 1852 en una manifestación en contra de la esclavitud, y aún tiene validez, no sólo en la política, sino también en lo espiritual. Pablo había arriesgado su vida para llevar el evangelio de la gracia de Dios a las regiones lejanas, y no iba a permitir que el enemigo le privara de su libertad en Cristo. Fue la *vigilancia espiritual* lo que llevó a Pablo a otro encuentro dramático, esta vez con el apóstol Pedro, Bernabé y algunos de los colaboradores de Santiago. Nuevamente el drama se presenta en tres actos.

El Retroceso de Pedro (Gálatas 2:11-13)

Al parecer, poco tiempo después de la conferencia mencionada en Hechos 15, Pedro fue de Jerusalén a Antioquía. La primera cosa que notamos es la *libertad* que Pedro disfrutaba entonces. Tenía comunión con *todos* los creyentes, tanto judíos como gentiles. *Comer con los gentiles* significaba aceptarlos y poner a judíos y a gentiles al mismo nivel como una sola familia en Cristo.

Habiendo sido criado como judío ortodoxo, Pedro tenía dificultad en aprender esta lección. El Señor Jesús se la había enseñado antes de la crucifixión (Mateo 15:1-20). El Espíritu Santo volvió a hacer hincapié en lo mismo cuando

Libres

envió a Pedro a la casa de Cornelio, el centurión romano (Hechos 10). Además, esta verdad había sido aceptada y aprobada por la conferencia de líderes en Jerusalén (Hechos 15). Pedro había sido uno de los testigos principales en esa ocasión.

Pero antes de que critiquemos a Pedro, examinemos nuestras propias vidas para ver cuánto estamos obedeciendo las doctrinas bíblicas que conocemos. Al repasar la historia de la iglesia nos damos cuenta de que los creyentes a través de los años han sido tardos para creer y practicar las verdades de la fe cristiana, aun teniendo la Biblia completa. Cuando pensamos en la persecución y la discriminación que se ha hecho en el nombre de Cristo, nos avergonzamos. Defender una doctrina en una reunión de la iglesia es una cosa y ponerla en práctica en la vida diaria es otra.

La libertad de Pedro fue amenazada por su temor. Durante la visita de Pedro a la iglesia de Antioquía, llegaron unos colaboradores de Santiago. (Recordarás que Santiago era un judío estricto a pesar de ser creyente en Cristo.) Pablo no sugiere que Santiago envió a estos hombres para investigar a Pedro, ni tampoco que eran oficiales de la iglesia de Jerusalén. Sin duda, pertenecían al *partido de la circuncisión* (Hechos 15:1,5) y querían convencer a la iglesia de Antioquía de que aceptara el legalismo.

Después de su experiencia con Cornelio, Pedro fue *llamado a cuentas* y se defendió bien (Hechos 11), en cambio, ahora estaba atemorizado. Pedro no tuvo miedo de obedecer al Espíritu Santo cuando lo envió a Cornelio, ni temía dar su testimonio ante la conferencia de Jerusalén. Pero ahora, con la llegada de algunos miembros de la

La Lucha Por la Libertad—Parte II

oposición, Pedro perdió su valor. “El temor del hombre pondrá lazo” (Proverbios 29:25).

¿Cómo se explica este temor? Es sencillo. Pedro era impulsivo; demostraba gran fe y valor en ocasiones, pero fracasaba por completo en otras. Caminó sobre las olas para ir a Jesús, pero se atemorizó y empezó a hundirse. En el aposento alto se jactó de estar dispuesto a morir con el Señor Jesús, y después lo negó tres veces. En el libro de los Hechos, Pedro está más firme que en los cuatro Evangelios, pero no era perfecto—*como nosotros tampoco lo somos*. El miedo provocó la caída de Pedro. El dejó de participar en la *fiesta de amor* con los creyentes gentiles y se apartó de ellos.

Hay dos tragedias en la caída de Pedro. Primero, le convirtió en hipócrita (pues, este es el significado de la palabra “simulación”). El motivo de la acción de Pedro fue el miedo, pero él fingía ser fiel. ¡Qué fácil es usar la *doctrina bíblica* como pretexto para nuestra desobediencia!

La segunda tragedia es que *Pedro indujo a otros a descarriarse con él*, aun a Bernabé. Este había sido uno de los líderes espirituales en Antioquía (Hechos 11:19-26), por lo tanto, su desobediencia tendría gran influencia en el resto de la congregación.

Suponga que Pedro y Bernabé hubieran ganado ese día y hubieran guiado a la iglesia al legalismo. ¿Cuáles hubieran sido los resultados? ¿Habría continuado siendo la gran iglesia misionera que enviara a Pablo y a Bernabé (Hechos 13)? ¿Habría enviado *misioneros* del partido de la circuncisión, dividiendo así las iglesias que Pablo ya había fundado? Se puede ver que este problema no fue asunto de personalidades ni de partidos; fue asunto de “la

Libres

verdad del evangelio”, y Pablo estaba preparado para luchar por ella.

La Reprensión de Pablo (Gálatas 2:14-21)

Los eruditos en Biblia no están seguros dónde termina la conversación entre Pablo y Pedro y dónde continúa su carta a los gálatas. Realmente no importa, ya que toda la sección trata sobre el mismo tema: nuestra libertad en Cristo Jesús. Es probable que toda la sección represente la reprensión de Pablo a Pedro, aunque sea en forma condensada. Es interesante notar que Pablo basa toda la reprensión sobre *doctrina*. Pedro, en efecto, estaba negando cinco doctrinas básicas de la fe cristiana cuando se separó de los gentiles:

La unidad de la iglesia (2:14). Pedro era judío, pero por medio de su fe en Cristo se había convertido en creyente y por lo tanto, era parte de la iglesia, en la cual no hay distinción de raza (Gálatas 3:28). Ya hemos visto cómo el Señor enseñó a Pedro esta lección importante, primeramente en la casa de Cornelio y después en la conferencia en Jerusalén.

Las palabras de Pablo han de haber entristecido a Pedro: “Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”

Pedro mismo había dicho en la conferencia de Jerusalén que Dios “ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos” (Hechos 15:9). Pero ahora él mismo estaba haciendo tal distinción. El pueblo de Dios es uno, aunque esté dividido en varios grupos. Cualquier práctica que no esté de acuerdo con las Escrituras y que separe a un hermano de otro, en efecto, niega la unidad del cuerpo de Cristo.

La Lucha Por la Libertad—Parte II

La justificación por la fe (2:15,16). La palabra justificación aparece aquí por primera vez en esta carta, y probablemente en todos los escritos de Pablo (si es que Gálatas fue su primera carta). “La justificación por la fe” fue el lema de la reforma, y es importante que entendamos esta doctrina.

“¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?” (Job 9:2) es una pregunta vital, ya que la respuesta determina consecuencias eternas. “El justo por la fe vivirá” (Habacuc 2:4) es la respuesta de Dios; y fue esta verdad la que liberó a Martín Lutero del miedo y la esclavitud religiosa. Esta verdad es tan importante que la hallamos mencionada en tres libros del Nuevo Testamento: Romanos (1:17); (Gálatas 3:11), y Hebreos (10:38). La epístola a los Romanos explica el significado de “el justo;” Gálatas explica la palabra “vivirá;” y Hebreos explica “por la fe”.

Pero ¿qué es la justificación? *La justificación es el acto por medio del cual Dios declara justo al pecador que cree en Cristo.* Cada palabra en esta definición es importante. La justificación es *un acto*, no un proceso. Ningún creyente es *más justificado* que otro. “Pues, habiendo sido, una vez por todas, justificados por la fe, tenemos paz para con Dios” (Romanos 5:1, traducción literal). La justificación por la fe es una transacción instantánea e inmediata entre Dios y el pecador que cree en Cristo. Si la justificación fuera por medio de las obras, entonces sería un proceso gradual.

Además, la justificación es un acto *de Dios*; no el resultado del carácter o de las obras del hombre. “Dios es el que justifica” (Romanos 8:33). No es por las “obras de la ley” que el pecador obtiene una relación correcta con Dios, sino por su fe en Cristo. Como lo explica Pablo en

Libres

esta carta, la ley fue dada para dar a conocer el pecado y no para redimir del pecado (ve Romanos 3:20). Dios en su gracia cargó en Cristo nuestros pecados, y la justicia de Cristo nos ha sido atribuida (ve 2 Corintios 5:21).

En la justificación, Dios *declara* justo al pecador que cree; no lo *hace* justo. (Por supuesto, la justificación resulta en una vida cambiada; este es el tema del libro de Santiago.) Antes de que el pecador confíe en Cristo, es *culpable* ante Dios; pero en el momento en que cree en él, es declarado *sin culpa*, y nunca será declarado *culpable* otra vez.

La justificación no es simplemente *el perdón*, puesto que una persona podría ser perdonada y después pecar y ser culpable. Una vez “justificado por la fe” el hijo de Dios nunca será tenido por culpable ante Dios.

La justificación también es diferente del *perdón* por cuanto un criminal perdonado aun tiene un expediente. Cuando el pecador es justificado por la fe, *sus pecados pasados nunca más son recordados*, y Dios nunca más pondrá sus pecados a su cuenta (ve Salmo 32:1,2; Romanos 4:1-8).

Por último, Dios justifica a *pecadores*, no a la *gente buena*. Pablo declara que Dios justifica al “impío” (Romanos 4:5). La razón por la cual la mayoría de los incrédulos no son justificados es porque no quieren reconocer que son pecadores. Y precisamente los pecadores son los únicos que Cristo puede salvar (Mateo 9:9-13; Lucas 18:9-14).

Cuando Pedro, se separó de los gentiles estaba en efecto, negando la verdad de la justificación por la fe, porque estaba diciendo: “Nosotros los judíos somos diferentes y mejores que los gentiles”. Sin embargo, tanto judíos como gentiles son pecadores (Romanos 3:22,23) y pueden ser salvos solamente por medio de la fe en Cristo.

La Lucha Por la Libertad–Parte II

Liberación de la ley (2:17,18). En la conferencia de Jerusalén, Pedro dijo que la ley de Moisés era como un yugo pesado (Hechos 15:10; ve Gálatas 5:1). Ahora él mismo se había colocado bajo ese yugo imposible.

El argumento de Pablo es así: “Pedro, ni tú ni yo fuimos salvos por medio de la ley, sino por medio de la fe en Cristo. Mas ahora, después de ser salvo, regresas a la ley. Esto significa que Cristo por sí solo no te salvó; de otro modo no hubieras necesitado la ley. Así que, en realidad, Cristo te ha hecho pecador”.

Además, tú has predicado el evangelio de la gracia de Dios tanto a judíos como a gentiles, y les has dicho que son salvos por medio de la fe y no por guardar la ley. Al regresar al legalismo, estás edificando de nuevo lo que destruiste. Esto significa que pecaste al principio al destruirlo.

En otras palabras, Pablo basa su argumento en la misma experiencia de Pedro de recibir la gracia de Dios. Regresar a la ley de Moisés era negar todo lo que Dios había hecho por él y a través de él.

El evangelio mismo (2:19,20). Si un hombre es justificado por las obras de la ley, ¿por qué, entonces, murió Cristo? Su muerte, sepultura y resurrección son las verdades fundamentales del evangelio (1 Corintios 15:1-8). Somos *salvos* por medio de la fe en Cristo (él murió por nosotros), y *vivimos* por medio de la fe en Cristo (él vive en nosotros). Más aún, estamos tan identificados con Cristo por el Espíritu que *morimos con él* (ve Romanos 6). Esto significa que estamos muertos a la ley. *Regresar a la ley de Moisés es regresar al cementerio*. Y así “como Cristo resucitó de los muertos... así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4); y siendo que

Libres

vivimos en el poder de su resurrección, no necesitamos la ayuda de la ley.

La gracia de Dios (2:21). Los judaizantes querían mezclar la ley y la gracia, pero Pablo nos dice que esto es imposible. Regresar a la ley significa *hacer a un lado* la gracia de Dios.

Pedro había experimentado la gracia de Dios en su propia salvación, y había proclamado la gracia de Dios en su ministerio. Pero cuando se apartó de la comunión de los creyentes gentiles, abiertamente negó la gracia de Dios.

La gracia dice: “¡No hay diferencia! Todos son pecadores, y todos pueden ser salvos por medio de la fe en Cristo”. Pero las acciones de Pedro habían dicho: “¡Hay diferencia! La gracia de Dios no es suficiente; también necesitamos la ley”.

El regresar a la ley anula la obra de la cruz: “Pues, si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (v.21). La ley dice: “haz”, en cambio, la gracia dice: “hecho”. “¡Consumado es!” fue el grito de victoria de Cristo (Juan 19:30). “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe” (Efesios 2:8).

No se nos dice la reacción de Pedro a la repreensión de Pablo, pero la Biblia parece indicar que reconoció su pecado y fue restaurado a la comunión de los hermanos. Ciertamente, en sus dos cartas (1 y 2 de Pedro), no se encuentra ninguna desviación del evangelio de la gracia de Dios. De hecho, el tema de 1 Pedro es “la verdadera gracia de Dios” (5:12); y la palabra *gracia* se usa en cada capítulo de la carta. Pedro es cuidadoso de señalar que él y Pablo estaban de acuerdo en todo (2 Pedro 3:15,16).

Así terminan dos actos de este drama emocionante, pero queda un tercer acto que nos incluye a nosotros.

La Lucha Por la Libertad—Parte II

La Reacción del Creyente

Sabemos cuál fue la reacción de Pedro cuando fue desafiado a vivir de acuerdo con la verdad del evangelio: temor y fracaso. Y conocemos la reacción de Pablo al ver que la verdad del evangelio estaba siendo torcida: valor y defensa. Pero, la pregunta importante en el día de *hoy* es: ¿cuál es *mi* reacción a la verdad del evangelio? Tal vez ésta sea una buena ocasión para hacernos un autoexamen antes de proceder a los capítulos doctrinales de esta carta. Permíteme sugerir unas preguntas para que cada uno de nosotros las contestemos.

¿He sido salvo por la gracia de Dios? El único evangelio que salva es el de la gracia de Dios revelada en Cristo Jesús. Cualquier otro es un evangelio falso y está bajo maldición (Gálatas 1:6-9). ¿Estoy confiando en *mí mismo* para ser salvo, es decir, en *mi* buena conducta, *mis* buenas obras, o en *mi* religión? Si es así, entonces no soy creyente, porque un verdadero creyente es aquel que ha confiado *solamente* en Cristo. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

¿Estoy mezclando la ley con la gracia? La ley dice que debo hacer algo para agradar a Dios, mientras que la gracia dice que Dios ha terminado la obra por mí y todo lo que necesito hacer es recibir a Cristo. La salvación no es por medio de la fe *más* alguna otra cosa, sino por medio de la fe en Cristo y *nada más*. Mientras que la membresía en la iglesia, y las actividades religiosas (como orar, ofrendar, etc.), son buenas en su debido lugar como expresiones de fe en Cristo, nunca pueden ser añadidas a la fe en Cristo con el fin de obtener la vida eterna. “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si

Libres

por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Romanos 11:6).

¿Me estoy regocijando en el hecho de que soy justificado por medio de la fe en Cristo? A menudo se ha dicho que justificado significa que Dios ve al pecador que cree en Cristo “como si nunca hubiera pecado”, y esto es correcto. Trae gran paz al corazón saber que uno tiene la aprobación de Dios (Romanos 5:1). Cuán grande verdad; ¡La justicia de Cristo ha sido puesta a nuestro favor! Dios no tan solo ha declarado que somos justos en Cristo, sino que nos trata como si nunca hubiéramos pecado. Nunca más debemos temer el juicio, pues nuestros pecados han sido ya juzgados en Cristo sobre la cruz (Romanos 8:1).

¿Estoy viviendo en la libertad de la gracia? Libertad no quiere decir libertinaje, más bien significa *libertad en Cristo para gozarnos en él y llegar a ser lo que él quiere que seamos* (Efesios 2:10). No sólo es libertad de *hacer* ciertas cosas, sino también libertad de *no hacer* otras. Ya no estamos bajo la esclavitud del pecado y de la ley. Como Pablo lo explica en la sección práctica de esta carta (capítulos 5 y 6), obedecemos a Dios por amor y no porque la ley lo exige. Los creyentes gozan de una libertad maravillosa en Cristo. ¿La estoy gozando?

¿Estoy dispuesto a defender la verdad del evangelio? Esto no quiere decir que seamos detectives evangélicos que investigan a cada iglesia y escuela dominical en la ciudad, sino que no temamos a los que niegan las verdades que nos han traído vida eterna en Cristo. “¿Busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gálatas 1:10).

Muchos creen que la salvación es por medio de la fe en Cristo *más*: hacer buenas obras; guardar los diez manda-

La Lucha Por la Libertad—Parte II

mientos; obedecer el sermón del monte, etc. No tenemos la misma autoridad que Pablo tuvo, pero tenemos la Palabra de Dios, y es nuestra obligación compartir la verdad.

¿Estoy andando “rectamente conforme a la verdad del evangelio”? La mejor manera de defender la verdad es viviéndola. Mi defensa verbal del evangelio logrará muy poco si mi vida contradice lo que predico. Pablo nos explica cómo vivir en la libertad por la gracia de Dios, y es importante que obedezcamos lo que dice.

Un empleado nuevo fue instruido para medir las partes de una válvula y así asegurarse de que estaban listas para su ensamblamiento. Pero después de algunas horas, el supervisor recibía quejas de que las partes que aquél aprobaba estaban defectuosas. —¿Qué te pasa? —el supervisor le preguntó. —Te enseñé cómo usar el micrómetro y estás enviando piezas que se pasan de la medida.

El empleado dijo: —Es que la mayoría de las piezas que medía estaban demasiado grandes, así que abrí el micrómetro un poquito más.

Cambiar las reglas jamás nos llevará al éxito, ni en la fábrica ni en el ministerio. Pablo mantuvo los principios de la “verdad del evangelio” y así debemos hacerlo nosotros.

II

SECCION DOCTRINAL:

La Gracia y la Ley

Capítulo 3—4

Gálatas 3:1-14

¹¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? ²Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ³¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? ⁴¿Tantas cosas habéis padecido en vano? si es que realmente fue en vano. ⁵Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe? ⁶Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. ⁷Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. ⁸Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. ⁹De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham. ¹⁰Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. ¹¹Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; ¹²y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas. ¹³Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), ¹⁴para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.

5

Fascinados y Esclavizados

Los 60 versículos que forman los capítulos 3 y 4 de Gálatas constituyen unos de los escritos más fuertes que Pablo jamás escribiera. Pero después de todo, estaba en una batalla. Intentaba probar que la salvación es por gracia solamente, y no por las obras de la ley. Sus oponentes habían usado todo medio a su alcance para tratar de engañar a las iglesias de Galacia, y Pablo no iba a luchar a medias. El apóstol no era un principiante en lo que se refiere al debate, y en estos dos capítulos demuestra su habilidad. Su lógica no deja lugar a dudas.

Pablo usa seis argumentos diferentes para probar que Dios salva a los pecadores por medio de la fe en Cristo y no por las obras de la ley. Empieza con el *argumento personal* (3:1-5) en el que les pide a los gálatas que recuerden su experiencia personal con Cristo al ser salvos. De ahí pasa al *argumento bíblico* (3:6-14), en el que cita seis pasajes del Antiguo Testamento para apoyar su punto de vista. En el *argumento lógico* (3:15-29) razona con sus líderes acerca de lo que es un pacto y su funcionamiento. Luego presenta el *argumento histórico* (4:1-11), explicando el lugar que ocupa la ley en la historia de Israel.

Aquí notamos el amor que Pablo sentía por sus hijos espirituales. El resultado es un *argumento sentimental* (4:12-18) en el que el apóstol les pide que recuerden cómo les ama y su relación amistosa en el pasado. Pero pronto Pablo regresa a su razonamiento estricto y concluye con el *argumento alegórico* (4:19-31) sobre la vida de Abraham y sus relaciones con Sara y Agar. La aplicación práctica de

Libres

su argumento doctrinal aparece en los últimos dos capítulos.

El Argumento Personal (Gálatas 3:1-5)

La clave de esta sección está en la palabra “padecido” (v.4), que puede ser traducida *experimentado*. Pablo pregunta: “¿Han experimentado tantas cosas en vano?” Fue sabio comenzar con el argumento de la experiencia cristiana, ya que Pablo había estado con ellos cuando recibieron a Cristo. Por supuesto, argüir basándose en la experiencia puede ser peligroso, porque las experiencias pueden ser falsificadas y malinterpretadas. Las experiencias subjetivas deben estar equilibradas con evidencias objetivas, ya que las experiencias pueden cambiar, pero la verdad no cambia nunca. Pablo balancea la experiencia subjetiva de los creyentes en Galacia con la enseñanza objetiva de la inmutable Palabra de Dios (vs.6-14).

Era obvio que estas personas experimentaron algo cuando Pablo les visitó, pero los judaizantes llegaron y les convencieron que les faltaba algo—la obediencia a la ley de Moisés. Estos maestros falsos habían fascinado a los gálatas, convirtiéndolos en necios. Al llamarlos “necios”, Pablo no estaba violando las palabras de Cristo en el sermón del monte (Mateo 5:22), ya que se usan dos palabras diferentes que expresan dos ideas diferentes. “Insensatos” en Gálatas 3:1 significa *espiritualmente tardos* (ve Lucas 24:25), mientras que la palabra que Cristo usó tiene la idea de *una persona inicua*. Pablo está declarando un hecho, mientras que Cristo está advirtiendo en contra del abuso verbal.

Pablo les recuerda que en verdad tuvieron un encuentro con Cristo.

Fascinados y Esclavizados

Vieron a Dios el Hijo (3:1). Fue “Cristo y este crucificado” el que Pablo predicó en Galacia con tanta eficacia que la gente casi podía ver a Cristo crucificado por ellos. Las palabras “presentado claramente” significan *exhibido públicamente*, o *anunciado en un cartel*. Así como colocamos en un lugar público un cartel con información importante, Pablo abiertamente presentaba a Cristo a los gálatas, haciendo hincapié en su muerte en la cruz por los pecadores. Ellos oyeron esta verdad, la creyeron, y la obedecieron; y como resultado, nacieron en la familia de Dios.

Recibieron a Dios el Espíritu Santo (3:2,3). El Espíritu Santo se menciona 18 veces en esta epístola y juega un papel importante en la defensa que Pablo hace del evangelio de la gracia de Dios. La única evidencia real de conversión es la presencia del Espíritu Santo en la vida del creyente (ve Romanos 8:9). Pablo hace una pregunta importante: “¿Recibieron el Espíritu Santo por medio de la fe en la Palabra de Dios, o por las obras de la ley?” Por supuesto, sólo podía haber una respuesta: el Espíritu Santo entró en sus vidas porque creyeron en Cristo Jesús.

Es importante que entendamos la obra del Espíritu Santo en la salvación y en la vida cristiana. El Espíritu Santo *redarguye* al pecador y le revela a Cristo (Juan 16:7-11). El pecador puede resistir al Espíritu Santo (Hechos 7:51) o rendirse a él y confiar en Cristo. Cuando lo hace, *nace del Espíritu* (Juan 3:1-8) y recibe vida nueva. También es *bautizado por el Espíritu*, y llega a formar parte del cuerpo de Cristo—la iglesia (1 Corintios 12:12-14). El creyente es *sellado por el Espíritu Santo* (Efesios 1:13,14), como garantía de que un día gozará la gloria de Cristo.

Libres

Ya que el Espíritu Santo hace tanto por el creyente, éste tiene una responsabilidad para con el Espíritu Santo, el cual vive en su cuerpo (1 Corintios 6:19,20). El creyente debe *andar en el Espíritu* (Gálatas 5:16,25) leyendo la Palabra de Dios, orando, y obedeciendo la voluntad de Dios. Si desobedece a Dios, entonces *contrista al Espíritu* (Efesios 4:30), y si persiste en hacerlo, puede *apagar al Espíritu* (1 Tesalonicenses 5:19). Esto no quiere decir que el Espíritu Santo lo dejará, porque Cristo ha prometido que el Espíritu permanece para siempre (Juan 14:16). Más bien, significa que el Espíritu no puede darle el gozo y el poder que necesita cada día para vivir la vida cristiana. Los creyentes deben ser “llenos del Espíritu” (Efesios 5:18-21), lo cual quiere decir *controlados por el Espíritu*. Esta es una experiencia continua, como el hecho de beber agua fresca de un riachuelo (Juan 7:37-39).

Así que, en su experiencia de conversión, los creyentes en Galacia habían recibido al Espíritu por medio de la fe y no por las obras de la ley. Esto lleva a Pablo a hacer otra pregunta: “Si no comenzasteis con la ley, ¿por qué traerla a colación? Si comenzasteis con el Espíritu, ¿podréis llegar a la madurez sin el Espíritu, dependiendo de la carne?” La palabra “carne” aquí no se refiere al cuerpo humano, sino a la vieja naturaleza del creyente. Usualmente, cuando en la Biblia se hace referencia a la “carne” es en forma negativa (ve Génesis 6:1-7; Romanos 7:18; Juan 6:63; Filipenses 3:3). Ya que fuimos salvos por medio del Espíritu, y no por la carne; por la fe y no por la ley; entonces es razonable que continuemos de la misma manera.

La ilustración del nacimiento humano es apropiada para explicar esto. Se necesitan dos padres humanos para

Fascinados y Esclavizados

que un niño sea concebido y nazca, y se requieren dos padres *espirituales* para que uno nazca dentro de la familia de Dios: el Espíritu de Dios y la Palabra de Dios (Juan 3:1-8; 1 Pedro 1:22-25). Cuando un niño normal nace, tiene todo lo que necesita para vivir; no necesita que nada se le añada. Sería extraño que los padres tuvieran que llevar al niño de un mes al doctor para que recibiera los oídos, y a los dos meses los dedos. Cuando el hijo de Dios nace en la familia de Dios, tiene todo espiritualmente; *no necesita que se le añada nada*. Sólo requiere alimento, ejercicio y limpieza para que crezca y llegue a la madurez.

“Han comenzado por el Espíritu”, Pablo escribe. “No les falta nada. Anden en el Espíritu y crecerán en el Señor”.

Experimentaron milagros de parte de Dios el Padre (3:5). En este versículo, Pablo se refiere al Padre como él que suministra el Espíritu y “hace maravillas” entre ellos. El mismo Espíritu Santo que entra en el creyente en el momento de la conversión continúa su obra en él y a través de él para que todo el cuerpo sea edificado (ve Colosenses 2:19; Efesios 4:16). El padre continúa suministrando el Espíritu en poder y bendición, y esto se lleva a cabo por medio de la fe y no por las obras de la ley. La frase “entre vosotros” también puede ser traducida *dentro de vosotros*. Estos milagros incluirían cambios maravillosos *dentro* de los creyentes, así como señales y maravillas dentro de la iglesia.

—¿De veras cree en los milagros que están en la Biblia?
—un escéptico le preguntó a un nuevo creyente que había sido un bebedor empedernido.

—¡Claro que sí! —el creyente respondió.

El escéptico se rió. —¿En verdad crees que Cristo convirtió el agua en vino? —le preguntó.

Libres

—Por supuesto que sí, y en mi casa convirtió el vino en comida, ropa y muebles.

El Argumento Bíblico (Gálatas 3:6-14)

Pablo pasa ahora de la experiencia subjetiva a la evidencia objetiva de la Palabra de Dios. No debemos juzgar las Escrituras basándonos en nuestra experiencia, sino, al contrario, nuestra experiencia basándonos en la Palabra de Dios. En la primera sección, Pablo hizo seis preguntas; en esta sección cita seis declaraciones del Antiguo Testamento para probar que la salvación es por medio de la fe en Cristo y no por las obras de la ley. Puesto que los judaizantes querían descarriar a los creyentes, haciéndolos regresar a la ley, Pablo cita la ley. Y como ellos magnificaban el lugar de Abraham en su religión, Pablo toma al mismo Abraham como uno de sus testigos.

Abraham fue salvo por medio de la fe (3:6,7). Pablo empieza citando a Moisés para mostrar que la justicia de Dios le fue atribuida a Abraham solamente por que creyó la promesa de Dios (Génesis 15:6). La palabra “contado” en Gálatas 3:6; Génesis 15:6; y Romanos 4:11,22-24 significa *poner en la cuenta de alguien*. Cuando un pecador recibe a Cristo, la justicia de Dios es puesta a su cuenta. Además, los pecados de los creyentes ya no son cargados a su cuenta (ve Romanos 4:1-8). Esto significa que delante de Dios nunca aparecerá una deuda en su cuenta. Así que, el creyente nunca puede ser traído a juicio a causa de sus pecados.

Los judíos se sentían muy orgullosos de su relación con Abraham. El problema era que pensaban que esta relación les aseguraba la salvación eterna. Juan el Bautista les advirtió que su descendencia física no les garantizaba vida

Fascinados y Esclavizados

espiritual (Mateo 3:9). Cristo hizo una distinción clara entre la “simiente” *física* de Abraham, y sus “hijos” *espirituales* (Juan 8:33-47). Algunas personas hoy en día todavía creen que la salvación se recibe por herencia, es decir, si los padres son salvos, los hijos automáticamente lo son también. Pero no es verdad. Bien se ha dicho: “Dios no tiene nietos”.

Esta salvación es para los gentiles (3:8,9). El hecho de que Pablo citara a Moisés (Génesis 12:3) prueba que, a través de Abraham, la bendición de la salvación fue prometida a todas las naciones. Dios predicó las *buenas nuevas* a Abraham hace siglos, y Pablo llevó esas mismas *buenas nuevas* a los gálatas: que los pecadores son justificados por medio de la fe y no por guardar la ley. La lógica aquí es evidente: si Dios prometió salvar a los gentiles por medio de la fe, entonces los judaizantes estaban equivocados al tratar de hacer volver a los creyentes gentiles a la ley. Los verdaderos “hijos de Abraham” no son los judíos según la carne, sino los judíos y los gentiles que han creído en Cristo Jesús. Todos aquellos que son “de la fe” (los creyentes) son bendecidos con el “creyente Abraham”.

Al leer el gran pacto de Dios con Abraham en Génesis 12:1-3, se descubren muchas bendiciones que fueron prometidas: algunas personales, otras nacionales y políticas, y algunas más universales y espirituales. Ciertamente Dios engrandeció el nombre de Abraham; es reverenciado no solamente por los judíos, sino por los cristianos, los musulmanes y muchos otros. Dios multiplicó sus descendientes, y bendijo a aquellos que bendijeron a Abraham. También castigó a aquellos que maldijeron a sus descendientes (Egipto, Babilonia y Roma son prueba de esto). Pero la bendición más grande que

Libres

Dios envió a Abraham y a la nación judía tiene que ver con nuestra salvación eterna. Cristo Jesús es la “simiente” prometida por medio de la cual todas las naciones han sido bendecidas (Gálatas 3:16).

Esta salvación es por medio de la fe, y no por la ley (3:10-12). La salvación nunca puede ser el resultado de la obediencia a la ley, ya que la ley trae maldición, y no bendición. Aquí Pablo cita Deuteronomio (27:26). La ley exige obediencia, y esto quiere decir en *todo*. Esta ley no es una *cafetería religiosa* donde podemos escoger lo que nos guste (ve Santiago 2:10,11). Luego Pablo cita a Habacuc, “el justo por su fe vivirá” (2:4). Como ya se ha mencionado, esta declaración es tan importante que el Espíritu Santo inspiró tres libros del Nuevo Testamento para explicar su significado. *Romanos* habla del “justo”, y explica cómo el pecador puede ser justificado ante Dios (ve Romanos 1:17). *Gálatas* enseña cómo el justo “vivirá”, y *Hebreos* trata el tema “por fe” (ve Hebreos 10:38). Nadie jamás podría vivir “por la ley”, por cuanto la ley mata y muestra que el pecador es culpable ante Dios (Romanos 3:20; 7:7-11).

Pero alguien puede objetar diciendo que se requiere fe aun para obedecer la ley; entonces Pablo cita Levítico para probar que lo que Dios requiere es *guardar* la ley y no sólo creerla (18:5). La ley dice: “Haz esto y vivirás”, pero la gracia dice: “Cree y vivirás”. La experiencia de Pablo (Filipenses 3:1-10), así como la historia de Israel (Romanos 10:1-10), demuestran que la justicia por obras nunca puede salvar al pecador; sólo la justicia por la fe puede hacerlo.

Los judaizantes querían seducir a los gálatas a que aceptaran una religión basada en las obras de la ley,

Fascinados y Esclavizados

mientras que Pablo deseaba que gozaran de una relación de amor y de vida por fe en Cristo. Si el creyente cambia la fe y la gracia por la ley y las obras, perderá todo lo emocionante de su comunión diaria con el Señor. La ley no puede justificar al pecador (Gálatas 2:16); tampoco puede otorgar justicia (2:21). La ley no puede darle a uno el Espíritu (3:2), ni asegurar una herencia espiritual para los hijos de Dios (3:18). La ley no puede dar vida (3:21), ni tampoco libertad (4:8-10). ¿Por qué, pues, regresar a la ley?

Esta salvación es por medio de Jesucristo (3:13,14).

Estos dos versículos dan un resumen de todo lo que Pablo dice en esta sección. ¿Pone la ley a los pecadores bajo maldición? Entonces, Cristo nos ha redimido de esa maldición. ¿Quieres la bendición de Abraham? Esta viene por medio de Cristo. Siendo un gentil, ¿quieres el don del Espíritu Santo? Este don es concedido a través de Cristo a los gentiles. Todo lo que tú necesitas está en Cristo. No hay razón para regresar a la ley de Moisés.

Pablo cita Deuteronomio nuevamente. “Maldito por Dios es el colgado” (Deuteronomio 21:23). Los judíos no crucificaban a los criminales, sino que los apedreaban. Pero en casos vergonzosos de violación a la ley, el cuerpo era colgado en un madero y exhibido públicamente. Esta era una gran humillación, ya que el pueblo judío era muy escrupuloso con los cadáveres. Después de ser colgado a la vista de la gente por un tiempo, el cuerpo era bajado y sepultado (ve Josué 8:29; 10:26; 2 Samuel 4:12).

Por supuesto, la referencia que hace Pablo al “madero” se refiere a la cruz en la cual Cristo murió (Hechos 5:30; 1 Pedro 2:24). El no fue apedreado, y su cuerpo colgado ya muerto, sino que fue clavado vivo a un madero y dejado

Libres

allí hasta morir. Al morir en la cruz Cristo Jesús llevó la maldición de la ley por nosotros; así que, ahora el creyente no está bajo la ley y su maldición. “La bendición de Abraham” (La justificación por medio de la fe y el don del Espíritu Santo) es nuestra ahora por medio de la fe en Cristo Jesús.

La palabra “redimió” en el versículo 13 significa *comprar un esclavo con el propósito de ponerlo en libertad*. Es posible comprar un esclavo y mantenerlo como esclavo; pero esto no fue lo que Cristo hizo. Al derramar su sangre sobre la cruz, nos compró para que tuviéramos libertad. Los judaizantes querían llevar a los creyentes a la esclavitud, pero Cristo murió para ponerlos en libertad. La salvación no es cambiar una esclavitud por otra, sino ser librado de la esclavitud del pecado y de la ley para entrar en la libertad de la gracia de Dios por medio de Cristo.

Esto hace que surja una pregunta interesante: ¿Cómo pudieron los judaizantes convencer a los creyentes de Galacia de que el camino de la ley era mejor que el camino de la gracia? ¿Por qué escogería un creyente la esclavitud en lugar de la libertad? Tal vez parte de la respuesta se encuentra en la palabra “fascinó” que Pablo usa en el versículo 1. Esta palabra quiere decir *hechizar, encantar*. ¿Qué tiene el legalismo que puede fascinar así a los creyentes para que se vuelvan de la gracia a la ley?

Por un lado, el legalismo atrae a la carne, a la cual le gusta ser *religiosa*; es decir, obedecer leyes, observar días santos, incluso ayunar (ve Gálatas 4:10). Por cierto, no hay nada malo en la obediencia, en el ayuno, ni en los días solemnes de adoración, *siempre y cuando el Espíritu Santo sea el que motiva y capacita al creyente para obedecer*. A la carne le encanta enorgullecerse de sus

Fascinados y Esclavizados

logros religiosos: cuántas oraciones fueron ofrecidas, o cuántos dones fueron dados (ve Lucas 18:9-14; Filipenses 3:1-10).

Otra razón por la que el legalismo religioso fascina a la gente es que atrae a los cinco sentidos. En lugar de adorar a Dios “en espíritu y en verdad” (Juan 4:24), el legalista inventa su propio sistema que satisface sus sentidos. No puede andar por medio de la fe, sino que tiene que hacerlo por medio de la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Es cierto que la verdadera adoración no hace caso omiso de los cinco sentidos: *Vemos* a los hermanos; *oímos* los himnos; *gustamos* y *tocamos* los elementos de la cena del Señor. Pero estos son sólo ventanas a través de las cuales la fe percibe lo eterno. No son fines en sí mismos, sólo son medios.

La persona que depende de la religión puede medirse y compararse a sí misma con otros. Esta es otra fascinación del legalismo. Pero el verdadero creyente se mide a sí mismo con Cristo y no con otros creyentes (Efesios 4:11-16). No hay lugar para el orgullo en la vida del creyente que vive de gracia; pero el legalista constantemente se enorgullece de sus logros y de sus convertidos (Gálatas 6:13,14).

Por cierto, hay una fascinación respecto a la ley, pero sólo es un cebo que lleva a la trampa, y una vez que el creyente lo ha mordido, es esclavizado. Es mejor creerle a Dios y descansar en su gracia. Fuimos salvos “por gracia, por medio de la fe”, y debemos vivir “por gracia, por medio de la fe”. Este es el camino hacia la bendición, mientras que el otro lleva a la esclavitud.

Gálatas 3:15-29

¹⁵Hermandos, hablo en términos humanos: Un pacto, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade.

¹⁶Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.

¹⁷Esto, pues, digo: Que el pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa. ¹⁸Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa. ¹⁹Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador.

²⁰Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno. ²¹¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. ²²Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. ²³Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. ²⁴De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. ²⁵Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, ²⁶pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; ²⁷porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. ²⁸Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. ²⁹Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.

6

La Lógica de la Ley

Los judaizantes habían acorralado a Pablo. El apóstol acababa de mostrarles con el Antiguo Testamento que el plan de Dios para la salvación no da lugar a las obras de la ley. Pero el hecho de que Pablo citara seis veces el Antiguo Testamento provocó un problema serio: Si la salvación no tiene nada que ver con la ley, entonces, ¿por qué fue dada la ley? Pablo citó la ley para probar su insignificancia. Pero, si la ley ya no sirve, entonces sus mismos argumentos no son válidos, puesto que son tomados de la ley.

Nuestra fe es una fe lógica y puede ser defendida con argumentos racionales. Mientras que existen misterios relacionados con la fe que nadie puede explicar plenamente, también hay razones que cualquier persona sincera puede entender. Pablo había sido educado como rabí judío y estaba bien preparado para presentar su caso. En esta sección hace cuatro declaraciones que nos ayudan a entender la relación entre la *promesa* y la *ley*.

La Ley no Puede Alterar la Promesa (Gálatas 3:15-18)

La palabra promesa se usa ocho veces en esta sección (3:15-29), en relación con la promesa de Dios a Abraham de que en él todas las naciones de la tierra serían bendecidas (Génesis 12:1-3). Esta promesa incluyó la justificación por la fe y todas las bendiciones de la salvación (Gálatas 3:6-9). Es obvio que la promesa a Abraham (y, a través de Cristo, para nosotros hoy), dada alrededor del año 2000 a. de C., precedió por siglos a la ley de Moisés

Libres

(alrededor del año 1450 a. de C.). Los judaizantes insinuaron que la promesa original fue cambiada cuando llegó la ley, pero Pablo argüía que no fue así.

Para empezar, una vez hecho un convenio entre dos personas, no puede una tercera persona cambiarlo. Los únicos que pueden cambiar el convenio original son los que lo hicieron. Sería ilegal que una tercera persona le añadiera o quitara algo.

Si esta es la regla entre hombres pecadores, ¿cuánto más se aplicará a un Dios santo? Nota que Abraham no hizo un pacto con Dios; sino que *Dios hizo un pacto con Abraham*. Dios no le puso a Abraham ninguna condición. De hecho, cuando el pacto fue ratificado *¡Abraham estaba dormido!* (ve Génesis 15). Era un pacto de gracia; es decir, Dios hizo promesas a Abraham, pero Abraham no le hizo ninguna a Dios.

Pero Pablo revela otra verdad maravillosa: Dios hizo esta promesa, no sólo a Abraham sino también a Cristo: “Y a tu simiente, la cual es Cristo” (Gálatas 3:16).

El concepto bíblico de “la simiente” se remonta a Génesis 3:15, después de la caída del hombre. Dios declara que habría un conflicto en el mundo entre la simiente de Satanás (los hijos de esta siglo, ve Juan 8:33-44) y la simiente de la mujer (los hijos de Dios y en último instancia, el Hijo de Dios). Las Escrituras muestran este conflicto: Caín contra Abel (ve 1 Juan 3:10-12); Israel contra las naciones; Juan el Bautista y Cristo contra los fariseos (Mateo 3:7-9; Mateo 23:29-33); el verdadero creyente contra los falsos (ve la parábola de la cizaña, Mateo 13:24-30,36-43). La meta de Satanás en el Antiguo Testamento era impedir que la Simiente (Cristo) naciera en el mundo, pues sabía que el Hijo de Dios lo heriría en la cabeza.

La Lógica de la Ley

Al fin y al cabo, Dios hizo este pacto de la promesa con Abraham *por medio de Cristo*, así que, las únicas dos personas que pueden cambiarlo son Dios el Padre y Dios el Hijo. *Moisés no pudo alterar este pacto*, es decir, no lo pudo añadir ni quitar nada. Los judaizantes querían añadir a la gracia de Dios (¡como si a la gracia de Dios se le pudiera añadir algo!), y anular sus promesas. Pero, no tenían ningún derecho de hacerlo, ya que no fueron las personas que hicieron el pacto original.

Calcular los 430 años mencionados en el versículo 17 ha sido un problema para los estudiosos de la Biblia. Desde el llamamiento de Abraham (Génesis 12) hasta la llegada de Jacob a Egipto (Génesis 46) son 215 años. (Esto se puede computar de la manera siguiente: Abraham tenía 75 años cuando Dios lo llamó y 100 cuando Isaac nació [Génesis 12:4; 21:5]. Esto nos da 25 años. Isaac tenía 60 años cuando Jacob nació [Génesis 25:26]; y Jacob tenía 130 años cuando llegó a Egipto [Génesis 47:9]. Así que, $25 + 60 + 130 = 215$ años.) Pero Moisés nos dice que Israel vivió en Egipto 430 años (Exodo 12:40); así que, el número total de años desde el llamamiento de Abraham hasta la entrega de la ley es 645 años, no 430. El período de estadía en Egipto, según Génesis 15:13 y Hechos 7:6, fue de 400 años, en números redondos.

Se han presentado varias soluciones para descifrar este enigma, pero tal vez la que más satisface sea ésta: Pablo cuenta desde el tiempo en que Jacob entró en Egipto, cuando Dios se le apareció y le *reafirmó* el pacto (Génesis 46:1-4). Los 430 años abarcan de la confirmación de la promesa a Jacob hasta la entrega de la ley en el Sinaí.

Cualquiera que sea la solución que escojamos en cuanto a la fecha, el argumento básico es claro: una ley

Libres

dada siglos después no puede cambiar un pacto hecho por otras personas. Ahora bien, suponga que la revelación posterior, tal como la ley de Moisés, fuera más importante y gloriosa que la anterior. ¿Qué entonces? Pablo hace una segunda declaración.

La Ley no es Más Importante que la Promesa (Gálatas 3:19,20)

El relato de la entrega de la ley es impresionante (Exodo 19). Hubo truenos y relámpagos, y la gente, incluso Moisés, temblaba de temor (Hebreos 12:18-21). Fue un evento dramático en comparación con la entrega del pacto a Abraham (Génesis 15), y claro está, los judaizantes estaban impresionados con estas cosas tan emocionantes. Pero Pablo señala que la ley es inferior al pacto de la promesa en dos aspectos:

La ley fue temporal (3:19a). “Fue añadida... hasta que viniese la simiente”. Es obvio que una ley temporal no puede ser mayor que un pacto permanente. Al leer el pacto de Dios con Abraham, no se encuentra ningún sí condicional en sus palabras. Nada fue condicional, sino todo fue de gracia. En cambio, las bendiciones de la ley dependían del cumplimiento de ciertas condiciones. Además, la ley tuvo un límite. Con la muerte y resurrección de Cristo, la ley fue anulada, y ahora sus demandas se cumplen en nosotros por el Espíritu (Romanos 7:4; 8:1-4).

La ley exigía un mediador (3:19b,20). Cuando Dios dio la ley a Israel, lo hizo por medio de ángeles y a través de la mediación de Moisés. Israel recibió la ley “por disposición de ángeles” (Hechos 7:53). Esto quiere decir que la nación recibió la ley de tercera mano: de Dios pasó a los ángeles y de los ángeles a Moisés. Pero cuando Dios

La Lógica de la Ley

hizo su pacto con Abraham, lo hizo en persona, sin mediador. Dios le reveló a Abraham lo que iba a hacer por él y por sus descendientes. Un mediador es el que interviene entre dos personas para ayudarles a ponerse de acuerdo; pero no era necesario un mediador en el caso de Abraham, ya que Dios era el que estaba haciendo el pacto con él, y no él con Dios. “Dios es uno” (Gálatas 3:20), así que, no fue necesario un mediador.

Los judaizantes estaban impresionados por los detalles de la ley: la gloria, los truenos, rayos, ángeles y otras cosas externas. Pero Pablo miraba más allá de los detalles, hacia lo *esencial*. La ley era temporal, y requería un mediador. El pacto de la promesa fue permanente, y no necesitaba mediador. No había más que una conclusión: el pacto fue mayor que la ley.

La Ley no es Contraria a la Promesa (Gálatas 3:21-26)

Casi se puede oír a los judaizantes gritando la pregunta del versículo 21: “¿Luego la ley es *contraria* a las promesas de Dios?” ¿Se está contradiciendo Dios? ¿No sabe su mano derecha lo que hace la izquierda? Al contestar esta pregunta, Pablo demuestra discernimiento en cuanto a los caminos y propósitos de Dios. No dice que la ley *contradice* la promesa, sino que más bien *coopera* con la promesa, cumpliendo los propósitos de Dios. La *ley* y la *gracia* parecen contradecirse entre sí, pero si nos profundizamos lo suficiente, descubriremos que realmente *se complementan* una a la otra. ¿Por qué, entonces, fue dada la ley?

La ley no fue dada para proveer vida (3:21). De cierto la ley de Moisés regía en las vidas de los judíos, mas no les proveyó, ni podía proveerles, vida *espiritual* (Gálatas 3:21 debe ser visto a la luz de 2:21). Si la vida y la justicia

Libres

podrían venir a través de la ley, Cristo Jesús nunca hubiera muerto en la cruz. Pero murió; así que, la ley no pudo dar ni vida ni justicia al pecador. Fue la *adoración de la ley* la que condujo a Israel a una religión de buenas obras y autojustificación, cuyo resultado fue el rechazo de Cristo (Romanos 9:30—10:13).

La ley fue dada para revelar el pecado (3:19-22). Aquí vemos la manera en que la fe y la gracia cooperan para traer al pecador a Cristo Jesús. La ley le muestra al pecador su culpa, y la gracia el perdón que puede tener en Cristo. La ley es *santa, justa y buena* (Romanos 7:12), pero nosotros somos impíos, injustos y malos. La ley no nos *hace* pecadores, sino que nos revela que ya *somos* pecadores (ve Romanos 3:20). La ley es un espejo que nos ayuda a ver nuestras *caras sucias* (Santiago 1:22-25), pero *¡no se lava la cara con el espejo!* Es la gracia la que provee la limpieza a través de la sangre de Cristo Jesús (ve 1 Juan 1:7b).

Hay un uso legal de la ley, y uno ilegal (1 Timoteo 1:8-11). El uso legal es dar a conocer el pecado y hacer que los hombres vean su necesidad de un Salvador. El uso ilegal es tratar de alcanzar la salvación por medio de guardar la ley. Cuando la gente declara que son salvos porque “han guardado los diez mandamientos”, no conocen el verdadero significado de la ley. La ley concluye que todos los hombres están “bajo pecado” (Gálatas 3:22), tanto judíos como gentiles. Pero como *todos* están bajo pecado, entonces *todos* pueden ser salvos por la gracia. Dios no tiene dos maneras de salvación, sólo una: la fe en Jesucristo.

La ley fue dada con el fin de preparar el camino para Cristo (3:23-26). Aquí Pablo usa una ilustración que era familiar a todos sus oyentes—el ayo. En muchas casas

La Lógica de la Ley

romanas y griegas los esclavos bien educados llevaban y traían a los hijos a la escuela y los vigilaban durante el día. Algunas veces enseñaban a los niños; otras veces los cuidaban; y en ocasiones los disciplinaban. Esto es lo que Pablo quiere decir con “ayo” (3:24). La transliteración del griego es la palabra *pedagogo*, la cual significa literalmente *un instructor de niños*.

Al usar esta ilustración, Pablo expresa varios detalles acerca de los judíos y su ley. En primer lugar, dice que los judíos no *nacieron* mediante la ley, sino que más bien fueron *criados* por la ley. El esclavo no era el papá del niño, sino el ayo y el que lo disciplinaba. Así que la ley no le *dio* vida a Israel, sino que *regía* su vida. Los judaizantes pensaban que la ley era necesaria para la vida y la justicia, y el argumento de Pablo muestra su error.

Pero la segunda cosa que Pablo dice es aun más importante: *la obra del ayo era la de preparar al niño para la madurez*. Una vez que el hijo llegaba a la edad de la madurez, ya no necesitaba del ayo. Así que, la ley era una preparación para la nación de Israel hasta la venida de la simiente prometida, Jesucristo. La meta en el plan de Dios fue la venida de Cristo (v.22), “pero antes que viniese la fe (Cristo)” (v.23), la nación era “prisionera de la ley” (traducción literal).

La ley separó a Israel de las naciones gentiles (Efesios 2:12-18) y gobernó todos los aspectos de sus vidas. Durante los siglos de la historia judía, la ley estaba haciendo los preparativos para la venida de Cristo. Las *demandas* de la ley recordaban a la gente su necesidad de un Salvador. Los *tipos* y *símbolos* en la ley eran cuadros de la venida del Mesías (ve Lucas 24:27).

Un buen ejemplo de este propósito de la ley se encuentra en el relato del joven rico (Mateo 19:16-26). Este joven

Libres

tenía todo lo que podía desear, pero no estaba satisfecho. Había tratado de guardar los mandamientos toda su vida, y sin embargo le faltaba algo. *¡Pero estos mandamientos le trajeron a Cristo!* Este es uno de los propósitos de la ley, crear en los pecadores un sentido de culpabilidad y de necesidad. Lo triste es que el joven no fue sincero al mirarse en el espejo de la ley, pues había pasado por alto el último mandamiento: “No codiciarás;” y se fue sin vida eterna.

La ley ha logrado su propósito: el Salvador ha venido y el ayo ya no es necesario. Es lamentable que la nación de Israel no haya reconocido a su Mesías cuando apareció. Finalmente, Dios tuvo que destruir el templo y esparcir a la nación, así que hoy es imposible para un judío devoto practicar la religión de sus padres. No tiene altar, ni sacerdocio, ni sacrificios, ni templo, ni rey (Oseas 3:4). Todo esto ha sido cumplido en Cristo, así que cualquier hombre, ya sea judío o gentil, que deposita su fe en la obra consumada de Cristo llega a ser hijo de Dios.

La ley no puede cambiar la promesa, ni es más importante que ella. Sin embargo, la ley no contradice a la promesa, sino que ambas obran juntamente para traer a los pecadores al Salvador.

La Ley no Puede Hacer lo que la Promesa Puede Hacer (Gálatas 3:27-29)

Con la venida de Cristo Jesús, la nación de Israel salió de la niñez y entró en la edad adulta. El período largo de preparación había concluido. Mientras que había algo de gloria en la ley, había mucho más en la salvación por medio de Cristo. La ley pudo revelar el pecado y, hasta cierto punto, controlar la conducta, mas la ley no pudo

La Lógica de la Ley

hacer por el pecador lo que Cristo Jesús puede hacer por él.

A principio de cuentas, la ley nunca pudo justificar al pecador culpable. “Yo no justificaré al impío”, dijo el Señor (Exodo 23:7); sin embargo, Pablo declara que Dios “justifica al impío” (Romanos 4:5). El rey Salomón, en la dedicación del templo, pidió a Dios que condenara a los malvados y que justificara a los justos (1 Reyes 8:32); y esta era, a la luz de la santidad de Dios, una petición apropiada. El problema es, que nadie era justo. Sólo a través de la fe en Cristo Jesús, el pecador puede ser justificado—declarado justo—ante Dios.

Además, la ley nunca pudo unir al hombre con Dios, más bien lo separaba. Había una cerca alrededor del tabernáculo y un velo entre el lugar santo y el lugar santísimo.

La fe en Jesucristo nos bautiza “en Cristo” (Gálatas 3:27). Este bautismo del Espíritu identifica al creyente con Cristo y lo hace parte de su cuerpo (1 Corintios 12:12-14). El bautismo en agua es un cuadro externo de la obra interna del Espíritu Santo (ve Hechos 10:44-48).

La frase “de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27) se refiere al cambio de ropa. El creyente ha hecho a un lado la ropa sucia del pecado (Isaías 64:6), y por fe ha recibido la ropa de justicia en Cristo (ve Colosenses 3:8-15). Pero para los gálatas, esta idea de *cambiarse de ropa*, tendría un significado adicional. Cuando un niño romano llegaba a la edad adulta se quitaba la ropa infantil y se vestía con la toga de los ciudadanos adultos. El creyente en Cristo no sólo es *un hijo de Dios* por haber nacido en la familia de Dios, sino también porque ha sido reconocido como *hijo adulto* (ve Gálatas 3:26, donde la palabra “hijos” debe ser traducida

Libres

hijos adultos). El creyente tiene la posición de adulto delante de Dios, así que, ¿por qué regresar a la niñez de la ley?

“Todos sois uno en Cristo Jesús”—¿qué declaración tan tremenda! La ley estableció diferencias y distinciones, no sólo entre individuos y naciones, sino también entre comidas y animales. Jesucristo no vino para dividir, sino para unir.

Sin duda, estas eran noticias gloriosas para los creyentes de Galacia, ya que en su sociedad los esclavos eran considerados como mercancía; las mujeres eran menospreciadas y sufrían privaciones; y los gentiles eran despreciados por los judíos.

Los fariseos oraban cada mañana: “Te doy gracias, ¡Oh! Dios, que soy judío y no gentil; hombre y no mujer; libre y no esclavo”. Sin embargo, todas estas distinciones son eliminadas “en Cristo”.

Esto no quiere decir que nuestra raza, posición política, o sexo cambie en el momento de la conversión; más bien, significa que estas cosas no tienen valor ni son estorbo en nuestra relación con Dios a través de Cristo. La ley perpetuó estas distinciones, pero Dios en su gracia ha puesto a *todos los hombres* al mismo nivel para tener misericordia de *todos los hombres* (Romanos 11:25-32).

Finalmente, la ley nunca pudo hacernos herederos de Dios (Gálatas 3:29). Dios hizo la promesa a “la simiente de Abraham” (en singular, 3:16), y esa simiente es Cristo. Si estamos “en Cristo” por medio de la fe, entonces también somos “simiente de Abraham”, espiritualmente hablando.

Esto significa que somos herederos de las bendiciones espirituales que Dios prometió a Abraham. No quiere

La Lógica de la Ley

decir que las bendiciones materiales y nacionales prometidas a Israel sean anuladas, sino que ahora los creyentes son enriquecidos espiritualmente a causa de la promesa de Dios a Abraham (ve Romanos 11:13-25).

Esta sección de Gálatas nos ayuda a entender las Escrituras del Antiguo Testamento. Nos muestra que las lecciones espirituales del Antiguo Testamento no solamente son para los judíos, sino que también se aplican a los creyentes de hoy (ve Romanos 15:4 y 1 Corintios 10:11,12). En el Antiguo Testamento tenemos *la preparación para la venida de Cristo*; en los Evangelios, *la presentación de Cristo*; y de Hechos hasta el Apocalipsis, *la apropiación de Cristo*.

La vida cristiana tiene un nuevo significado cuando el creyente se da cuenta de todo lo que tiene en Cristo. Y todo esto es por la gracia, no por la ley. Como hijo adulto en la familia de Dios, y heredero de Dios, ¿estás aprovechando tu herencia? Este será el tema de Pablo en la siguiente sección.

Gálatas 4:1-18

¹Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; ²sino que está bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre. ³Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. ⁴Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, ⁵para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. ⁶Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! ⁷Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo. ⁸Ciertamente, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses; ⁹mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar? ¹⁰Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. ¹¹Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros. ¹²Os ruego, hermanos, que os hagáis como yo, porque yo también me hice como vosotros. Ningún agravio me habéis hecho. ¹³Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; ¹⁴y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. ¹⁵¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubierais sacado vuestros propios ojos para dármelos. ¹⁶¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad? ¹⁷Tienen celo por vosotros, pero no para bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos. ¹⁸Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros.

¡Ya Es Tiempo Que Madures!

Una de las tragedias del legalismo es que da la apariencia de madurez espiritual cuando, en realidad, hace retroceder al creyente a una *segunda infancia* en su vida cristiana. Los creyentes de Galacia, como la mayoría de los creyentes en la actualidad, querían crecer espiritualmente, pero trataban de hacerlo de una manera errónea. Su experiencia no es muy diferente de la de los creyentes hoy en día que se unen a diferentes movimientos legalistas, esperando llegar a ser mejores cristianos. Aunque su motivo sea correcto, el método es incorrecto.

Esta es la verdad que Pablo procura comunicar a los amados hermanos en Galacia. Los judaizantes los habían fascinado para que pensarán que la ley les haría mejores cristianos. Su vieja naturaleza se sentía atraída por la ley porque les daba oportunidad de *hacer* cosas y de medir resultados. Al pensar en sus logros y al medirse por ellos, sintieron grande satisfacción y, sin duda, algo de orgullo. Pensaron que estaban avanzando, pero, en realidad, estaban retrocediendo.

Pablo usa tres métodos para convencer a los gálatas de que no necesitan el legalismo para vivir la vida cristiana, porque ya tienen en Cristo todo lo que necesitan.

Explica su Adopción (Gálatas 4:1-7)

Una de las bendiciones de la vida en Cristo es la *adopción* (Gálatas 4:5; Efesios 1:5). No *entramos* a la familia de Dios por medio de la adopción como un chico sin hogar entraría en una familia amorosa en nuestra

Libres

sociedad. La única manera de entrar en la familia de Dios es por medio de la *regeneración*, “naciendo de nuevo” (Juan 3:3).

La palabra traducida “adopción” (v.5), significa *colocar como un hijo adulto*. Tiene que ver con nuestra posición en la familia de Dios: no somos niños sino hijos adultos con todos los privilegios que esto implica.

Somos hijos de Dios por medio de la fe en Cristo, nacidos en la familia de Dios; y todo hijo es colocado automáticamente como adulto, y como tal posee todos los derechos legales y privilegios correspondientes. Cuando un pecador es salvo por fe en Cristo, en cuanto a su *condición*, es un *niño recién nacido* que necesita crecer (1 Pedro 2:2,3); pero en cuanto a su *posición*, es un hijo adulto que tiene el derecho de participar de los bienes de su Padre y de gozar todos los maravillosos privilegios de hijo.

Entramos a la familia de Dios por medio de la regeneración, pero nos *gozamos* con la familia de Dios por medio de la adopción. El creyente no tiene que esperar para empezar a gozar de las riquezas espirituales que tiene en Cristo. “Y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gálatas 4:7). Ahora sigue la discusión de Pablo acerca de la adopción. Recuerda tres hechos a sus lectores:

Lo que eramos: niños en esclavitud (4:1-3). No importa qué tan rico sea el padre, su hijo que anda a gatas realmente no puede gozar de los bienes. En el imperio romano, los niños de los ricos eran cuidados por esclavos. No importaba quienes fueran sus padres, todavía eran niños bajo la supervisión de un siervo. En efecto, el niño mismo no era tan diferente del siervo que lo cuidaba. El siervo recibía órdenes del amo, y el niño recibía órdenes del siervo.

¡Ya Es Tiempo Que Madures!

Esta era la condición espiritual de los judíos bajo la ley. La ley era el “ayo” que disciplinó a la nación y la preparó para la venida de Cristo (Gálatas 3:23-25). Así que, cuando los judaizantes hicieron volver a los gálatas al legalismo, no los llevaban solamente a la esclavitud religiosa, sino también a una infancia e inmadurez moral y espiritual.

Pablo declara que los judíos estaban como niños, esclavizados a “los rudimentos del mundo”. La palabra “rudimentos” significa *los principios básicos*. Por unos 15 siglos, Israel había estado en el *jardín de niños* y la *escuela primaria*, aprendiendo su *abecedario espiritual*, para que estuvieran listos cuando Cristo viniera. Entonces recibirían la revelación completa, ya que Cristo es “el Alfa y la Omega” (Apocalipsis 22:13). El abarca *todo* el alfabeto de la revelación de Dios al hombre, y es la Palabra final de Dios (Hebreos 1:1-3).

El legalismo, entonces, no es un paso hacia la madurez, sino hacia atrás a la infancia. La ley no fue la revelación final de Dios, sino la preparación de esa revelación final por Cristo. Es importante conocer el alfabeto, porque es el fundamento para entender todo el idioma. Pero, si un hombre se sentara en una biblioteca y recitara el abecedario en lugar de leer las obras grandes de la literatura, demostraría que no es ni maduro ni sabio. Bajo la ley, los judíos eran niños en esclavitud, y no hijos que gozaban de libertad.

Lo que Dios hizo: nos redimió (4:4,5). La expresión “el cumplimiento del tiempo” (v.4) se refiere a aquel tiempo en el cual el mundo providencialmente estaba listo para el nacimiento del Salvador. Los historiadores nos dicen que el mundo romano aguardaba con gran expecta-

Libres

ción a un libertador cuando nació Jesús. Las religiones antiguas estaban muriendo; las filosofías antiguas estaban vacías y eran impotentes para cambiar las vidas de los hombres. Nuevas religiones extrañas y místicas estaban invadiendo el imperio. La vida religiosa estaba en bancarrota y el hambre espiritual reinaba por doquier. Dios estaba preparando al mundo para la llegada de su Hijo.

Desde el punto de vista histórico, el imperio romano mismo ayudó a preparar al mundo para el nacimiento del Salvador. Los caminos comunicaban ciudad con ciudad, y a las ciudades con Roma. Las leyes romanas protegían los derechos de los ciudadanos, y los soldados romanos resguardaban la paz. Debido a las conquistas griegas y romanas, el latín y el griego eran lenguas conocidas por todo el imperio. El nacimiento de Cristo en Belén no fue un accidente, sino fue una cita planeada por Dios. Cristo vino en el “cumplimiento del tiempo” (y también vendrá otra vez en el tiempo propicio).

Pablo señala los dos aspectos de la naturaleza de Cristo (v.4), es decir, que es tanto Dios como hombre. Como Dios, Cristo “salió del Padre” (Juan 16:28); mas como hombre, fue “nacido de mujer”. La promesa antigua decía que el Redentor vendría de “la simiente de mujer” (Génesis 3:15), y Cristo fue el cumplimiento de esa promesa (Isaías 7:14; Mateo 1:18-25).

Pablo nos ha dicho *quién* vino—el Hijo de Dios, y *cuándo* y *cómo* vino. Ahora nos explica el *porqué* de su venida: “para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gálatas 4:5). “Redimiese” es la misma palabra que Pablo usó antes (3:13) y significa *libertar por medio del pago de un precio*. Un hombre podía comprar un esclavo en cualquier ciudad romana (había como sesenta millones de

¡Ya Es Tiempo Que Madures!

esclavos en el imperio), o para que le sirviera o para ponerlo en libertad. Cristo vino para libertarnos. Así que, regresar a la ley, en efecto, es como deshacer la obra de Cristo en la cruz. El Señor no nos compró para hacernos esclavos, sino *hijos*. Bajo la ley, los judíos eran meramente niños, pero bajo la gracia, el creyente es hijo de Dios con una posición de adulto en la familia.

Tal vez una comparación nos ayude a entender mejor la diferencia entre ser *hijo por nacimiento e hijo por adopción*:

Hijo por nacimiento

- por regeneración
- entra a la familia
- bajo ayo
- no puede recibir su herencia

Hijo por adopción

- por adopción
- goza con la familia
- libertad de un adulto
- un heredero del Padre

Lo que somos: hijos y herederos (4:6,7). Una vez más, vemos que toda la trinidad tomó parte en nuestra vida espiritual: Dios el Padre envió al Hijo a morir por nosotros, y Dios el Hijo nos envió al Espíritu Santo a vivir en nosotros. El contraste aquí no está entre niños e hijos adultos, sino entre esclavos e hijos. Como el hijo pródigo, los gálatas querían que su Padre los aceptara como siervos, cuando realmente eran hijos (Lucas 15:18,19). Los contrastes son fáciles de ver. Por ejemplo:

El hijo tiene la misma naturaleza que el padre, no así el esclavo. Cuando confiamos en Cristo, el Espíritu Santo viene a vivir en nosotros; y esto significa que somos participantes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4). La ley nunca pudo dar a la persona la naturaleza de Dios; sólo

Libres

pudo revelarle su gran necesidad de ella. Así que, cuando el creyente regresa a la ley, niega que la naturaleza de Dios esté en él, y le da a la vieja naturaleza (la carne) la oportunidad de efectuar su obra perversa.

El hijo tiene padre, mientras que el esclavo tiene amo. Ningún esclavo puede llamar a su amo “Padre”. Cuando el pecador confía en Cristo recibe al Espíritu Santo, quien le da testimonio de que es hijo de Dios (Romanos 8:15,16). Es natural que un bebé llore, pero no que hable con su padre. El Espíritu, cuando entra en el corazón, dice: “Abba, Padre” (Gálatas 4:6); y en respuesta, el creyente clama, “Abba, Padre” (Romanos 8:15). La palabra “abba” es una palabra aramea que equivale a la palabra *papá*. Esto muestra la cercanía del niño a su padre, la cual ningún siervo tiene.

El hijo obedece por amor, mientras que el esclavo obedece por temor. El Espíritu obra en el corazón del creyente para avivar y aumentar su amor hacia Dios. “El fruto del Espíritu es amor” (Gálatas 5:22). “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Romanos 5:5). Los judaizantes dijeron a los gálatas que serían mejores cristianos al someterse a la ley, pero la ley nunca produce obediencia. Sólo el amor puede hacerlo. “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

El hijo es rico, mientras que el esclavo es pobre. Somos “hijos y herederos”, y siendo que somos adoptados—colocados como hijos adultos en la familia—podemos empezar a aprovechar nuestra herencia ahora mismo. Dios ha puesto a nuestra disposición las riquezas de su gracia (Efesios 1:7; 2:7), las riquezas de su gloria (Filipenses 4:19), las riquezas de su benignidad (Romanos 2:4), y las

¡Ya Es Tiempo Que Madures!

riquezas de su sabiduría (Romanos 11:33-36)—y todas estas riquezas se hallan en Cristo (Colosenses 1:19; 2:3).

El hijo tiene un futuro brillante, mientras que el esclavo no lo tiene. Aunque muchos amos benignos proveían ayuda a sus esclavos en la vejez, la ley no lo exigía. Un buen padre siempre provee para el hijo (2 Corintios 12:14).

En un sentido, nuestra adopción no ha finalizado, porque estamos esperando el retorno de Cristo y la redención de nuestros cuerpos (Romanos 8:23). Algunos eruditos en Biblia piensan que esta segunda etapa de nuestra adopción corresponde a la práctica romana de adoptar a alguien. Primeramente, tenían una ceremonia *privada* en la cual el que iba a ser adoptado era comprado, y después una ceremonia *pública* en la cual la adopción era declarada ante los oficiales.

Los hijos de Dios han experimentado la primera etapa: hemos sido comprados por Cristo y habitados por el Espíritu. Estamos en espera de la segunda etapa: la declaración pública en la venida de Cristo cuando “seremos semejantes a él” (1 Juan 3:1-3). Somos “hijos y herederos”, y la mejor parte de nuestra herencia está aún por venir (ve 1 Pedro 1:1-5).

Lamenta su Retroceso (Gálatas 4:8-11)

¡Qué es lo que realmente pasó cuando los gálatas dejaron la gracia para volver a la ley? Ante todo, abandonaron la libertad por la esclavitud. Cuando eran pecadores, ignorantes de la verdad, habían servido a dioses falsos y habían experimentado la esclavitud espiritual del paganismo. Pero al confiar en Cristo fueron liberados de la superstición y de la esclavitud. Ahora estaban abandonan-

Libres

do su libertad en Cristo y regresando a la esclavitud. Se estaban *dando de baja* en la escuela de la gracia e *inscribiéndose* en el jardín de niños de la ley. Estaban destruyendo toda la buena obra que el Señor había hecho por ellos a través del ministerio de Pablo.

La frase “débiles y pobres rudimentos” nos dice hasta dónde llegaron en su regresión. Estaban cambiando el poder del evangelio por la debilidad de la ley, y la riqueza del evangelio por la pobreza de la ley. La ley nunca hizo a nadie ni rico ni poderoso; al contrario, la ley sólo pudo revelar la debilidad del hombre y su fracaso espiritual. Con razón Pablo llora por estos creyentes al verlos abandonar la libertad por la esclavitud; el poder por la debilidad; y la riqueza por la miseria.

¿Cómo estaban haciendo esto? Adoptando el sistema religioso del Antiguo Testamento con sus observancias especiales de “los días, los meses, los tiempos y los años” (v.10).

¿Quiere decir esto que los creyentes están en un error cuando toman un día al año para recordar el nacimiento de Cristo? ¿O que el celebrar la venida del Espíritu en el día del Pentecostés es pecado?

No necesariamente. Si observamos días especiales como esclavos, esperando ganar algún mérito espiritual, entonces estamos pecando. Pero si al observarlos expresamos nuestra libertad en Cristo y dejamos que el Espíritu Santo nos enriquezca con su gracia, entonces puede ser una bendición espiritual.

El Nuevo Testamento aclara que los creyentes no deben legislar sobre otros acerca de la observancia de días religiosos (Romanos 14:4-13). No debemos elogiar al hombre que celebra cierto día, ni hemos de condenar al

¡Ya Es Tiempo Que Madures!

que no lo celebra. Pero, si un hombre piensa que se salva, o crece en la gracia, por guardar las fiestas religiosas, entonces es culpable de ser legalista.

Nuestras iglesias evangélicas tienen muchas reglas diferentes, y es incorrecto comparar, criticar o condenar sin fundamento bíblico. Todos debemos tener cuidado de ese espíritu legalista que complace a la carne, guía al orgullo y hace del evento externo un sustituto de la experiencia interna.

Busca su Afecto (Gálatas 4:12-18)

Pablo era un padre espiritual maravilloso; sabía exactamente cómo equilibrar el regaño con el amor. Ahora cambia de tono, recordando el amor mutuo que existía entre ellos. Este amor era tan grande en un tiempo que estaban dispuestos a sacrificar todo por Pablo, pero ahora lo consideraban su enemigo. Los judaizantes habían entrado y robado su afecto hacía él.

Los estudiantes de la Biblia desearían que Pablo hubiera sido más explícito aquí, porque no estamos seguros acerca de qué eventos está hablando. Cuando Pablo fue a Galacia al principio sufría una aflicción física. Si Pablo escribió esta carta a las iglesias del sur de Galacia, como lo notamos en el capítulo 1, entonces se está refiriendo a su primer viaje misionero (Hechos 13—14). Evidentemente, no había sido la intención de Pablo visitar estas ciudades, pero se vio obligado a hacerlo por causa de un mal físico. No sabemos cuál era ese mal, sólo podemos especular. Algunos han sugerido paludismo o malaria; otros un mal de la vista (ve Gálatas 4:15). Cualquiera que fuera, esto debió haber hecho a Pablo un tanto repulsivo en apariencia, ya que alaba a los gálatas por la manera en que

Libres

lo recibieron a pesar de su apariencia. Para ellos, él era un ángel de Dios. Es maravilloso cuando la gente acepta a los siervos de Dios, no por su apariencia, sino porque representan al Señor y traen su mensaje.

Ahora, Pablo les pregunta: “¿Qué ha pasado con el amor, la bendición y la felicidad que experimentaron cuando oyeron el evangelio y confiaron en Cristo?” Por supuesto, Pablo sabía lo que había pasado: los judaizantes habían entrado y les habían engañado con palabras persuasivas.

Una de las características de un maestro falso es que trata de ganarse a los convertidos de otro, y no los dirige a la Palabra de Dios ni a Jesucristo. No fueron los judaizantes quienes ganaron a los gálatas para Cristo, sino Pablo. Como los miembros de las sectas falsas ahora, estos maestros falsos no estaban ganando a los perdidos para Cristo, sino estaban robándose a los convertidos de aquellos que verdaderamente servían al Señor. Pablo era su amigo amante. Se “había hecho como ellos” identificándose con ellos (v.12). Ahora ellos estaban abandonándole para seguir a líderes falsos.

Pablo les dijo la verdad, pero los judaizantes les dijeron mentiras. El interés de Pablo era glorificar a Cristo, mientras que los judaizantes se glorificaban a sí mismos y a sus convertidos. “Tienen celo por vosotros, pero no para bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos” (v.17).

Un verdadero siervo de Dios no se aprovecha de la gente para enaltecerse a sí mismo o a su obra; sirve con amor, para ayudar a la gente a conocer a Cristo mejor y glorificarlo. Cuídate del obrero religioso que quiere tu lealtad exclusiva, diciendo que él es el único que está en

¡Ya Es Tiempo Que Madures!

lo correcto. El te usará tanto como pueda y después te dejará por otro. La tarea del líder espiritual no es ensalzar ni su ministerio ni a sí mismo, sino provocar a la gente a que ame y siga a Cristo.

“Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece” (Proverbios 27:6). Pablo había demostrado su amor a los gálatas al decirles la verdad, pero no lo aceptaban. Gozaban los *besos* de los judaizantes, sin darse cuenta de que estos besos los estaban llevando a la esclavitud y al dolor. Cristo los había hecho hijos y herederos, pero ellos rápidamente se estaban convirtiendo en esclavos y mendigos.

No habían perdido la salvación; todavía eran hijos de Dios, pero habían perdido el *gozo* de su salvación, encontrando satisfacción en sus obras. Lamentablemente, *no se dieron cuenta de su pérdida*. En efecto, pensaban que estaban llegando a ser cristianos mejores al substituir la gracia por la ley, y el fruto del Espíritu por las obras de la carne.

¿Estás avanzando hacia la libertad o retrocediendo hacia la esclavitud? Piensa cuidadosamente antes de contestar.

Gálatas 4:19-31

¹⁹Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, ²⁰quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros. ²¹Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? ²²Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. ²³Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. ²⁴Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. ²⁵Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. ²⁶Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. ²⁷Porque está escrito: “Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz; prorrumpe en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido”. ²⁸Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. ²⁹Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. ³⁰Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. ³¹De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

8

¿De Quién eres Hijo, de Agar o de Sara?

Parece que los padres nunca dejan de sentirse responsables por sus hijos. “Cuando son pequeños nos quitan el tiempo, pero cuando son grandes, a veces nos quitan el sueño”. Mi madre solía decir que cuando son pequeños la casa nunca está quieta, y cuando crecen nos inquietan el corazón.

Esto es lo que Pablo sentía al tratar de ayudar a los creyentes confusos de Galacia. Cuando llegó a ellos con el evangelio, había padecido “dolores de parto” espiritualmente, deseando que regresaran al Señor. Pero, después de todo, el Señor Jesús había sufrido en la cruz para hacer posible su salvación (Isaías 53:11), y el padecimiento de Pablo no era nada en comparación con el de su Señor. Pero, ahora los creyentes en Galacia estaban retrocediendo al legalismo y a una segunda infancia; y Pablo tuvo que “sufrir dolores de parto” por ellos otra vez. Anhelaba ver a Cristo formado en ellos, así como los padres anhelan ver a sus hijos madurar conforme a la voluntad de Dios.

Ya que los judaizantes apelaron a la ley, Pablo acepta su desafío y usa la misma ley para probar que los creyentes no están bajo ella. Toma de la conocida historia de Ismael e Isaac (Génesis 16—21) verdades básicas que muestran la relación de los creyentes con la ley de Moisés.

Los eventos descritos son verídicos, pero Pablo los usa como alegoría, o sea una narración que encierra un significado más profundo. Tal vez la alegoría más famosa es *El Progreso del Peregrino*, en la cual Bunyan traza las

Libres

experiencias cristianas desde la ciudad de la destrucción hasta el cielo. En una alegoría, hay significados escondidos en cuanto a las personas y las acciones; así que, la narración puede interpretarse en dos maneras: literal y simbólica.

La manera en que Pablo interpreta ciertos pasajes de Génesis en esta sección no nos da licencia para encontrar significados ocultos en todos los eventos del Antiguo Testamento. Si adoptamos ese método de interpretar la Biblia podemos darle casi cualquier significado. Y por cierto, de esta manera surgen muchas enseñanzas falsas. El Espíritu Santo inspiró a Pablo a discernir el significado alegórico de las historias del Génesis. Debemos interpretar siempre el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo Testamento, y en donde el Nuevo Testamento nos lo indica, podemos buscar significados figurativos. En los demás casos se debe interpretar las declaraciones de las Escrituras literalmente, y no tratar de *espiritualizar* todo.

Los Hechos Históricos (Gálatas 4:19-23)

Tal vez la manera más fácil de entender el relato histórico es estudiar brevemente las experiencias de Abraham relatadas en Génesis 12 al 21. Usando la edad de Abraham como guía, trazaremos los eventos en los cuales Pablo está basando su argumento en pro de la libertad cristiana.

A los 75 años—Abraham es llamado por Dios para ir a Canaán, y Dios le promete muchos descendientes (Génesis 12:1-9). Tanto Abraham como su esposa Sara querían hijos, pero Sara era estéril. Dios estaba esperando hasta que los dos estuvieran *como muertos* antes de hacer el milagro de darles un hijo (Romanos 4:16-25).

¿De Quién eres Hijo, de Agar o de Sara?

A los 85 años—El hijo prometido no había llegado todavía, y Sara se impacienta y sugiere a Abraham que se llegue a Agar, su esclava, y trate de tener un hijo de ella. Esta acción era legal en aquella sociedad, pero no era la voluntad de Dios. Abraham siguió la sugerencia y tomó a Agar por mujer (Génesis 16:1-3).

A los 86 años—Agar se pone encinta y Sara se encela, y le hace la vida tan difícil a Agar que ésta se ve obligada a huir. Pero, el Señor interviene, haciendo regresar a Agar y le promete cuidar de ella y de su hijo. Cuando Abraham tenía 86 años le nació el hijo, y lo llamó Ismael (Génesis 16:4-16).

A los 99 años—Dios le habla a Abraham y le promete una vez más que tendrá un hijo de Sara y le dice que lo llame Isaac. Más tarde, Dios aparece a Sara y confirma la promesa (ve Génesis 17—18).

A los 100 años—El hijo nace (Génesis 21:1-7), y lo llaman Isaac (“risa”) como lo mandó Dios. Pero la llegada de Isaac causa un problema en el hogar: Ismael tiene un rival. Por 14 años Ismael ha sido el único hijo de su padre, y por lo tanto, muy amado. ¿Cómo reaccionará Ismael con la presencia de un rival?

A los 103 años—Isaac fue destetado, siendo de tres años, y le hicieron una fiesta para celebrarlo, conforme a la costumbre. En la fiesta Ismael se burlaba de Isaac y esto causó problemas en el hogar. Hay sólo una solución para este problema, y de seguro, será dolorosa: Agar y su hijo tienen que salir del hogar. Con el corazón quebrantado Abraham despide a su hijo, porque así lo manda Dios (Génesis 21:8-14).

A primera vista esta historia parece ser nada más que el relato de un problema familiar, pero hay significados más profundos que son muy importantes. Abraham, las dos

Libres

mujeres y los dos hijos representan verdades espirituales, y sus relaciones nos enseñan lecciones valiosas.

Las Verdades Espirituales (Gálatas 4:24-29)

Pablo explica ahora el significado oculto en estos versículos históricos, y tal vez la clasificación mejor sea la siguiente:

El Viejo Pacto

- La ley
- Agar, la esclava
- Ismael concebido según la carne
- La Jerusalén terrenal, en esclavitud

El Nuevo Pacto

- La gracia
- Sara, la libre
- Isaac concebido milagrosamente
- La Jerusalén celestial en libertad

Pablo empieza con los dos hijos, Ismael e Isaac (4:22,23), y explica que éstos ilustran nuestros dos nacimientos; el físico, por el cual somos pecadores y el espiritual, por el cual somos hijos de Dios. Al pensar en esto, y leer Génesis 21:1-12, descubrirás algunas verdades maravillosas acerca de tu salvación.

Isaac ilustra al creyente en varios aspectos:

Nació por el poder de Dios. De hecho, Dios con intención esperó 25 años antes de darle a Abraham y a Sara un hijo. Isaac “nació según el Espíritu” (Gálatas 4:29), y por supuesto, el creyente es “nacido del Espíritu” (Juan 3:1-7). Isaac vino al mundo a través de Abraham (quien representa la fe, Gálatas 3:9), y Sara (quien representa la gracia); así que nació “por gracia... por medio de la fe” como todo creyente verdadero (Efesios 2:8,9).

Trajo gozo. Su nombre significa “risa”, y ciertamente trajo gozo a sus ancianos padres. La salvación es una

¿De Quién eres Hijo, de Agar o de Sara?

experiencia de gozo, no sólo para el creyente, sino también para los que se encuentran a su alrededor.

Creció y fue destetado (Génesis 21:8). En la vida cristiana, la salvación es el principio, no el fin. Después de nacer, debemos crecer (1 Pedro 2:2; 2 Pedro 3:18). Junto con el crecimiento viene el destete: debemos hacer a un lado “lo que era de niño” (1 Corintios 13:11). Cuán fácil es conformarnos a los rudimentos de los primeros días de la vida cristiana y no echar mano de la “armadura de Dios”. Al niño no le gusta ser destetado, pero nunca llegará a ser hombre sin que esto suceda (lee el Salmo 131).

Fue perseguido (Génesis 21:9). Ismael (la carne) causó problemas a Isaac, como nuestra vieja naturaleza a nosotros. (Pablo habla sobre esto en detalle en Gálatas 5:16). Ismael no causó problemas en el hogar *sino hasta que Isaac nació*, así como nuestra vieja naturaleza no origina problemas sino hasta que recibimos la nueva naturaleza al creer en Cristo. Vemos en el hogar de Abraham los mismos conflictos que los hijos de Dios enfrentan hoy en día:

Agar contra Sara = la ley contra la gracia

Ismael contra Isaac = la carne contra el Espíritu

Es importante saber que *no se puede separar estos cuatro factores*. Los judaizantes enseñaban que la ley hacía al creyente más espiritual, pero Pablo aclara que la ley provoca la oposición de la carne, ocasionando un conflicto en el creyente (ve Romanos 7:19). No había ley que podía cambiar o controlar a Ismael, *pero Isaac no necesitó de ninguna ley*. Bien se ha dicho: “La vieja naturaleza no conoce ley, y la nueva naturaleza no la necesita”.

Habiendo explicado el significado de los dos hijos, Pablo da una explicación de las dos mujeres, Sara y Agar,

Libres

ilustrando así el contraste entre la ley y la gracia, y mostrando que el creyente no está bajo la ley, sino bajo la libertad que viene por medio de la gracia de Dios. Observa, entonces, los hechos acerca de Agar que demuestran que la ley ya no tiene poder sobre el hijo de Dios.

Agar fue la segunda mujer de Abraham. Dios no empezó con Agar, sino con Sara.

En cuanto al trato de Dios con el hombre, *Dios empezó con gracia*, proveyendo para Adán y Eva en el Edén. Aun después de que pecaron, en su gracia les vistió con túnicas de pieles (Génesis 3:21). No les dio leyes para que las obedecieran con el fin de obtener la redención, sino que en su gracia les dio una promesa para que la creyeran: la promesa de un Redentor victorioso (Génesis 3:15).

También en su trato con Israel Dios obró basado en su gracia, no en la ley. Su pacto con Abraham (Génesis 15) fue todo de gracia, porque Abraham dormía profundamente cuando el pacto fue establecido. Cuando Dios liberó a Israel de Egipto, fue sobre la base de la gracia y no de la ley, puesto que la ley aún no había sido dada. Como Agar, la segunda mujer de Abraham, la ley fue “añadida” (Gálatas 3:19). Agar desempeñó una función temporal, y entonces salió del escenario, así como la ley desempeñó una función especial y entonces fue quitada (3:24,25).

Agar era esclava. Cinco veces en esta sección se le llama “esclava” (vs.22,23,30,31). Sara no era esclava, por eso su posición era de libertad; pero Agar, aunque era mujer de Abraham, todavía era esclava. Asimismo, la ley fue dada como esclava. “Entonces, ¿para qué sirve la ley?” (3:19). Sirve como *espejo* para revelar los pecados de los hombres (Romanos 3:20), y como *ayo* para llevarlos a Cristo (Gálatas 3:23-25); pero la ley nunca fue dada con el fin de que fuera *madre*.

¿De Quién eres Hijo, de Agar o de Sara?

Agar no era la que debía tener un hijo. La unión de Abraham con Agar se llevó a cabo fuera de la voluntad de Dios; fue el resultado de la incredulidad e impaciencia de Sara y Abraham. Agar estaba tratando de hacer lo que solamente Sara podía hacer, y falló. La ley no puede dar vida (Gálatas 3:21), o justicia (2:21), o el don del Espíritu (3:2), o una herencia espiritual (3:18). Isaac nació como heredero de Abraham (Génesis 21:10), pero Ismael no pudo participar de esa herencia. Los judaizantes trataban de hacer a Agar madre nuevamente, mientras que Pablo padecía dolores espirituales como de parto por los nuevos creyentes para que llegaran a ser más como Cristo. No hay religión ni leyes que pueden dar vida a un pecador. Solamente Cristo puede hacerlo por medio del evangelio.

Agar dio a luz a un esclavo. Ismael fue “hombre fiero” (Génesis 16:12), y aunque era un esclavo, nadie pudo controlarlo, ni siquiera su propia madre. Al igual que Ismael, la vieja naturaleza (la carne) está en enemistad contra Dios, y la ley no puede cambiarla ni controlarla. Por naturaleza, el Espíritu y la carne se “oponen entre sí” (Gálatas 5:17), y no hay actividad religiosa que cambie esto. Cualquiera que escoja a Agar (la ley) como madre va a sufrir esclavitud (4:8-11,22-25,30,31; 5:1), pero aquel que escoja a Sara (la gracia) por madre gozará de libertad en Cristo. Dios quiere que sus hijos sean libres (5:1).

Agar fue despedida. Fue Sara la que dio la orden “echa a tu sierva y a tu hijo” (Génesis 21:9,10), y Dios la aprobó (Génesis 21:12). Ismael había estado en el hogar por lo menos 17 años, pero su estancia no iba a ser permanente; al fin tenía que ser echado fuera. No había lugar en la casa para Agar e Ismael con Sara e Isaac; tenían que salir dos.

Es imposible que haya armonía entre la ley y la gracia, o entre la carne y el Espíritu. Dios no pidió que Agar e

Libres

Ismael visitaran el hogar ocasionalmente; la separación fue permanente. Los judaizantes de los tiempos de Pablo, y de nuestros tiempos, están tratando de reconciliar a Sara con Agar, y a Isaac con Ismael; tal reconciliación es contraria a la Palabra de Dios. Es imposible mezclar la ley y la gracia, la fe y las obras, el regalo de la justicia de Dios y los esfuerzos del hombre para ganar la justicia.

Agar no se casó otra vez. Dios no dio la ley a otra nación o pueblo, ni a su iglesia. Así que, al imponer los judaizantes la ley sobre los creyentes en Galacia, se oponían al plan de Dios. En los tiempos de Pablo la nación de Israel estaba bajo la esclavitud de la ley, mientras que la iglesia estaba gozando de la libertad bajo el gobierno de la “Jerusalén de arriba” (Gálatas 4:26). Los judaizantes querían *casar* al monte Sinaí y al monte de Sión celestial (Hebreos 12:22), pero hacer esto hubiera sido negar lo que Cristo hizo en el monte Calvario (Gálatas 2:21). Agar no debe casarse de nuevo.

Puede ser que parezca cruel que Dios ordenara a Abraham que echara fuera a su hijo Ismael, a quien tanto amaba. Pero era la única solución al problema, ya que “el hombre fiero” nunca podría vivir con el hijo de la promesa. Cuánto más le costó a Dios dar a su Hijo para que llevara sobre él la maldición de la ley para librarnos. El corazón quebrantado de Abraham resultó en la libertad de Isaac; que Dios diera a su Hijo resulta en nuestra libertad en Cristo.

Las Bendiciones Prácticas (Gálatas 4:30,31)

Nosotros los creyentes, como Isaac, somos hijos de la promesa por medio de la gracia. El pacto de la gracia, simbolizado por Sara, es nuestra madre espiritual. La ley y la vieja naturaleza (Agar e Ismael) quieren perseguirnos

¿De Quién eres Hijo, de Agar o de Sara?

y llevarnos a la esclavitud. ¿Cómo podríamos resolver este problema?

Podríamos tratar de cambiarlos. Esto fallaría ya que no podemos cambiar ni la ley ni la vieja naturaleza. “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Juan 3:6), y *siempre lo será*. Dios no trató de cambiar a Agar ni a Ismael, ni por la fuerza ni por medio de la educación; asimismo, no podemos cambiar ni la vieja naturaleza ni la ley.

Podríamos tratar de llegar a un acuerdo con ellos. Esto no dio buen resultado en el hogar de Abraham, ni tampoco lo dará en nuestras vidas. Los gálatas estaban tratando de efectuar tal acuerdo, pero sólo les estaba llevando gradualmente a la esclavitud. Los maestros falsos de hoy nos dicen: “No abandonen a Cristo; pero tendrán una vida cristiana más abundante practicando la ley junto con su fe en Cristo. Inviten a Agar y a Ismael a que regresen al hogar”. Pero este es el camino que lleva de nuevo a la esclavitud. “¿Cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?” (Gálatas 4:9).

Podríamos echarlos fuera. Esto es lo que debemos hacer. En primer lugar, Pablo aplica esto a la nación de Israel (vs.25-27); luego lo aplica a cada creyente individualmente. La nación de Israel había estado en esclavitud bajo la ley, pero esto era temporal, y les preparó para la venida de Cristo. Ahora que Cristo había venido, la ley tenía que irse. Cristo Jesús, como Isaac, fue hijo de la promesa, nacido por el poder milagroso de Dios. Una vez que Cristo vino y murió por el mundo, la ley tuvo que salir.

Pablo cita a Isaías (54:1), aplicando sus palabras a Sara quien era estéril antes del nacimiento de Isaac, pero también las aplica a la iglesia (Gálatas 4:27).

Libres

Observe los contrastes:

Israel

- Jerusalén terrenal
- esclavitud
- legalismo estéril

La Iglesia

- Jerusalén celestial
- libertad
- gracia fructífera

Sara había sido estéril, pero quería ser reconocida como una mujer fructífera, así que aconsejó a Abraham a que tomara a Agar por mujer. Esta no fue la solución correcta, pues sólo trajo problemas. *La ley no puede dar vida o fruto; el legalismo es estéril.* Si la iglesia primitiva regresara a la esclavitud esto resultaría en esterilidad, y sería desobediencia a la Palabra de Dios. Pero, por cuanto la iglesia ha sido fiel en predicar la gracia, se ha extendido por todo el mundo llevando fruto.

Pero, tanto iglesias como creyentes en forma individual, pueden cometer el mismo error de los gálatas de no *echar fuera a Agar y a Ismael.* El *legalismo* es uno de los problemas más grandes para los creyentes en la actualidad. Debemos entender que el *legalismo* no consiste en establecer normas para la vida cristiana, sino en sobreestimarlas, y pensar que uno es más espiritual cuando las obedece. También consiste en juzgar a otros hermanos basándose en dichas normas. Una persona puede dejar de fumar, de beber, y de ir al cine, por ejemplo, y *aun así no ser espiritual.* Los fariseos tenían normas elevadas, sin embargo crucificaron a Cristo.

La vieja naturaleza ama el legalismo, porque le da oportunidad de *quedar bien.* Le cuesta muy poco a *Ismael* no hacer ciertas cosas malas o hacer ciertas obras religiosas, siempre y cuando pueda continuar siendo *Ismael.* Por 17 años Ismael no causó ningún problema en el hogar;

¿De Quién eres Hijo, de Agar o de Sara?

pero al llegar Isaac, el conflicto empezó. El legalismo complace en todo a Ismael. El creyente que se cree espiritual porque no hace esto o aquello sólo se engaña a sí mismo. Una vida espiritual fructífera es más que negarse a esto o a aquello.

Sin duda los judaizantes eran personas atractivas. Tenían credenciales de las autoridades religiosas (2 Corintios 3:1); tenían normas elevadas; tenían cuidado de lo que comían y bebían; y tenían éxito en ganar convertidos y les gustaba hacer alarde de sus logros (Gálatas 6:12-14; 4:17,18). Además, tenían reglas y normas para cada área de la vida, proporcionando así una manera a sus seguidores para que distinguieran quién era *espiritual* y quién no. Pero los judaizantes estaban guiando a la gente a la esclavitud y al fracaso en vez de a la libertad y a la victoria, y *la gente no sabía distinguirlos*.

En los últimos capítulos de esta carta, Pablo señala la más grande tragedia del legalismo: da oportunidad a la carne de obrar. La vieja naturaleza no puede ser controlada por la ley; finalmente tiene que rebelarse ¡y cuidado cuando lo hace! Esto explica por qué los grupos religiosos legalistas tienen luchas y divisiones “os mordéis y os coméis unos a otros” (Gálatas 5:15), y a menudo están plagados de las obras de la carne (5:19-21). Toda iglesia sufre esta clase de problemas, sin embargo, son predominantes en aquellos grupos en donde existe un ambiente legalista. Cuando los creyentes *invitan a Agar y a Ismael a vivir con Sara e Isaac*, están invitando a los problemas.

Gracias a Dios, el hijo de Dios es libre de la maldición y del dominio de la ley. Echar fuera “a la esclava y a su hijo”, es la solución, y aunque nos duela mucho, como le dolió a Abraham, debe llevarse a cabo. Procurar mezclar

Libres

la ley y la gracia es intentar lo imposible, y produce una vida frustrada y estéril. Pero vivir por gracia, por medio de la fe, da al creyente una vida cristiana libre y abundante.

¿Cuál es el secreto? El Espíritu Santo. Estudiaremos acerca de este secreto al final de esta carta. Mientras tanto, necesitamos estar alerta, no sea que *Ismael* y *Agar* entren encubiertamente en nuestras vidas. Si es que ya han entrado, ¡echémoslos fuera!

¿De Quién eres Hijo, de Agar o de Sara?

III
SECCION PRACTICA

*La Gracia
y la Vida Cristiana*

Capítulos 5—6

Gálatas 5:1-12

¹Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. ²He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. ³Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. ⁴De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. ⁵Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia; ⁶porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor. ⁷Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad? ⁸Esta persuasión no procede de aquel que os llama. ⁹Un poco de levadura leuda toda la masa. ¹⁰Yo confío respecto de vosotros en el Señor, que no pensaréis de otro modo; mas el que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea. ¹¹Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz. ¹²¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!

9

¡Alto, Ladrón!

“¡La doctrina que Pablo enseña acerca de la gracia es peligrosa!” gritaron los judaizantes. “Reemplaza a la ley con la libertad. Si nos deshacemos de nuestras reglas y abandonamos nuestras elevadas normas, las iglesias se desintegrarán”.

Los judaizantes del primer siglo no eran los únicos que tenían temor de depender de la gracia de Dios. Los legalistas en nuestras iglesias de hoy aconsejan que no enseñemos a los hermanos acerca de la libertad que tenemos en Cristo, porque puede resultar en anarquía religiosa. Aquellos no entienden lo que Pablo enseña sobre la gracia, y para corregir este mal entendimiento Pablo escribió la sección final de su carta (Gálatas 5—6).

Pablo pasa ahora del argumento a la aplicación, de lo doctrinal a lo práctico. El creyente que vive por fe no va a convertirse en rebelde; al contrario, va a experimentar la *disciplina interior* de Dios que es mucho mejor que la disciplina exterior de las reglas hechas por hombres. Ningún creyente puede convertirse en rebelde si depende de la gracia de Dios; se rinde al Espíritu de Dios; vive para otros; y procura glorificar a Dios. En cambio, el *legalista* al fin se rebela porque vive en esclavitud, dependiendo de la carne, y vive para sí mismo, buscando la alabanza de los hombres y no la gloria de Dios.

No, la doctrina de Pablo acerca de la libertad cristiana por medio de la gracia no es peligrosa. La doctrina peligrosa es el *legalismo*, porque trata de hacer lo imposible, es

Libres

decir, cambiar a la vieja naturaleza y hacerla obedecer las leyes de Dios. El legalismo tiene éxito por un corto tiempo, pero luego la carne empieza a rebelarse. El hijo de Dios que depende del poder del Espíritu no *niega* la ley de Dios, ni se rebela en contra de ella, más bien, la ley *se cumple en él* por medio del Espíritu (Romanos 8:1-4). Es fácil ver la secuencia en el argumento de Pablo en estos capítulos finales:

1. He sido libertado por Cristo. Ya no estoy bajo la esclavitud de la ley (Gálatas 5:1-12).

2. Pero necesito algo o alguien que controle mi vida desde adentro. Ese alguien es el Espíritu Santo (5:13-26).

3. Por medio del amor del Espíritu Santo tengo el deseo de vivir para otros y no para mí mismo (6:1-10).

4. Esta vida de libertad es tan maravillosa que deseo vivirla para la gloria de Dios, ya que él lo hace posible (6:11-18).

Ahora observa el contraste de la secuencia anterior con la experiencia de la persona que escoge vivir bajo la ley o bajo la disciplina de algún líder religioso.

1. Si obedezco ciertas normas, llegaré a ser más espiritual. Soy gran admirador de este líder religioso, así que me someto a su sistema.

2. Creo tener la fuerza para obedecer y mejorarme. Hago lo que se me dice, y cumplo las normas establecidas.

3. Estoy progresando, pues ya no hago algunas de las cosas que acostumbraba. Otros me felicitan por mi obediencia y disciplina. Puedo ver que soy mejor que otros en mi congregación. ¡Qué maravilloso es ser espiritual!

4. ¡Si tan solo otros fueran como yo! Ciertamente Dios ha de estar orgulloso de tenerme por hijo. Tengo el deseo de anunciar esto a otros para que puedan ser como yo.

¡Alto Ladrón!

Nuestro grupo está creciendo y tenemos una reputación buenísima. ¡Qué lastima que otros grupos no sean tan espirituales como nosotros!

Desde cualquier punto de vista, el legalismo es un enemigo insidioso y peligroso. *Cuando uno deja la gracia por la ley, siempre pierde.* En esta primera parte (5:1-12), Pablo explica lo que el creyente pierde cuando se vuelve de la gracia de Dios a las normas y reglas hechas por hombres:

El Esclavo—La libertad se pierde (Gálatas 5:1)

Pablo ha usado dos comparaciones para mostrar lo que la ley es en verdad: un ayo (3:24; 4:2); una esclava (4:22-31); ahora la compara con un yugo de esclavitud. Recordarás que Pedro usó esta misma figura en la famosa conferencia en Jerusalén (ve Hechos 15:10).

El simbolismo del yugo no es difícil de entender. Normalmente representa esclavitud, servicio, y el control de alguien sobre su vida; también puede representar servicio voluntario para alguien. Cuando Dios liberó a Israel de la esclavitud de Egipto, rompió su yugo (Levítico 26:13). El campesino usa el yugo para controlar y guiar a los bueyes porque ellos no prestarían servicio si estuvieran sueltos.

Cuando los creyentes en Galacia confiaron en Cristo, perdieron el yugo de la esclavitud al pecado y se pusieron el de Cristo (Mateo 11:28-30). El yugo de la religión es duro, y las cargas son pesadas, pero el de Cristo es “fácil” y su carga “ligera”. Esa palabra “fácil” en el griego significa *bondadoso, benigno*. El yugo de Cristo nos *libera* para cumplir su voluntad, mientras que el yugo de la ley nos *esclaviza*. El incrédulo lleva un yugo de pecado

Libres

(Lamentaciones 1:14); el legalista religioso lleva el yugo de la esclavitud (Gálatas 5:1); pero el hijo de Dios que depende de la gracia de Dios lleva el yugo liberador de Cristo.

Es Cristo el que nos ha hecho libres de la esclavitud a la ley. Nos liberó de la maldición de la ley muriendo por nosotros en la cruz (Gálatas 3:13). El creyente ya no está bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos 6:14). Esto no quiere decir que somos rebeldes o anarquistas, sino que ya no necesitamos la fuerza *externa* de la ley para que hagamos la voluntad de Dios, porque tenemos al Espíritu Santo como guía *interno* (Romanos 8:1-4). Cristo murió para liberarnos, no para esclavizarnos. Regresar a la ley es enredarse en un laberinto de “haz esto” y “no hagas aquello”, y abandonar la madurez espiritual por una *segunda infancia*.

Lamentablemente, hay algunos creyentes que se sienten muy inseguros con la libertad y prefieren estar bajo la tiranía de algún líder en lugar de tomar sus propias decisiones. Están atemorizados a causa de la libertad que tienen en la gracia de Dios; así que, buscan una congregación legalista y dictatorial en donde puedan dejar que otros tomen las decisiones que les corresponden. Esto puede compararse a un adulto que regresa a la niñez. La senda de la libertad cristiana es el camino a la realización en Cristo. Con razón Pablo amonesta: “No estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud”. Luchad por la libertad. “Estad, pues, firmes en la libertad”.

El Deudor—La riqueza se pierde (Gálatas 5:2-6)

Pablo usa tres frases para describir las pérdidas del creyente que cambia la gracia por la ley: “De nada os

¡Alto Ladrón!

aprovechará Cristo” (v.2); “obligado a guardar toda la ley” (v.3); “De Cristo os desligasteis” (v.4). Y concluye con palabras tristes del versículo 4: “de la gracia habéis caído”. Es lamentable que el legalismo no sólo roba al creyente su libertad, sino también su riqueza espiritual en Cristo. El creyente que vive bajo la ley llega a ser un esclavo en bancarrota.

La Palabra de Dios nos enseña que antes que fuéramos salvos, teníamos una deuda con Dios que no podíamos pagar. Cristo lo declara en la parábola de los dos deudores (Lucas 7:36-50). Dos hombres le debían dinero a un prestamista, uno 10 veces más que el otro. Pero ninguno de los dos podía pagar, así que el acreedor “gratuitamente perdonó a ambos” (traducción literal). No importa cuán moral sea un hombre, todavía está destituido de la gloria de Dios, y no puede pagar su deuda por el pecado, aun si ésta fuera solo una décima parte de la de los demás. Dios en su gracia, a causa de la obra de Cristo en la cruz, puede perdonar a los pecadores, sin importar qué tan grande sea la deuda que tengan.

Cuando recibimos a Cristo, *llegamos a ser ricos espiritualmente*, y ahora participamos de las riquezas de la gracia de Dios (Efesios 1:7); las riquezas de su gloria (Efesios 1:18; Filipenses 4:19); las riquezas de su sabiduría (Romanos 11:33); y las “inescrutables riquezas de Cristo” (Efesios 3:8). En Cristo tenemos “todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3), y estamos “completos en él” (Colosenses 2:10). Cuando uno está “en Cristo”, tiene todo lo que necesita para vivir la vida cristiana que Dios quiere que viva.

Los judaizantes, sin embargo, quieren que creamos que estamos perdiendo algo, y que seríamos más espirituales

Libres

si guardáramos la ley con sus demandas y reglas. Pero Pablo aclara que *la ley no añade nada*, porque *¡nada puede ser añadido!* En lugar de eso, la ley entra como un ladrón y roba al creyente las riquezas espirituales que tiene en Cristo. Lo hace retroceder y quedar en bancarrota espiritual con una deuda que no puede pagar.

Vivir bajo la gracia implica depender de la provisión abundante de Dios para toda necesidad. Vivir bajo la ley implica depender de mi propia fuerza, la carne, y carecer de la provisión de Dios. Pablo advierte a los gálatas que el someterse a la circuncisión les privaría de todos los beneficios que tienen en Cristo (aunque la circuncisión en sí misma no tiene importancia, 5:6; 6:15). Además, al someterse estarían obligados a cumplir *toda la ley*.

En esto los legalistas muestran su hipocresía, ya que fallan en guardar *toda* la ley. Miran a la ley del Antiguo Testamento como un cliente examina la comida en una cafetería: para escoger lo que les guste y dejar el resto. Pero, esto no es correcto. Enseñar, por ejemplo, que un creyente en la actualidad debe guardar el día de reposo, pero no la pascua, es fraccionar la ley de Dios. El mismo legislador que dio *un* mandamiento también dio el otro (Santiago 2:9-11). Anteriormente, Pablo había citado a Moisés para mostrar que la maldición de la ley está sobre todo aquel que falla en guardar *toda* la ley (Gálatas 3:10; ve Deuteronomio 27:26).

Imagínate a un automovilista conduciendo en una calle de la ciudad y, ya sea deliberada o inconscientemente, pasándose una luz roja. Un policía lo detiene y le pide su licencia de conducir. Inmediatamente el conductor empieza a defenderse. “Oficial, sé que me pasé la luz roja, pero nunca he robado a nadie; ni he cometido adulterio; y nunca he mentado en mi declaración de impuestos”.

¡Alto Ladrón!

El policía sonrío al llenar la boleta de infracción, pues sabe que *ninguna cantidad de obediencia puede pagar por un acto de desobediencia*. La misma ley que protege al obediente, castiga al ofensor. Cuando uno se jacta de guardar una parte de la ley mientras que quebranta otra, en efecto, confiesa que merece el castigo.

Ahora podemos entender mejor lo que Pablo quiere decir con: “de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4). Ciertamente no está sugiriendo que los gálatas habían *perdido su salvación*, ya que a través de toda esta epístola los trata como *creyentes*. Por lo menos 9 veces los llama *hermanos*, y también usa el pronombre *nosotros* (4:28). Pablo no hubiera hecho esto si sus lectores no fueran creyentes. Además, con confianza declara: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (4:6).

“De la gracia habéis caído” no quiere decir *perder la salvación*, sino *dejar de vivir bajo la gracia de Dios*. No se puede mezclar la gracia con la ley. El que decide vivir bajo la ley no puede vivir bajo la gracia. Los creyentes en Galacia habían sido *fascinados* por los falsos maestros (Gálatas 3:1), así que, estaban *desobedeciendo* la verdad. Se habían *cambiado* a otro evangelio (1:6-9), y habían *regresado* a los pobres rudimentos de la religión (4:9). Como resultado, se habían sujetado al yugo de la esclavitud, y esto les llevó a su situación presente: “de la gracia habéis caído”. Y la tragedia de esta caída es que se habían privado a sí mismos de todas las cosas buenas que Cristo Jesús podía hacer por ellos.

En seguida Pablo presenta la vida del creyente bajo la gracia (5:5,6). Podemos contrastar las dos maneras de vivir: Cuando uno vive por la gracia, depende del poder

Libres

del Espíritu Santo; en cambio, el que vive bajo la ley depende de sus propios esfuerzos. La fe no es muerta, sino que *obra* (ve Santiago 2:14-26). Pero los esfuerzos de la carne nunca pueden lograr lo que la fe puede hacer por medio del Espíritu Santo. Y la fe obra *por el amor*—el amor hacia Dios y hacia los demás. Lamentablemente, la carne no produce amor, en cambio, produce egoísmo y rivalidad (ve Gálatas 5:15). ¡Con razón Pablo describe la vida legalista como una caída!

Cuando el creyente anda por fe, dependiendo del Espíritu de Dios, vive bajo la gracia de Dios, y todas sus necesidades son suplidas. Disfruta las riquezas de la gracia de Dios, y siempre aguarda una esperanza (5:5): el día que Cristo regrese y nos haga semejantes a él en justicia perfecta. La ley no nos da ninguna promesa de justicia perfecta en el futuro. Es verdad que preparó el camino para la primera venida de Cristo (3:23—4:7), pero no puede preparar el camino para su segunda venida.

Así que, el creyente que escoge el legalismo se priva de libertad y las riquezas espirituales. Deliberadamente se coloca bajo la esclavitud y el fracaso espiritual.

El Corredor—El rumbo se pierde (Gálatas 5:7-12)

A Pablo le gustaban las ilustraciones acerca del atletismo y las usó a menudo en sus cartas. Sus lectores estaban familiarizados con los juegos olímpicos, así como con las competencias atléticas griegas que siempre incluían las carreras. Es importante observar que Pablo nunca usa el simbolismo de las carreras para explicar cómo ser salvo, más bien, lo usa para ilustrar la vida cristiana. *Para participar en los juegos olímpicos se exigía que los competidores fueran ciudadanos.* Llegamos a ser ciuda-

¡Alto Ladrón!

danos del cielo por medio de la fe en Cristo; entonces el Señor nos señala la meta y corremos para ganar el premio (ve Filipenses 3:12-21). No corremos para ser salvos, sino porque ya somos salvos y queremos hacer la voluntad de Dios (Hechos 20:24).

“Vosotros corríais bien”. Cuando Pablo llegó a ellos lo recibieron “como a un ángel de Dios” (Gálatas 4:14). Aceptaron la Palabra, confiaron en el Señor Jesucristo y recibieron al Espíritu Santo. Tenían un gozo profundo que era notorio a todos, y estaban dispuestos a hacer cualquier sacrificio por Pablo (4:15). Pero ahora, Pablo era su enemigo. ¿Qué había pasado?

El versículo 7 nos da la respuesta: “Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer la verdad?” En las carreras cada corredor debía permanecer dentro de su línea designada, pero algunos corredores se metían en la línea de sus competidores con el fin de sacarlos de la competencia. Esto es lo que los judaizantes habían hecho con los creyentes en Galacia: se metieron en su línea y les obligaron a cambiar de rumbo y tomar una *desviación espiritual*. No fue Dios quien hizo esto, porque él los llamó a correr fielmente en la línea marcada *Gracia*.

En su explicación Pablo cambia el simbolismo y presenta la figura de la levadura. En el Antiguo Testamento, por lo general, la levadura se usa para simbolizar lo malo. Por ejemplo, era prohibido tener levadura en la casa durante la pascua (Exodo 12:15-19; 13:7). A los que adoraban no se les permitía que mezclaran la levadura con los sacrificios (Exodo 34:25), aunque había algunas excepciones a esta regla. Cristo usó la levadura como símbolo del pecado cuando advirtió acerca de la “levadura de los fariseos” (Mateo 16:6-12); y Pablo la usó como figura del pecado en la iglesia de Corinto (1 Corintios 5).

Libres

La levadura realmente es una buena ilustración del pecado: es pequeña, pero si se deja, se extiende, aumenta y leuda todo. La falsa doctrina de los judaizantes fue introducida a las iglesias de Galacia poco a poco, pero no tardó mucho en aumentar, y finalmente dominó todo.

El espíritu del legalismo no llega a dominar a la iglesia repentinamente. Como la levadura, se introduce secretamente, crece y no tarda mucho en envenenar a toda la congregación. En la mayoría de los casos, los *motivos* que impulsan al legalismo son buenos, por ejemplo, el deseo de tener una iglesia más espiritual, pero los *métodos* no son bíblicos.

No es malo tener normas de conducta en una iglesia, pero no debemos pensar que estas reglas nos harán más espirituales, o que el guardarlas sea evidencia de espiritualidad. La levadura se expanda rápidamente. Asimismo, algunos hermanos se vuelvan orgullosos de su espiritualidad (“envanecido” es la manera en que Pablo lo expresa, 1 Corintios 5:2), y entonces critican a todos los demás por su falta de espiritualidad. Esto, por supuesto, solamente alimenta a la carne y contrista al Espíritu Santo, pero siguen su camino pensando que están glorificando a Dios.

Todo creyente tiene la responsabilidad de estar alerta para reconocer los primeros indicios del legalismo, esa primera pizca de levadura que afecta a la congregación, y que con el tiempo crece y llega a ser un serio problema. Con razón Pablo denuncia con vehemencia a los falsos maestros: “Estoy sufriendo persecución porque predico la cruz de Cristo, mas estos maestros falsos son celebridades populares porque predicán una religión que consiente a la carne y ensalza al ego. ¿Quieren circuncidaros? ¡Ojalá que

¡Alto Ladrón!

se cortaran a sí mismos!” (Gálatas 5:11 y 12, traducción literal).

La circuncisión ya no tiene valor espiritual, desde la muerte y resurrección de Cristo; sólo es una operación física. Pablo deseaba que esos maestros falsos *se operaran a sí mismos*—“se castraran a sí mismos”—para que ya no produjeran más *hijos de esclavitud*.

El creyente que vive bajo la gracia de Dios es libre, rico y corre en la línea que lo lleva a la recompensa. El creyente que deja la gracia por la ley es un esclavo, un deudor y un corredor que ha perdido el rumbo. En otras palabras, es un perdedor. Y la única manera de llegar a ser un ganador es rendirse al Espíritu Santo y *limpiarse de la levadura*, la doctrina falsa que mezcla a la ley y a la gracia.

La gracia de Dios es suficiente para cada demanda de la vida. Somos salvos por gracia (Efesios 2:8-10), y servimos por gracia (1 Corintios 15:9,10). La gracia nos ayuda a soportar el sufrimiento (2 Corintios 12:9). Es la gracia la que nos fortalece (2 Timoteo 2:1), para que seamos soldados victoriosos. Nuestro Dios es el Dios de *toda* gracia (1 Pedro 5:10). Podemos venir al trono de la gracia y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4:16). Cuando leemos la Biblia, que es “la palabra de su gracia” (Hechos 20:32), el Espíritu de gracia (Hebreos 10:29) nos revela las riquezas que tenemos en Cristo.

“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16).

¡Cuán ricos somos!

Gálatas 5:13-26

¹³Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. ¹⁴Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¹⁵Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros. ¹⁶Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. ¹⁷Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. ¹⁸Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. ¹⁹Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, ²⁰idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, ²¹envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. ²²Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, ²³mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. ²⁴Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. ²⁵Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. ²⁶No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

10

La Quinta Libertad

Seguramente, la mayor parte de las gentes del mundo aspiran a tener las libertades mencionadas por un presidente de Estados Unidos poco después de la segunda guerra mundial. Dijo que anhelaba ver un mundo en el cual todos pudieran gozar de las siguientes libertades: libertad de expresión, de religión, del hambre, y del temor. Por supuesto, muchos ya gozan de estas libertades en cierto grado, pero el hombre necesita una quinta libertad; liberación de sí mismo y de la tiranía de su naturaleza pecaminosa.

Los legalistas querían resolver este problema usando leyes y amenazas, pero Pablo ha explicado que las leyes, por muchas que sean, no pueden cambiar la naturaleza pecaminosa del hombre. No es el temor a la ley, sino el amor en el corazón lo que hace este cambio. Necesitamos otro poder en nosotros, el poder del Espíritu Santo.

Hay por lo menos 14 referencias al Espíritu Santo en Gálatas. Cuando creemos en Cristo, el Espíritu Santo viene a habitar en nosotros (3:2). Nacemos “según el Espíritu” como Isaac (4:29). El Espíritu Santo da la seguridad de la salvación (4:6); y es él quien nos capacita para vivir para Cristo y glorificarlo. El Espíritu Santo no es una mera *influencia divina*, sino una Persona divina, igual que el Padre y el Hijo. Lo que el Padre *planeó* para nosotros, Dios el Hijo lo *compró* en la cruz, y Dios el Espíritu lo *aplica* a nuestra vida cuando nos rendimos a él.

Este párrafo es tal vez el más importante en toda la sección final de la carta a los Gálatas, ya que en él Pablo

Libres

explica tres ministerios del Espíritu Santo que capacitan al creyente para gozar de la libertad en Cristo.

El Espíritu Nos Capacita Para Cumplir la Ley del Amor (Gálatas 5:13-15)

Estamos propensos a irnos a los extremos. Por ejemplo: unos interpretan *la liberad* como libertinaje y piensan que pueden hacer todo lo que quieren. Otros, viendo este error, se van al extremo opuesto e imponen la ley a todo mundo. En algún punto entre la libertinaje y *el legalismo* se halla la libertad cristiana.

Así que, Pablo empieza explicando *nuestro llamamiento*: somos llamados a la libertad. El creyente es libre; libre de la *culpa* del pecado porque ha experimentado el perdón de Dios; libre del *castigo* porque Cristo lo llevó en la cruz; libre del *poder* del pecado en su vida diaria; y libre de *la ley* con sus demandas y amenazas. Cristo llevó la maldición de la ley y acabó con su tiranía de una vez para siempre. Somos llamados a la libertad “por la gracia de Cristo” (Gálatas 1:6). La *gracia* y la *libertad* van juntas.

Habiendo explicado nuestro llamamiento, Pablo nos exhorta a que tengamos precaución: “¡No dejéis que vuestra libertad degenera en libertinaje!”

Este, por supuesto, es el temor de la gente que no entiende el verdadero significado de la gracia de Dios. “Si quitan las reglas y normas”, dicen, “habrá caos y anarquía”.

Por supuesto, existe tal peligro, no porque la gracia de Dios falle, sino porque los hombres no proceden según la gracia de Dios (Hebreos 12:15). Si hay una “verdadera gracia de Dios” (1 Pedro 5:12), entonces también hay una gracia falsa; y hay maestros falsos quienes “convierten en

La Quinta Libertad

libertinaje la gracia de Dios” (Judas 4). Así que, la precaución es necesaria. La libertad cristiana no es libertinaje o licencia para pecar, sino una oportunidad para servir.

Por lo tanto, se da el mandamiento: “servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13). La palabra clave, por supuesto, es amor. La fórmula se escribe así:

libertad + amor = servicio hacia otros

libertad – amor = libertinaje (esclavitud al pecado)

—Tengo un día de descanso extra esta semana, —
Carlos le dijo a su esposa al entrar en la cocina.

—Creo que repararé la bicicleta de Juanita y llevaré a Carlitos al museo del cual habla tanto.

—Reparar una bicicleta e ir a un museo no me parece la manera más emocionante de pasar un día de descanso, —replicó su esposa.

—¡Es emocionante *si uno ama a sus hijos!*

Lo maravilloso del amor es que substituye a todas las leyes de Dios. “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” resuelve todo problema en las relaciones humanas (ve Romanos 13:8-14). Si amas a otros (porque amas a Cristo), no les robarás, ni mentirás acerca de ellos; no los envidiarás, ni tratarás de hacerles daño. El amor en el corazón es el sustituto de Dios para las leyes y amenazas.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, vivíamos junto a una autopista con mucho tráfico, y los niños sabían que les castigaríamos si se acercaban a la carretera. Al crecer, descubrieron que la obediencia traía recompensas. Aprendieron a obedecer no sólo para evitar el dolor, sino para obtener placer. Hoy vivimos en una ciudad con mucho tráfico peligroso, y algunos de nuestros hijos manejan. Pero ni los amenazamos ni les prometemos premios para que tengan precaución. Tienen una disciplina de amor en

Libres

sus vidas, y tomarán las precauciones necesarias para no lastimar ni a otros, ni a sí mismos. El amor ha reemplazado a la ley.

En un nivel mucho más elevado, el Espíritu Santo en nosotros nos da el amor que necesitamos (Romanos 5:5; Gálatas 5:6,22). Evidentemente, a los creyentes de Galacia les faltaba tal amor, porque se estaban *mordiendo y comiendo unos a otros* y estaban en peligro de destruirse (Gálatas 5:15). Este es un cuadro de animales salvajes atacándose unos a otros. Esto prueba que la ley no puede obligar a la gente a vivir en armonía. No importa cuántas normas o reglas de conducta tenga una iglesia, no son garantía de espiritualidad. A menos que permitan al Espíritu Santo llenar los corazones con su amor, el egoísmo y la competencia reinarán. Ambos extremos en las iglesias de Galacia, los legalistas y los libertinos, estaban destruyendo la comunión entre los hermanos.

El Espíritu Santo no obra solo, sino que usa la Palabra de Dios, la oración, la adoración y la comunión de los creyentes para edificarnos en Cristo. El creyente que dedica tiempo diariamente a la Palabra de Dios y a la oración, y que se rinde a la obra del Espíritu Santo, gozará de la libertad y ayudará a edificar la iglesia. Lee 2 Corintios 3 en donde Pablo distingue entre el ministerio espiritual de la gracia y el ministerio carnal de la ley.

El Espíritu Nos Capacita Para Vencer la Carne (Gálatas 5:16-21,24)

El conflicto (5:16,17). Así como Isaac e Ismael no se llevaban bien, también hay conflicto entre el Espíritu y la carne (la vieja naturaleza). Cuando Pablo usa la palabra “carne”, no se refiere al *cuerpo*. El cuerpo humano en sí no

La Quinta Libertad

es pecaminoso. Si el Espíritu Santo controla el cuerpo, entonces andamos según el Espíritu, pero si la carne lo controla, entonces andamos según la concupiscencia (deseos) de la carne. El Espíritu y la carne tienen deseos diferentes y esto es lo que ocasiona el conflicto.

Estos deseos opuestos son ilustrados en la Biblia en diferentes maneras. Por ejemplo, la oveja es un animal limpio que trata de evitar el lodo, mientras que el cerdo lo busca (2 Pedro 2:19-22). Cuando cesó la lluvia y el arca reposó, Noé envió un cuervo que nunca regresó (Génesis 8:6,7). El cuervo es un animal que se alimenta de carroña, así que encontró mucha comida. En cambio, cuando envió la paloma (un animal limpio) está regresó (Génesis 8:8-12). Pero la última vez que la envió no regresó, así que, Noé supo que la paloma había encontrado un lugar limpio para asentarse, y por lo tanto, que las aguas habían bajado.

Nuestra vieja naturaleza es como el cerdo y el cuervo que siempre buscan lo sucio. Nuestra nueva naturaleza es como la oveja y la paloma que desean lo limpio y lo santo. ¡Con razón hay una lucha continua dentro del creyente! El hombre sin Cristo no sabe nada acerca de esta lucha, porque no tiene al Espíritu Santo (Romanos 8:9). Ismael no causó ningún problema en el hogar hasta que Isaac llegó.

Observa que el hijo de Dios no puede vencer la carne simplemente por la fuerza de voluntad. “Pues, éstos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis” (Gálatas 5:17, LBLA). Este es el problema que Pablo trata en Romanos: “Porque lo que hago no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago... Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:15,19). Pablo

Libres

no niega que haya victoria; sólo afirma que no podemos ganarla a fuerza de voluntad.

La conquista (5:18). La solución no consiste en poner nuestra voluntad en pugna contra la carne, sino en rendir nuestra voluntad al Espíritu Santo. Este versículo literalmente dice: “pero si *voluntariamente eres guiado* por el Espíritu, entonces no estás bajo la ley”. El Espíritu Santo escribe la ley de Dios en nuestros corazones (Hebreos 10:14-17; ve 2 Corintios 3) para que *deseemos* obedecerle. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8). Ser *guiados por el Espíritu y andar en el Espíritu* es lo contrario a *rendirse a los deseos de la carne*.

La crucifixión (5:19-21,24). Pablo ahora enumera algunas de las horribles “obras de la carne”. (Listas similares se hallan en: Marcos 7:20-23; Romanos 1:29-32; 1 Timoteo 1:9,10; 2 Timoteo 3:2-5.) La carne puede engendrar el pecado pero no puede producir la justicia de Dios. “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17:9). Esta lista en Gálatas puede dividirse en tres categorías principales:

Los pecados sensuales (5:19-21b). El *adulterio* es el acto sexual ilícito entre personas casadas, mientras que la fornicación se refiere, por lo general, al mismo pecado entre personas no casadas. *Inmundicia* significa la corrupción de corazón y mente que contamina a “los corrompidos e incrédulos” (ve Tito 1:15). La *lascivia* es semejante a la disolución y se refiere a un deseo desenfrenado y desvergonzado. Es sabido por todos que estos pecados se cometían en forma desenfrenada en el imperio romano. Las palabras *borracheras* y *orgías* no necesitan explicación.

La Quinta Libertad

Los pecados supersticiosos (5:20a). La idolatría, así como los pecados sensuales, es un problema actual, y consiste en estimar a las cosas más que a Dios y a la gente. Debemos adorar a Dios, amar a la gente y usar las cosas; pero a menudo usamos a la gente, nos amamos a nosotros mismos, y adoramos las cosas, dejando fuera a Dios. Cristo dijo que uno sirve a lo que adora (Mateo 4:10). Quizá sea culpable de idolatría el creyente que se dedica más a su automóvil, casa, deportes o placeres que a servir a Cristo (Colosenses 3:5).

La palabra “hechicerías” viene de la palabra griega *farmakeia*, que significa: *el uso de drogas*, y de ella se deriva nuestra palabra *farmacia*. Los magos en los tiempos de Pablo a menudo usaban drogas para producir efectos maléficos. Por supuesto, la brujería está prohibida en la Biblia, así como todas las actividades del ocultismo (Deuteronomio 18:9-22).

Los pecados sociales (5:20b,21a). *Enemistad* es la actitud que provoca y desafía a otros. Esta actitud resulta en disensión y pleitos. *Celos* significa rivalidades. Qué trágico es cuando los creyentes compiten entre sí y tratan de hacer quedar mal al otro ante los demás. *Ira* significa explosión de enojo; y *contiendas* tiene la idea de ambición egoísta que causa divisiones en la iglesia.

Disensiones y herejías (partidos) son términos relacionados. El primero sugiere división, y el segundo grupitos causados por el espíritu partidista. Esos son los resultados de los líderes de las iglesias que buscan seguidores para sí mismos, y no para el Señor. (La palabra *herejía* en el griego significa “escoger”.) *Envidia* significa un deseo profundo por lo que otro posee (ve Proverbios 14:30). *Homicidios* y *borracheras* no necesitan explicación.

Libres

La persona que *practica* estos pecados no heredará el reino de Dios. Pablo no está hablando acerca de un *acto* de pecado, sino del *hábito* de pecar. Algunas personas tienen una falsa seguridad de salvación, sin base en la Palabra de Dios. El hecho de que un creyente no esté bajo la ley, sino bajo la gracia, no es razón para pecar (Romanos 6:15). Al contrario, debe ser un estímulo para vivir en obediencia al Señor.

Pero, ¿cómo puede el creyente dominar a la vieja naturaleza, siendo ésta capaz de cometer pecados tan horribles? La ley no puede *cambiarla ni controlarla*. La vieja naturaleza debe ser *crucificada* (Gálatas 5:24). Pablo explica que el creyente se identifica con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección (Romanos 6). Cristo no sólo *murió por mí*, sino que *yo morí con Cristo*. Cristo murió por mí para librarme del *castigo* del pecado, pero yo morí con Cristo para destruir el *poder* del pecado.

Pablo menciona esto en Gálatas 2:19,20 y 6:14. No nos dice que nos crucifiquemos a nosotros mismos, porque eso es imposible. (Nadie puede clavarse a sí mismo en una cruz.) El apóstol nos dice que la carne ya ha sido crucificada. Nuestra responsabilidad es creer y obrar basándonos en este hecho. (La misma verdad se presenta en Romanos 6:11-13 y Colosenses 3:5-9.)

No somos deudores a la carne, sino al Espíritu (Romanos 8:12-14). Debemos aceptar lo que Dios dice acerca de la vieja naturaleza y no tratar de hacer de ella algo que no es. No debemos “proveer para los deseos de la carne” (Romanos 13:14), alimentándola de las cosas que le gustan. En la carne no mora el bien (Romanos 7:18), así que, no debemos confiar en ella (Filipenses 3:3). La carne no se sujeta a la ley de Dios (Romanos 8:7), y no puede

La Quinta Libertad

agradar a Dios (Romanos 8:8). Sólo por medio del Espíritu Santo podemos “hacer morir” las obras de la carne (Romanos 8:13). El Espíritu Santo no solamente es el Espíritu de vida (Romanos 8:2; Gálatas 5:25), sino también de muerte: Nos ayuda a *considerarnos* muertos al pecado.

Hemos visto dos ministerios del Espíritu Santo: Nos capacita para cumplir la ley, y para vencer la carne. También tiene un tercer ministerio:

El Espíritu Nos Capacita Para Producir Fruto (Gálatas 5:22,23,25,26)

Uno puede vencer la carne y dejar de *hacer cosas malas*, pero eso no significa necesariamente que *hace cosas buenas*. El legalista puede enorgullecerse de que no es culpable de adulterio o asesinato (ve Mateo 5:21-32), pero ¿se manifiestan las hermosas virtudes del Espíritu Santo en su vida? No es suficiente dejar de hacer cosas malas; también debe haber cualidades positivas.

El contraste entre *obras* y *fruto* es importante. El fruto debe salir de la vida, y en el caso del creyente, es la vida del Espíritu (Gálatas 5:25). Cuando hablamos de *obras* pensamos en esfuerzo, labor, agotamiento y fatiga; pero cuando hablamos de *fruto* pensamos en belleza, silencio y la vida que se desarrolla. La carne produce “obras muertas” (Hebreos 9:14), pero el Espíritu produce fruto viviente. Y este fruto contiene la semilla que producirá más fruto (Génesis 1:11). El amor genera más amor, y el gozo produce más gozo, y Cristo desea que llevemos “fruto... más fruto... mucho fruto” (Juan 15:2,5), porque así glorificamos a Dios. La vieja naturaleza no puede producir fruto; sólo la nueva lo puede hacer.

Libres

El Nuevo Testamento habla de varias clases de *fruto*: almas ganadas para Cristo (Romanos 1:13), una vida santa (Romanos 6:22), ofrendas traídas a Dios (Romanos 15:26-28), buenas obras (Colosenses 1:10), y alabanza (Hebreos 13:15). El “fruto del Espíritu” mencionada en nuestro pasaje tiene que ver con el *carácter* (Gálatas 5:22,23). Debemos tomar en cuenta que el *don* del Espíritu, el cual es la salvación (Hechos 2:38; 11:17) y los *dones* del Espíritu, que tienen que ver con el servicio (1 Corintios 12) son diferentes de las *virtudes* del Espíritu que se relacionan con el carácter cristiano. Es una lástima que el mucho énfasis sobre los dones ha hecho que algunos creyentes se olviden del fruto del Espíritu. Desarrollar el carácter cristiano debe tener prioridad sobre la demostración de habilidades especiales.

Las características que Dios quiere ver en nuestras vidas son los nueve frutos del Espíritu. Pablo empieza con el *amor*, ya que todos los demás frutos son el resultado del amor. Compara estas ocho cualidades con las características del amor mencionadas en 1 Corintios 13:4-8. Esta palabra amor en griego es *agape*, y significa amor divino. (La palabra griega *eros*, que quiere decir *amor sensual*, no se usa en el Nuevo Testamento). El amor divino es un don de Dios para nosotros (Romanos 5:5), y debemos cultivarlo y orar para que crezca (Filipenses 1:9).

Cuando una persona vive en amor, experimenta *gozo*; esa paz y satisfacción interiores que no son afectadas por las circunstancias. (Como en el caso de la experiencia de Pablo descrita en Filipenses 4:10-20). Este es el *optimismo santo* que lo anima a seguir adelante a pesar de las dificultades. El amor y el gozo producen “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7). Estas

La Quinta Libertad

primeras tres cualidades hablan de aspectos de la vida cristiana en lo que se refiere *a Dios*.

Las tres siguientes hablan de aspectos de la vida cristiana en lo que se refiere *a otros*. *Paciencia* (valeroso tesón que no se detiene), *benignidad* (finura, gentileza), y *bondad* (amor en acción). El creyente paciente no se vengará ni deseará que sus enemigos tengan dificultades. Será bondadoso y benigno, aun con el más ofensivo, y sembrará lo bueno en donde otros siembran lo malo. La naturaleza humana nunca puede hacer esto por sí misma; sólo el Espíritu Santo puede lograrlo.

Las tres cualidades finales hablan de aspectos de la vida cristiana en lo que se refiere *a uno mismo*. *La fe* (fidelidad); la *mansedumbre* (el uso correcto del poder y la autoridad); y la *templanza* (autocontrol). La mansedumbre no es debilidad. Cristo dijo: “Soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29), y Moisés “era muy manso” (Números 12:3); sin embargo, nadie puede acusarles de ser débiles. El creyente manso no trata de imponerse. Así como la sabiduría es el uso correcto del conocimiento, la mansedumbre es el uso correcto de la autoridad y el poder.

Es posible que la vieja naturaleza *falsifique* algunos de los frutos del Espíritu, pero la carne nunca puede *producir* el fruto del Espíritu. Una diferencia es ésta: cuando el Espíritu produce fruto, Dios recibe la gloria, y el creyente no se envanece por su espiritualidad; pero cuando la carne obra, la persona se enorgullece, especialmente cuando otros le alaben. La obra del Espíritu es hacernos más como Cristo para su gloria, y no la nuestra.

El cultivo del fruto es importante. Pablo advierte que debe haber un ambiente correcto antes de que el fruto crezca (vs.25,26). Así como el fruto no puede crecer en

Libres

todos los climas, el fruto del Espíritu no puede crecer en la vida de todos los creyentes.

El fruto crece donde el Espíritu y la Palabra obran en abundancia. Andad por el Espíritu (v.25) quiere decir *Llevar el mismo paso que el Espíritu*, no adelantarse ni quedarse atrás. Esto implica la necesidad de la Palabra de Dios, la oración, la adoración, la alabanza y la comunión con el pueblo de Dios. Esto también quiere decir *arrancar la maleza para que la semilla de la Palabra pueda arraigarse y llevar fruto*. Los judaizantes procuraban la alabanza y la “vanagloria” y esto resultó en competencia y división. El fruto nunca puede crecer en esa clase de ambiente.

Debemos recordar que el fruto se produce para *ser comido*, y no para ser admirado o puesto en exhibición. La gente a nuestro alrededor anhelan experimentar amor, gozo, paz, y todas las otras virtudes del Espíritu. Cuando las ven en nuestras vidas, saben que tenemos algo que a ellos les falta. No llevamos fruto para nuestro consumo propio; llevamos fruto para que otros se alimenten y se ayuden, y para que Cristo sea glorificado. Es posible que la carne produzca *resultados* que nos traerán alabanza, pero no puede llevar fruto que glorifique a Dios. Para que haya fruto se necesita paciencia, un ambiente espiritual, andar en la luz, la semilla de la Palabra de Dios, y el deseo sincero de honrar a Cristo.

En resumen, la clave es el Espíritu Santo. Nos da poder para cumplir con la ley del amor, vencer la carne y llevar fruto. Sólo él puede darnos la *quinta libertad*, libertad del pecado y del ego.

¿Te rendirás a él para que obre en ti?

Gálatas 6:1-10

¹Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. ²Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. ³Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. ⁴Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro; ⁵porque cada uno llevará su propia carga. ⁶El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye. ⁷No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. ⁸Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. ⁹No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. ¹⁰Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.

11

La Libertad Del Amor

Se cuenta que el Sr. Guillermo Booth, fundador del Ejército de Salvación, no pudiendo asistir a una convención internacional, envió a los hermanos un mensaje por telegrama que consistió de una sola palabra: “¡Otros!”

En la popular tira cómica Carlitos, Lucy le pregunta a Carlitos: —¿Para qué estamos aquí en la tierra?

El le contesta: —Para hacer felices a otros.

Ella piensa en esto por un momento y luego pregunta: —Entonces, ¿para qué están los otros aquí?

“Los unos a los otros” es una de las frases claves del vocabulario cristiano. “Amaos los unos a los otros” se encuentra por lo menos una docena de veces en el Nuevo Testamento, además de las frases “orad unos por otros” (Santiago 5:16), “edificaos unos a otros” (1 Tesalonicenses 5:11), “prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12:10), “hospedaos los unos a los otros” (1 Pedro 4:9), y muchas otras exhortaciones semejantes.

En esta sección, Pablo añade otra frase: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros” (Gálatas 6:2). El creyente guiado por el Espíritu Santo piensa en los demás y procura servirles. Aquí Pablo describe dos maneras en que los hermanos pueden ayudarse mutuamente.

Llevar las Cargas Unos a Otros (Gálatas 6:1-5)

El legalista no se interesa en llevar las cargas. Por el contrario, él *incrementa* las cargas de otros (Hechos 15:10). Este fue uno de los pecados de los fariseos en los tiempos de Cristo: “Porque atan cargas pesadas y difíciles de

Libres

llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas” (Mateo 23:4). El legalista siempre es más duro con los demás que consigo mismo, pero el creyente guiado por el Espíritu Santo demanda más de sí mismo que de los demás *para que así pueda ser de ayuda para otros*.

Pablo presenta un caso hipotético de un creyente que de repente tropieza y cae en pecado. La palabra “sorprendido” indica que no se trata de un caso de desobediencia deliberada. ¿Por qué usa Pablo esta ilustración? *Porque nada revela mejor la maldad del legalismo que la manera en que los legalistas tratan a los que han pecado*. Acuérdate de los fariseos que arrastraron a la mujer adúltera delante de Cristo (Juan 8), y aquella multitud de judíos que casi mató a Pablo, *pensando* que él había profanado el templo al meter allí a los gentiles (Hechos 21:27,28). (Los legalistas no necesitan ni hechos ni pruebas, sino solamente rumores y sospechas, porque su imaginación autojustificante se encargará del resto.) Así que, en este párrafo, Pablo presenta unos contrastes entre el trato del legalista y el del espiritual hacia el hermano que ha pecado.

El contraste de propósito. El hombre espiritual procurará restaurar al hermano en amor, mientras que el legalista lo explotará. La palabra “restaurar” significa *remendar como a una red de pescar, o restaurar un hueso roto*. Si tú alguna vez has tenido un hueso roto, sabes cuán doloroso es restaurarlo. El creyente que peca es como un hueso roto en el cuerpo que necesita ser restaurado. El creyente que es guiado por el Espíritu Santo y que vive en la libertad de la gracia buscará ayudar al hermano errado, porque “el fruto del Espíritu es amor” (Gálatas 5:22).

La Libertad del Amor

“Servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13). Cuando Cristo se presentó como médico para el pecador, fue severamente criticado por los fariseos (Marcos 2:13-17), y asimismo el creyente espiritual será criticado por los legalistas.

En lugar de tratar de restaurar al hermano errado, el legalista lo condenará y entonces *usará a este hermano para quedar bien*. Esto es lo que el fariseo hizo en la parábola del fariseo y el publicano (Lucas 18:9-14). “El amor cubrirá multitud de pecados” (1 Pedro 4:8). El legalista se regocija cuando el hermano cae, y a menudo da al asunto una amplia publicidad, porque entonces se puede enorgullecer de lo bueno que es él, y de cuánto mejor es su grupo que el del hermano caído.

Por esto Pablo nos amonesta: “No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros” (Gálatas 5:26). La palabra “irritándonos” significa *desafiar, o competir con*. El creyente que anda según el Espíritu no *compite* con otros hermanos ni los *desafía* a que sean “tan buenos como él”. En cambio, el legalista vive compitiendo y comparándose con otros, y también trata de quedar bien al hacer quedar mal al hermano.

El contraste de actitud. El creyente dirigido por el Espíritu de Dios tiene espíritu de mansedumbre y amor, mientras que el legalista tiene una actitud de orgullo y condenación. El legalista piensa que no necesita *considerarse a sí mismo*, porque quiere dar la impresión que nunca podría cometer un pecado que mereciera la disciplina de la iglesia. Mas el creyente que vive por gracia se da cuenta de que no hay hombre exento de caer. “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

Libres

Tiene una actitud de humildad porque se da cuenta de su propia debilidad.

Pero hay otro contraste: El creyente espiritual conoce el amor de Cristo en su propio corazón. La ley de Cristo es “Os améis unos a otros...” (Juan 13:34; 15:12). Pablo ya ha tratado sobre la *ley del amor* (Gálatas 5:13-15), y ahora la está aplicando. El amor no es una invención moderna, porque Pablo exhorta a los creyentes en este pasaje a que lo ejerciten. Cuánto apreciamos al doctor que usa ternura al restaurar un hueso roto. Cuánto más debemos mostrar amor al restaurar una vida rota.

Necesitamos mucho amor y valor para enfrentarnos al hermano errado si queremos ayudarlo. Cristo compara este problema con el de sacar una paja del ojo (Mateo 7:1-5), lo cual es siempre un problema delicado.

Pablo probablemente tiene en mente aquí la instrucción del Señor sobre la reconciliación (Mateo 18:15-35). Si un hermano peca contra ti, háblale en privado, no con el propósito de ganar el argumento, sino de ganar a tu hermano. (Esa palabra *ganar* es la misma que Pablo usa en 1 Corintios 9:19-22 refiriéndose a ganar al perdido para Cristo. Es importante ganar al perdido, pero también es importante ganar al que es salvo.) Si te oye, entonces el asunto queda arreglado, pero si no, entonces pide a una o dos personas espirituales que vayan contigo. Si aun así el asunto no se arregla, entonces toda la iglesia debe oír el caso y disciplinar al ofensor. Pero Cristo señala que la iglesia debe practicar la oración (Mateo 18:19,20) y el perdón (Mateo 18:21-35); de otra manera, la disciplina no será efectiva.

El legalista, claro está, no tiene la disposición de *ganar* al hermano caído. Cuando oye que el hermano ha pecado,

La Libertad del Amor

en lugar de ir a verlo, divulga las malas noticias a otros hermanos (a veces bajo el pretexto de informar a los hermanos para que oren más eficazmente), y luego condena al hermano caído, diciendo que no es espiritual.

Recuerda que el legalista procura a toda costa quedar bien haciendo al hermano quedar mal. Así que, Pablo los exhorta en los versículos 3 y 4. Los judaizantes se jactaban de sus logros y de sus convertidos (Gálatas 6:12-14). Por lo general lo hacían comparándose con otros (ve 2 Corintios 10:11). Pero tales comparaciones son pecaminosas y engañosas. Es fácil señalar a alguien peor que nosotros, para que parezcamos mejores de lo que realmente somos. El amor cristiano no nos lleva a exponer las fallas y debilidades de otro hermano con el fin de quedar bien.

Cada persona debe someter “a prueba su propia obra” (Gálatas 6:4) a la luz de la voluntad de Dios para él, y no compararla con los logros de otros. No hay lugar para competencia en la obra de Dios, a menos que estemos compitiendo en contra del pecado y de Satanás. Cuando vemos las palabras: “la más grande”, “la mejor”, “la de más crecimiento” aplicadas a iglesias y otras instituciones evangélicas, nos preguntamos: ¿quién está recibiendo la gloria?

Esto no quiere decir que sea malo guardar estadísticas o dar informes de la asistencia en nuestras iglesias. Carlos Spurgeon solía decir: “Los que critican las estadísticas, por lo general, no tienen nada que informar”. Pero debemos tener cuidado de no hacer a otros quedar mal para que quedemos bien nosotros. Y debemos regocijarnos de los logros y las bendiciones de los demás como si fueran nuestros (Romanos 12:10). Después de todo, cuando un miembro del cuerpo es bendecido, todo el cuerpo recibe provecho.

Libres

No hay contradicción entre los versículos 2 y 5, porque se usan dos palabras griegas diferentes para “cargas”. En el versículo 2 la palabra significa *una carga pesada*, mientras que la del versículo 5 describe a *la mochila de un soldado*. Debemos ayudarnos unos a otros a llevar las cargas de la vida, pero hay responsabilidades personales que cada uno debe llevar por sí mismo. *Cada soldado debe cargar su propia mochila*. Si mi auto se descompone, mi vecino puede ayudarme llevando a mis hijos a la escuela, pero no puede asumir las responsabilidades que me corresponden como padre de mis hijos.

Compartir sus Bendiciones (Gálatas 6:6-10)

Así como *los unos a los otros* es una frase clave en el vocabulario cristiano, también lo es la palabra comunión. En el versículo 6 “haga partícipe” es la traducción de la palabra griega *koinonia* que significa *tener en común*, y se refiere a todo lo que tenemos en común en Cristo (Gálatas 2:9), nuestra común salvación (Judas 3), e incluso nuestra participación en los padecimientos de Cristo (Filipenses 3:10). Desde los albores de la iglesia, los creyentes se han destacado por su generosidad en compartir con otros (Hechos 2:41-47). A menudo en el Nuevo Testamento, *koinonia* se refiere a compartir las bendiciones materiales unos con otros (Hechos 2:42; 2 Corintios 8:4; Hebreos 13:16 [texto griego]). Esto es lo que Pablo tiene en mente en Gálatas 6:6-10).

Empieza con *un precepto* (v.6), instándonos a que compartamos los unos con los otros. El que enseña la Palabra de Dios comparte tesoros espirituales, y los que son enseñados deben compartir tesoros materiales. (Pablo usa un método similar cuando explica por qué las iglesias

La Libertad del Amor

gentiles deben ofrendar para ayudar a los creyentes judíos [Romanos 15:27].) Debemos recordar que lo que hacemos con las cosas *materiales* es una evidencia del valor que damos a las cosas *espirituales*. “Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21).

Siendo que el apóstol Pablo no quería que el dinero fuera piedra de tropiezo a los que no eran salvos, trabajó para mantenerse (ve 1 Corintios 9), pero varias veces enseñó que el líder espiritual en la iglesia debe ser sostenido por las ofrendas de la congregación. Cristo dijo: “el obrero es digno de su salario” (Lucas 10:7), y Pablo hace eco a esta declaración (1 Corintios 9:11,14).

Pero debemos darnos cuenta de que hay un *principio* espiritual detrás de este precepto. Dios no manda a los creyentes a que den a los pastores, maestros (y misioneros, Filipenses 4:10-19) sólo para suplir sus necesidades materiales, sino *para que el dador pueda obtener una bendición mayor* (Gálatas 6:7,8). El principio básico de sembrar y cosechar se encuentra a través de toda la Biblia. Dios ha establecido que uno va a cosechar lo que siembra. Si no fuera por esta ley, el principio de *causa y efecto* se vendría por tierra. El campesino que siembra trigo puede esperar cosechar trigo. Si así no fuera, en nuestro mundo habría caos.

Pero Dios también nos advierte que debemos fijarnos *dónde sembramos*, y este es el tema que Pablo trata aquí. Dios mira nuestras posesiones materiales como a una semilla, y ve dos clases posibles de tierra: la carne y el Espíritu. Podemos usar nuestros bienes materiales para promover la carne, o las cosas del Espíritu. Pero una vez que hemos sembrado, *no podemos cambiar lo que se va a cosechar*.

Libres

El dinero sembrado para la carne traerá una cosecha de corrupción (Gálatas 5:19-21). Ese dinero se ha ido y nunca puede recuperarse. El dinero sembrado para el Espíritu (tal como el compartirlo con aquellos que enseñan la Palabra) producirá vida, y en la cosecha habrá mucha semilla para sembrar y cosechar vez tras vez hasta que Cristo venga. Si cada persona tan sólo mirara su riqueza material como semilla, y la sembrara apropiadamente, no faltaría dinero para la obra del Señor. Es triste decirlo, pero mucha semilla se desperdicia en cosas carnales que jamás podrán glorificar a Dios.

Por supuesto, hay una aplicación mucho más extensa de este principio en nuestras vidas; porque todo lo que hacemos es una inversión en la carne o en el Espíritu. Cosecharemos lo que hayamos sembrado, y en *proporción* con lo sembrado. “El que siembra escasamente, también segará escasamente” (2 Corintios 9:6). El creyente que anda según el Espíritu y *siembra* según el Espíritu va a tener una cosecha espiritual. Si ha sembrado generosamente, la cosecha será abundante en la vida venidera, y quizá en la presente.

Los enemigos de Pablo, los judaizantes, no tenían esta actitud espiritual en cuanto a dar y recibir. Pablo se sacrificó y trabajó para no ser una carga a las iglesias, pero los falsos maestros usaron a las iglesias para promover sus propios planes y llenar sus propios cofres. Lo mismo pasó en la iglesia de Corinto, y Pablo se vio obligado a escribirles: “Pues toleráis si alguno os esclaviza, si alguno os devora, si alguno toma lo vuestro, si alguno se enaltece, si alguno os da de bofetadas” (2 Corintios 11:20).

Cuántas veces hemos visto al piadoso y sacrificado pastor ser perseguido y echado fuera, mientras que el

La Libertad del Amor

arrogante y codicioso es venerado y consigue todo lo que busca. El creyente carnal vive contento bajo la *dictadura espiritual* de aquel pastor que promueve el legalismo, porque esto le hace sentirse seguro y espiritual. El creyente carnal sacrificará lo que tiene con tal de hacer su obra más grande, pero descubrirá al fin que sembró para la carne y no para el Espíritu.

Habiéndonos dado el precepto (Gálatas 6:6) y el principio en que se basa ese precepto (vs.7,8), Pablo ahora nos da *una promesa* (v.9): “a su tiempo segaremos, si no desmayamos”. Detrás de esta promesa hay un peligro: fatigarse en la obra del Señor, y finalmente desmayar y dejar el ministerio.

A veces el desmayo espiritual es causado por una falta de devoción al Señor. Es interesante hacer el contraste entre dos iglesias que son alabadas por su “obra”, “trabajo”, y “constancia” (1 Tesalonicenses 1:3; Apocalipsis 2:2). La iglesia en Efeso había dejado su primer amor y se había enfriado (Apocalipsis 2:4,5). ¿Por qué? La respuesta se halla en la palabra de alabanza a la iglesia de Tesalónica: “la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza”. No tan sólo la obra, el trabajo y la constancia, sino el motivo apropiado: “fe, amor y esperanza”. Cuán fácil es, aun en nuestro trabajo para el Señor, permitir que la motivación espiritual muera. Como los sacerdotes de Israel a quienes Malaquías predicó, servimos al Señor quejándonos: “¡Oh, qué fastidio es ésto!” (Malaquías 1:13).

Algunas veces desmayamos por falta de oración. Debemos “orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1). La oración es para la vida espiritual lo que es la respiración para la vida física. Si dejas de respirar desmayará.

Libres

También es posible que desmayes por falta de alimento. “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Si tratamos de seguir trabajando sin la alimentación y el descanso adecuados, desmayaremos. Qué importante es *esperar en el Señor* para obtener de él la fuerza que necesitamos para cada día (Isaías 40:28-31).

Pero la promesa que Pablo da nos ayudará a seguir trabajando: “A su tiempo segaremos”. La semilla que se siembra no da fruto inmediatamente. Hay estaciones para el alma así como las hay en la naturaleza, y debemos dar a la semilla tiempo para germinar y llevar fruto. Qué hermoso es cuando el que ara alcanza al segador (Amós 9:13). Cada día debemos sembrar la semilla para que un día podamos cosechar (Salmo 126:5,6). Pero debemos recordar que el Señor de la mies es el responsable de dar la cosecha y no los trabajadores.

Compartir las bendiciones implica mucho más que enseñar la Palabra y dar de nuestros bienes materiales; también implica hacer el bien “a todos” (Gálatas 6:10). Hay en este mundo aquellos que hacen mal (Salmo 34:16); de hecho, hay algunos que devuelven mal por bien (Salmo 35:12). La mayor parte de la gente devuelve bien por bien y mal por mal (ve 1 Tesalonicenses 5:15; Lucas 6:32-35). Pero los hijos de Dios deben devolver bien por mal (Romanos 12:18-21), y hacerlo en espíritu de amor cristiano. En verdad, las buenas obras del creyente son un sacrificio espiritual que se ofrece al Señor (Hebreos 13:16).

Debemos hacer el bien “a todos”, y así dejar que nuestra luz brille y glorifique a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). No es sólo por medio de *palabras* que

La Libertad del Amor

testificamos a los perdidos, sino también por medio de nuestras *obras*. De hecho, nuestras obras preparan el camino para que nuestro testimonio sea oído. El asunto no es preguntarse: “¿Merece esta persona mis buenas obras?” ¿Merecimos lo que Dios hizo por nosotros a través de Cristo? Tampoco debemos tratar de defendernos preguntando: “¿Quién es mi prójimo?” (Lucas 10:25-37). Cristo aclaró que la pregunta no es: ¿quién es mi prójimo? sino, ¿a quién puedo serle prójimo?

Al *hacer bien a todos* debemos dar preferencia a los de “la familia de la fe”,—los hermanos en Cristo. Esto no quiere decir que la iglesia local debe ser una sociedad en que sus miembros se aislan del mundo sin hacer nada para ayudar al perdido. Más bien, es cuestión de prioridad. Ciertamente, los creyentes en los tiempos de Pablo tenían mayores necesidades que los de afuera, ya que muchos de los creyentes sufrieron por su fe (Hebreos 10:32-34). Además, un padre siempre provee para su propia familia antes de proveer para los vecinos (1 Timoteo 5:8).

Debemos recordar, sin embargo, que compartimos con otros hermanos para que todos podamos compartir con el mundo necesitado. Cada miembro de la familia de la fe es un receptor con el fin de que sea un transmisor. Cuando abundamos en amor los unos por los otros, tenemos amor por todos los hombres (1 Tesalonicenses 3:12).

Así quiere el Señor y así debe ser.

Gálatas 6:11-18

¹¹Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano. ¹²Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo. ¹³Porque ni aun los mismos que se circuncidan guardan la ley; pero quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne. ¹⁴Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. ¹⁵Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación. ¹⁶Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios. ¹⁷De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús. ¹⁸Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.

12

Las Marcas de la Libertad

Era la costumbre de Pablo, después de dictar una carta, tomar la pluma y escribir con su puño y letra unas palabras de despedida. Su firma por lo común era: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros” (1 Tesalonicenses 5:28; ve 2 Tesalonicenses 3:17,18). Pero, Pablo quería estar seguro de que los gálatas recibieran el mensaje de su carta, así que, tomó la pluma y escribió *todo el párrafo final* con su propia mano. “¡Mirad con cuan grandes letras os escribo de mi propia mano!”

¿Por qué escribiría Pablo este párrafo y por qué usaría letras tan grandes? El Espíritu Santo lo inspiró a añadir estas palabras finales para señalar un contraste más entre los legalistas y los creyentes espirituales para mostrar que el creyente que es guiado por el Espíritu vive para glorificar a Dios, y no para recibir las alabanzas de los hombres. Y escribió con letras grandes para hacer hincapié en la importancia de su mensaje. “¡NO PASEN POR ALTO ESTO!”

Algunos estudiosos de la Biblia creen que el aguijón en la carne que Pablo padecía (2 Corintios 12:7-10; Gálatas 4:14,15) era alguna especie de mal de la vista. Esto quiere decir que tendría que escribir con letras grandes para que él mismo pudiera leer lo escrito. Sea esto verdad o no, Pablo aclara que tiene algo importante que escribir en conclusión, y que no va a finalizar la carta del modo acostumbrado. Si padecía un mal de la vista, su disposición de escribir este párrafo final con su propia mano ciertamente conmovería a los lectores.

Libres

El apóstol ha mostrado que el creyente que vive bajo la ley y el que vive bajo la gracia son completamente distintos. No es sólo un asunto de diferencia en doctrina, sino de dos modos diferentes de vida. Ellos tuvieron que escoger entre la esclavitud o la libertad (Gálatas 5:1-12), la carne o el Espíritu (5:13-26); vivir para sí mismos o para otros (6:1-10).

Ahora Pablo presenta un cuarto contraste: vivir para agradar a los hombres o para la gloria de Dios (6:11-18). El apóstol trata sobre los motivos; y no hay necesidad más grande en nuestras iglesias de hoy que examinar nuestros motivos. Sabemos *lo que* estamos haciendo, pero ¿sabemos *por qué* lo estamos haciendo? Un buen trabajo puede echarse a perder por un motivo malo.

Pablo trata este tema delicado de una manera interesante. Los legalistas querían someter a los gálatas a la circuncisión, así que, Pablo toma esto y lo relaciona con la obra de Cristo en la cruz, y también con su propio ministerio. En este párrafo Pablo presenta a tres personajes—el legalista (6:12,13), el Señor Jesucristo (6:14-16), y el apóstol Pablo mismo (6:17,18).

El Legalista (Gálatas 6:12,13)

Pablo no tiene nada bueno que decir acerca de los legalistas. Los describe de cuatro maneras:

Son jactanciosos (6:12a,13b). Su propósito principal no es el de ganar almas para Cristo, ni siquiera ayudar a los creyentes a crecer en la gracia. Su meta mayor es ganar a más convertidos para poder gloriarse de ellos. Quieren causar una buena impresión aunque por dentro sus motivos son malos. Además, no trabajan para el bien de la iglesia, ni para la gloria de Dios, sino para su propia gloria.

Las Marcas de la Libertad

Mientras que no hay nada malo en querer traer a otros a Cristo, o ver que la obra del Señor crezca, definitivamente es un error buscar estas bendiciones para glorificar al hombre. Debemos evitar *usar a la gente* para el progreso de nuestros planes egoístas y para nuestra propia gloria.

Recibo bastantes boletines y periódicos de las iglesias. En una ocasión me asomé al encontrar un artículo en el que el pastor nombró a varias iglesias y se atrevió a dar razones por las que su iglesia era mucho mejor. Algunas de las iglesias que mencionó no son evangélicas, y me pregunto qué pensarían los miembros acerca de Cristo y del evangelio si leyeran dicho artículo. Sin duda, esto sería un obstáculo para ganarlos para Cristo.

Son acomodadizos (6:12b). ¿Por qué predicaban y practicaban la circuncisión y todo lo relacionado? *Para evitar la persecución.* En cambio, Pablo sufrió grandemente a causa de su predicación de la gracia de Dios y la salvación aparte de las obras de la ley (Gálatas 5:11). Ante los creyentes, los judaizantes se hacían pasar por creyentes, y ante los judíos aparentaban cumplir la ley. Consecuentemente, evitaron la persecución que solía venir sobre aquellos que se identificaban con la cruz de Cristo.

Nosotros, hoy en día, estamos propensos a mirar a la cruz (y la crucifixión) de una manera sentimental. Algunos llevan cruces en la solapa y en el cuello, pero para los creyentes del primer siglo, la cruz no era una prenda, sino la forma de muerte más vil y humillante. Un romano educado nunca mencionaría la cruz en una conversación culta, porque la cruz significaba desprecio y vergüenza.

Cuando Pablo se convirtió a Cristo, se identificó con la cruz y asumió las consecuencias. Para los judíos la cruz era piedra de tropiezo, y para los gentiles era locura (1 Corin-

Libres

tios 1:18-31). Los legalistas, enfatizando la circuncisión en lugar de la crucifixión, ganaban muchos adeptos. Su religión era popular ya que evitaba la vergüenza de la cruz.

Son persuasivos (6:12a). La palabra “obligan” tiene la idea de fuerte persuasión e incluso algo de fuerza, pero no al grado de obligar en contra de la voluntad. Esto indica que los judaizantes eran muy persuasivos, y tenían una propaganda que convenció a los creyentes de Galacia de que el legalismo era el camino que debían seguir. Pablo presentó la Palabra de Dios en verdad y con sinceridad, sin palabras persuasivas de humana sabiduría (lee 1 Corintios 2:1-5 y 2 Corintios 4:1-5, y fíjate cómo Pablo presentó la Palabra a sus oyentes. El no era un político, sino un embajador).

Son hipócritas (6:13). Quieren que otros se sometan a la ley, pero ellos mismos no obedecen la ley. Los judaizantes pertenecían al mismo grupo que los fariseos de los cuales Cristo dijo: “dicen y no hacen” (Mateo 23:3). Es claro que Pablo no sugiere que estos judaizantes *deben* guardar la ley, ya que guardarla ni es posible ni necesario. Más bien, los condena por ser deshonestos; no tenían la intención de obedecer la ley, ni aunque lo pudieran hacer. Su reverencia hacia la ley no era más que un disfraz para cubrir su verdadera intención: ganar más convertidos para su causa. Querían reportar grandes estadísticas y recibir más gloria.

Ya que tú conoces las características de los legalistas, debes evitarlos.

Jesucristo (Gálatas 6:14-16)

Pablo vuelve repetidamente al tema de la cruz (2:20,21; 3:13; 4:5; 5:11,24; 6:12). “Si por la ley fuese la justicia,

Las Marcas de la Libertad

entonces por demás murió Cristo” (2:21). Las heridas del Calvario ciertamente hacen de Cristo un *hombre marcado*, y esas heridas significan libertad para todos aquellos que confían en él. Los judaizantes se gloriaban de la circuncisión, pero Pablo se gloriaba en el Salvador crucificado y resucitado—se gloriaba en la cruz. Claro que esto no quiere decir que se gloriaba en la brutalidad o en el sufrimiento de la cruz. El no miraba a una cruz cualquiera—un pedazo de madera en el que murió un criminal—sino a la cruz de Cristo, y se gloriaba en ella. ¿Por qué se gloriaba Pablo en la cruz?

El conoció al Personaje de la cruz. Cristo Jesús es mencionado en la carta a los Gálatas por lo menos 45 veces, lo que significa que una tercera parte de los versículos se refieren a él. La persona de Jesucristo cautivaba a Pablo, y era Cristo el que hacía la cruz gloriosa para él. En sus primeros días como rabí judío, Pablo tenía mucho de qué gloriarse (Gálatas 1:13,14; Filipenses 3:1-10), pero después de conocer a Cristo, toda su gloria se tornó en pérdida o basura. Los legalistas no se gloriaban en la cruz de Cristo *porque no se gloriaban en Cristo*. Fue Moisés, y ellos mismos, quienes recibían la gloria. Realmente no conocieron al Personaje de la cruz.

Pablo conocía el poder de la cruz. Para Saulo, el rabí erudito, la doctrina de un sacrificio en la cruz era completamente irrazonable. El no tenía dudas acerca de que el Mesías vendría, pero la idea de que moriría *sobre una cruz maldita* no cabía en su teología. La cruz en aquellos tiempos era la señal máxima de debilidad y vergüenza. Sin embargo, Saulo de Tarso experimentó el poder de la cruz y llegó a ser Pablo el apóstol. La cruz dejó de ser una piedra de tropiezo para él, y vino a ser la piedra fundamental de su mensaje: “Cristo murió por nuestros pecados”.

Libres

Para Pablo la cruz significaba libertad: libertad de su ego (Gálatas 2:20), de la carne (5:24), y del mundo (6:14). Por la muerte y resurrección de Cristo el poder de Dios es impartido para dar a los creyentes libertad y victoria. Ya no vivimos *nosotros*, sino Cristo es el que vive en nosotros y a través de nosotros. Al rendirnos a él, obtenemos la victoria sobre el mundo y la carne. Realmente no hay poder en la ley para darle a un hombre la victoria sobre su ego, la carne y la ley. Por el contrario, la ley atrae al ego (“Yo puedo hacer algo que agrada a Dios”), y anima a la carne a trabajar. Al mundo no le importa si somos *religiosos*, siempre y cuando hagamos a un lado la cruz. De hecho, el mundo aprueba la religión, aparte del evangelio de Cristo. Así que, el legalista infla su ego, alaba a la carne y agrada al mundo; en cambio, el verdadero cristiano crucifica a los tres.

Pablo conocía el propósito de la cruz. Era para formar en el mundo un nuevo *pueblo de Dios*. Por siglos, la nación de Israel había sido el pueblo de Dios, y la ley su modo de vida. Todo esto era preparación para la venida de Cristo Jesús (Gálatas 4:1-7). Ya que Cristo había venido y terminado su gran obra de redención, Dios había hecho a un lado a la nación de Israel y comenzado en el mundo una “nueva creación” y una nueva nación—“el Israel de Dios”. Esto no quiere decir que Dios ha terminado con la nación de Israel. Hoy en día, Dios está llamando tanto de los judíos como de los gentiles un “pueblo para su nombre” (Hechos 15:14); y en Cristo no hay distinciones raciales ni nacionales (Gálatas 3:27-29). Sin embargo, Pablo enseña que hay un futuro en el plan de Dios para la nación judía (Romanos 11).

Un propósito de la cruz fue formar *una nueva creación* (Gálatas 6:15). Esta nueva creación es la iglesia, el cuerpo

Las Marcas de la Libertad

de Cristo. A la cabeza de la vieja creación estaba Adán, y ésta terminó en fracaso. La nueva creación, cuya cabeza es Cristo, prevalecerá.

Pablo les explicó a los romanos la doctrina de los dos Adanes: Adán y Cristo (Romanos 5:12-21). El primer Adán desobedeció a Dios y trajo al mundo el pecado, la muerte y el juicio. El postrer Adán, Cristo (1 Corintios 15:45), obedeció a Dios y trajo vida, justicia y salvación. Adán cometió un solo pecado y trajo sobre toda la creación condenación. Cristo llevó a cabo un solo acto de obediencia al morir en la cruz, y así pagó por los pecados del mundo. Por el pecado de Adán, la muerte reina en este mundo, pero por la victoria de Cristo, *nosotros podemos reinar* en vida por medio de Cristo Jesús (Romanos 5:17). En otras palabras, el creyente pertenece a una “nueva creación”, una creación espiritual sin los defectos y limitaciones de la “vieja creación” (ve 2 Corintios 5:17).

Otro propósito de la cruz fue crear *una nación nueva*, el “Israel de Dios” (Gálatas 6:16). Este es uno de los muchos nombres para la iglesia en el Nuevo Testamento. Cristo les dijo a los líderes judíos: “El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él” (Mateo 21:43). Pedro identifica a esa nación como la familia de Dios: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa” (1 Pedro 2:9).

Como se dijo previamente, esto no quiere decir que la iglesia ha reemplazado permanentemente a la nación de Israel en el programa de Dios, sino solamente que ahora la Iglesia es “el pueblo de Dios” sobre la tierra, así como Israel lo fue hace siglos.

¡Qué reprensión para los judaizantes! Estos querían hacer que la iglesia regresara a la ley del Antiguo Testamento.

Libres

mento, cuando esa ley ni siquiera pudo ser guardada por la nación de Israel. Esa nación fue puesta a un lado para preparar el camino para el nuevo pueblo de Dios, la iglesia.

Puede ser que los creyentes de hoy en día no sean *hijos de Abraham* según la carne, pero son *la simiente de Abraham*, por la fe en Cristo Jesús (Gálatas 4:28,29). Han experimentado una circuncisión del corazón que es mucho más efectiva que la circuncisión física (Filipenses 3:3; Romanos 2:29; Colosenses 2:11). Por esta razón, ni la circuncisión, ni la falta de ésta es importante en lo que a Dios se refiere (Gálatas 6:15; ve también 5:6).

El Apóstol Pablo (Gálatas 6:17,18)

Hubo un tiempo en que Pablo estaba orgulloso de su circuncisión (Filipenses 3:4-6), pero después de convertirse sólo se gloriaba en las marcas que había recibido y en el sufrimiento que había soportado en el servicio de Cristo Jesús.

El contraste entre Pablo y los legalistas se ve claramente. Los judaizantes “quieren que vosotros os circuncidéis para gloriarse en vuestra carne, mas yo llevo en mi cuerpo las marcas de Cristo Jesús el Señor—para *su* gloria”. ¡Qué reprensión! “Si vuestras celebridades religiosas tienen algunas marcas que mostrar para la gloria de Cristo, entonces que las muestren. De otra manera, ¡dejad de molestarme!”

Pablo no está diciendo que tenía las cinco heridas del Calvario en su cuerpo, sino que había sufrido por amor de Cristo (algo que los legalistas nunca hicieron), y tenía en su cuerpo las marcas para probarlo. Cuando leas 2 Corintios 11:18-33, no tendrás dificultad en entender esta declaración de Pablo, ya que de muchas maneras y en

Las Marcas de la Libertad

muchos lugares diferentes Pablo sufrió físicamente por Cristo.

En los tiempos de Pablo, era común que un seguidor de algún falso dios o diosa recibiera la marca de ese ídolo; pues, estaba orgulloso de su dios y quería que otros lo supieran. De la misma manera, Pablo estaba *marcado* por Cristo Jesús, no con una marca temporal que pudiera ser borrada, sino una marca permanente que llevaría hasta su muerte. Tampoco recibió sus marcas de una manera fácil, sino por sufrimientos constantes.

También era una práctica común en esos tiempos marcar a los esclavos para que todo mundo supiera quién era su amo. Pablo era el esclavo de Cristo Jesús, y llevaba su marca para comprobarlo.

Se debe notar que *el pecado marca a una persona*. Puede ser que marque su mente, su personalidad, e incluso su cuerpo. Poca gente se enorgullece de las marcas que el pecado les ha dejado, y la conversión a Cristo no las borra. (Pero, ¡gracias a Dios, serán borradas cuando Cristo venga!) Cuánto mejor es amar a Cristo, vivir para él, y ser *marcado* para su gloria.

Los creyentes de hoy necesitan recordar que el líder cristiano que ha *sufrido* por Cristo es el mejor. Los judaizantes de los tiempos de Pablo no conocían nada del sufrimiento. Podría ser que fueran perseguidos de algún modo por pertenecer a un grupo religioso, pero esto está muy lejos de ser *la participación de los padecimientos de Cristo* (ve Filipenses 3:10).

Ten cuidado del líder religioso que vive en su torre de marfil y no sabe nada de las luchas contra el mundo, la carne, y el diablo, y que no tiene ningunas *marcas* por haber obedecido a Cristo. Pablo no era un general sentado

Libres

en un gran asiento; él estaba en la línea de fuego peleando contra el pecado, y participando del sufrimiento.

Así que, Pablo llega al final de su carta, y la concluye con el mismo tema con la que empezó: ¡LA GRACIA! No “*la ley de Moisés*”, sino ¡LA GRACIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO!

No es necesario decir más... esto lo dice todo.

¿Libertad o Legalismo?

El legalismo es uno de los problemas más grandes para el creyente en la actualidad. El Dr. Wiersbe dice que tal problema no existe solamente en las sectas falsas, sino también en algunas iglesias fundamentales. ¿Cuál es la solución del problema? La Epístola a los Gálatas da la respuesta, y el Dr. Wiersbe la presenta en una manera interesante y fácil de entender. Todo creyente recibirá provecho del estudio de este importante libro.

Libres en Cristo



Literatura Evangélica para el Mundo Hispánico

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard

Sebring, Florida 33870

ISBN 1-879892-07-3

WW-540